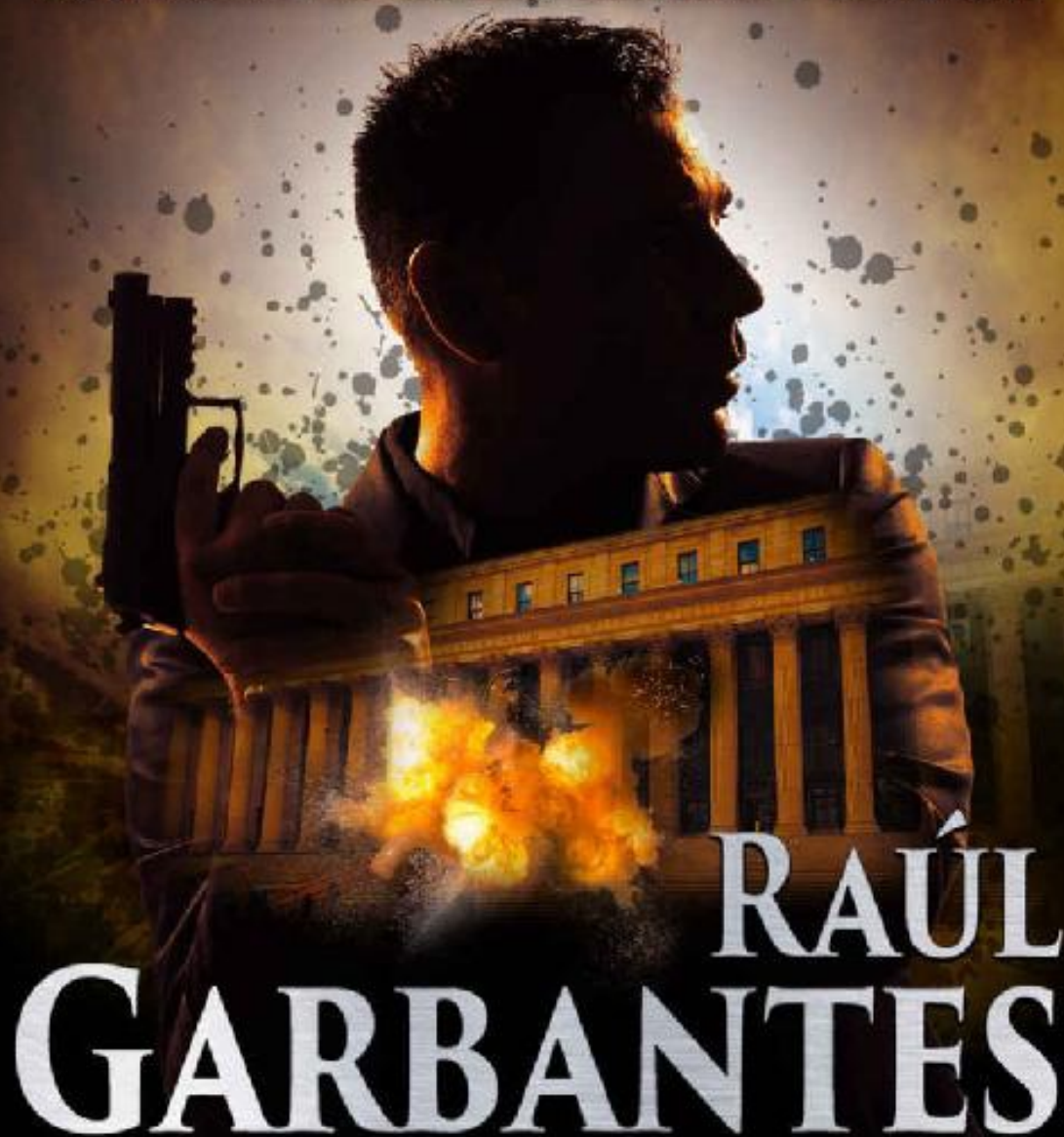


ATENTADO EN MANHATTAN

UN THRILLER DE ACCIÓN, MISTERIO Y SUSPENSE



Atentado en Manhattan

Raúl Garbantes

Edición Amazon Kindle

Copyright © 2018 Raúl Garbantes

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, incluyendo fotocopia, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la previa autorización por escrito del autor, excepto en el caso de citas breves para revisiones críticas, y usos específicos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, instituciones, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o usados de una manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o eventos actuales, es pura coincidencia.

Consultores de publicación y marketing

Lama Jabr y José Higa

Sídney, Australia

www.autopublicamos.com



DESCÁRGALA GRATIS

"Una obra que no tiene nada
que envidiarle a los grandes de la novela negra"
(lectora de Amazon)

Oferta Limitada

Suscríbase a nuestra lista de correo para obtener una copia gratis de “La Caída de una Diva” y mantenerlo informado sobre noticias y futuras publicaciones de Raúl Garbantes. Haga clic [AQUI](#)

Últimas publicaciones del autor:

Colección Dorada de Misterio y Suspense (10 novelas)



Disponible en Amazon:

[Internacional](#)

[España](#)

[México](#)

Contenido

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Epílogo](#)

[Notas del autor](#)

[Otras obras del autor](#)

Atentado en Manhattan

Un hombre se propone la tarea de dibujar el mundo. A lo largo de los años puebla un espacio con imágenes de provincias, de reinos, de montañas, de bahías, de naves, de islas, de peces, de habitaciones, de instrumentos, de astros, de caballos y de personas. Poco antes de morir, descubre que ese paciente laberinto de líneas traza la imagen de su cara.

Jorge Luis Borges

Primera parte: Una silenciosa cuenta regresiva

Capítulo 1

Faltaba muy poco para que Lillian Gregory experimentara el suceso más intenso y peligroso de su vida.

En ese instante no solo ignoraba su futuro, sino que tampoco poseía consciencia del presente. Se hallaba aún sumergida en la oscuridad y chapoteaba en la negra laguna del sueño. Y sentía que un ejército de agujas se revolvía dentro de su cabeza.

Segundos después la irrumpieron las náuseas: una bilis, que nacía del núcleo ardiente de su estómago, atravesaba su esófago con la impunidad de un coche deportivo en una solitaria carretera, y al final se le depositaba en la garganta y en la boca.

Despegó los párpados y se tocó la barriga, de cuatro meses y medio de embarazo. Se alegró, como si hubiese temido por un segundo que el niño que se formaba dentro, podría haberle sido arrebatado durante la noche.

Se sentó en la cama y enfrentó la bocanada de luz que le lanzaba la ventana de su apartamento. Apartó la mirada de ese violento resplandor que poco colaboraba con su bienestar. Sospechó que era muy de mañana; y es que su ciudad, la imparable isla de Manhattan, se encontraba en un raro silencio. Era extraño porque incluso a esa hora le llegaba el rumor de algunos coches.

Volvió a la realidad de las cuatro paredes a su alrededor y se preguntó por qué la luz de la pieza estaba prendida. Aunque, en realidad, ya se hacía una idea del motivo y también del culpable.

Y era una triste idea.

Pero el empuje de la bilis la presionaba demasiado, y Lillian se dio cuenta de que no debía perder tiempo en ninguna reflexión acerca de los hábitos de Phillip. Debía correr.

Y corrió. Corrió hacia el baño lo más rápido que pudo, dando tumbos como aquel muñeco de Michelin gigante que aparecía al final de la primera película de *Los cazafantasmas*, con el que afectuosamente solía compararla su marido cuando se hallaba de buen humor y en condiciones de hablar.

Cuando casi derribó la puerta del baño, se encontró con lo que temía encontrarse y lo que un insufrible hedor le había anticipado antes de entrar. Pero ya no la sorprendía ni le provocaba furia toparse con Phillip en un profundo desmayo de alcohol, incluso aunque —como sucedía ahora— él llevase puesta la ropa de ayer decorada con restos de su propio vómito.

No, lo que a Lillian hoy realmente la sacaba de quicio era que él abrazara el inodoro y, por ende, le impidiese a ella descargarse allí.

Vistas las circunstancias, se resignó a vomitar en el lavabo. Durante el proceso se sostenía de los bordes, y los brazos le temblaban. Imaginó su hinchada barriga —a la que ahora no podía ver— acusando también esa sacudida general de su cuerpo, como si fuera una montaña durante un sismo.

Cuando terminó de desahogarse, y mientras hacía buchec para lavarse la boca y mitigar el resabio, miró de reojo a su marido. Una imagen patética. La de él y la de ella a su lado. Los esposos vomitando a dúo: uno de esos escenarios que hasta le causaría gracia si le sucediera a otra persona, una puesta teatral de humor grotesco.

¿Y en esta lamentable obra de teatro «traerían a actuar» a su futuro hijo? Mejor ni pensarlo, se dijo ella. Al fin y al cabo, el embarazo ya se había producido y no tenía sentido alguno cuestionarse su conveniencia ahora. No

buscaron concebir, pero tampoco se cuidaron de evitar esa circunstancia. Y ella sabía desde hacía tiempo de la conducta de Phillip y sus excesos con la bebida, así que, a fin de cuentas, era una irresponsabilidad de los dos.

Lillian salió del baño, ignorando a su marido como si fuese una ridícula estatua adosada al inodoro. Pasó caminando frente a la cama matrimonial y salió también de la habitación. Mientras caminaba, sus veintisiete años se le antojaban ochenta.

Desde la mesa de la cocina, unos papeles amontonados le trajeron un recuerdo que la arrancó de sus reflexiones y la depositaron en el fluir actual de la vida cotidiana:

—¡Phillip! —gritó sin apartar la vista de los papeles, casi temiendo acercarse y comprobar que eran lo que ella creía que eran— ¡Phillip!

Oyó un leve murmullo de dormido que provenía del baño.

Arrastrando su barriga, y motorizada por la furia, Lillian regresó a donde yacía su marido. Lo encontró en la misma posición que antes, salvo que uno de los brazos ahora le colgaba y una mano caía y se doblaba contra los azulejos.

—Phillip —dijo ella de nuevo, ya sin gritar. La patética imagen había conseguido que parte de su furia se diluyera en la pena y la repugnancia—, acabo de ver unos papeles sobre la mesa. Dime que no son los formularios que debemos entregar para los impuestos.

—¿Eeeeh? ¿Quéééé?

Lillian se acercó a aquel zombi con el que se casó y le habló al oído.

—¿Es una impresión mía o te has olvidado de entregar los malditos formularios?

La furia había vuelto a apoderarse de ella. Phillip la miró con ojos azorados: cuando despertaba de una resaca, y comprobaba los funestos efectos de su borrachera anterior, se convertía en un niño indolente y a la vez temeroso.

—Me olvidé, Lili —dijo él ahogándose en un balbuceo que apenas se parecía al habla. Después, comprendiendo la situación y reaccionando con mayor energía que ella, agregó —: Ve tú a la oficina postal, rápido. No podemos perder más tiempo.

Lillian deseaba decirle unas cuantas cosas a la cara. La indignaba que en ese lamentable estado, sin siquiera soltar el inodoro y siendo el culpable de la apremiante situación, se diera encima el lujo de impartirle órdenes.

Pero se contuvo: en ese momento lo importante era cumplir con el trámite pendiente. Los impuestos vencían ese día y ella le había encargado a su marido que se ocupara del asunto. En su condición de militar retirado, a él le sobraba tiempo. Pero tuvo la enésima prueba de que Phillip prefería dedicarlo a beber como un marinero y no a ayudarla con los deberes diarios.

Así que Lillian se tragó otra bilis, que esta vez no provenía del embarazo, sino de las palabras que había elegido callar.

—Dado que no puedo contar contigo para nada —dijo—, no me quedará más remedio que ir.

Lillian salió. Oyó a sus espaldas otro balbuceo de su marido, el vano intento de articular un pedido de disculpas.

«Las disculpas no pagan los impuestos», pensó Lillian. Y se dijo que, por desgracia, tampoco ayudaban en la crianza de un hijo o en la ardua tarea de sostener un matrimonio.

Se vistió para salir y guardó los papeles en su cartera. Miró por la ventana

hacia arriba, en dirección a los altos edificios borroneados por la penumbra. Estimó que faltaría cerca de una hora para que amaneciera del todo, así que se bebió un té. Por lo regular hubiese preferido un café, pero quería evitar que regresaran las náuseas. Completó el frugal desayuno con unos cereales y unas galletas.

Oyó los ruidos provenientes, una vez más, del baño. Comprendió que su marido se separaba al fin del inodoro, y después abría la ducha.

Lillian prefirió salir del apartamento antes de que terminara de bañarse y vaya a la cocina. Se fue, cargando en la cartera los incontables formularios y alimentando a un hijo dentro de su creciente barriga. Se dirigió a la parada de taxis dando lentos pasos de plomo, balanceándose hacia ambos lados al estilo de ese muñeco de *Los cazafantasmas*.

La esperaba Nueva York, ese otro monstruo entrañable: un gigante de asfalto y edificios, despertando entre bocinas que ya comenzaban su habitual guerra de estruendos. Manhattan se había puesto en acción, igual que todos los días, y en su marcha no esperaba a nadie.

Y Lillian, embarazada o no, debía seguir ese frenético ritmo.

Capítulo 2

La oficina de correos James A. Farley no solo cumplía con sus funciones postales, sino que constituía un edificio histórico de Manhattan. Henry Gibson, que en ese momento vagaba por el pequeño museo de la historia postal —uno de los tantos atractivos del edificio, que era una atracción en sí—, se encargaba de recordarle a todo aquel que pasara cerca de él, el gran valor de ese lugar. Ocioso, cabizbajo, arrastraba sus jubilados sesenta y cinco años por el recinto. En esos momentos había elegido una víctima: una chica joven, morocha y de pelo corto, que tuvo la mala fortuna de experimentar curiosidad por unas estampillas del siglo XIX y meterse en el museo mientras Gibson deambulaba por allí:

—Yo no sé en qué piensan los turistas —dijo Gibson y la chica le lanzó unas sonrisas tan piadosas como forzadas—. Vienen aquí, a Manhattan, pero dejan este sitio de lado. Visitan la Estatua de la Libertad sin saber ni siquiera de qué se trata, quizá se creen que la inventó Obama junto a sus amigos liberales, por no decir comunistas. Adoran el Times Square, Broadway y toda esa decadencia homosexual. O quieren conocer el Barrio Chino. Y nuestros propios compatriotas, si se les puede seguir llamando así, se entusiasman con que somos la ciudad más cosmopolita del mundo, un crisol de razas y todo ese asunto, cuando en realidad deberíamos asustarnos ante el avance de la barbarie sobre nuestra tierra, que alguna vez fue la del sueño americano y la libertad.

El rostro de la chica se iba deformando, tendiendo a una mueca de horror a medida que Henry elaboraba su discurso. Pero él no mostraba signos de incomodarse por ello. De hecho, un observador hipotético de su quehacer

diario hubiese jurado que nunca percibía siquiera las reacciones de su interlocutor, se tratara de la morocha o de cualquier otro.

—Este edificio, por ejemplo —seguía parlotando Gibson—, fue construido durante la primera década de este sig... quiero decir, del siglo pasado, el siglo XX. No me acostumbro a que ya estamos en el XXI... Bueno, le decía, este edificio es una construcción clásica. Las columnas son de estilo corintio. ¿Sabe lo qué es eso?

—Algo de los romanos, ¿no?

La chica intentaba alejarse con el mayor tacto posible. Abrió la boca con intención de aprovechar la pausa de Gibson y decirle que debía irse, pero él rápidamente volvió a llenar el silencio.

—Es un estilo griego en realidad. Construcciones similares a esta en la que estamos usted y yo las podían contemplar los antiguos atenienses. Los estudiosos sitúan el origen de esta, digamos, escuela arquitectónica en el siglo IV antes de Cristo. Es parte de la gran tradición de Occidente, pero quienes pasean por aquí ignoran todo esto sin ninguna vergüenza ni culpa. Pronto nos olvidaremos de la Biblia y citaremos frases del Corán. Tiraremos abajo el monumento a Lincoln y levantaremos uno de algún pseudoartista teatral degenerado, o de una cantante lesbiana. Los liberales arrasaron con todo, incluso con mi empleo. Yo trabajo aquí, ¿sabe? Bueno, no pudo haberlo sabido porque recién me conoce. Hasta hace poco yo trabajaba en esta oficina, pero los amigos de Obama, que son los enemigos de los auténticos norteamericanos, me concedieron una jubilación forzada. Seguro mi lugar es ocupado por algún inmigrante.

El rostro de la chica, que había adoptado un semblante de cierto interés ante los detalles arquitectónicos del edificio, volvió a mudar en una mueca de horror.

—Lo lamento, debo irme —le dijo a Gibson mirando el móvil, fingiendo que se le hacía tarde.

Y huyó de allí, casi corriendo.

Henry Gibson se quedó solo, aunque no por mucho tiempo. Se puso a hablar con un desdichado hombre de unos cuarenta años. Le contó cómo había servido a este país en la guerra de Vietnam, mientras los *hippies* no hacían más que alzar pancartas en contra de quienes se jugaban el pellejo por el mundo libre. Volvió a hablar del edificio y de cómo le habían quitado el trabajo Obama y sus amigos liberales. Según Gibson, lo echaron a la calle con la misma indolencia con la que se les lanza la comida a los cerdos.

Capítulo 3

El taxista le formuló a Lillian la típica pregunta de para cuándo esperaba alumbrar a su hijo, y si era niña o niño.

—Todavía no sabemos el sexo —dijo ella—. Estoy de cuatro meses y medio, en realidad un poco más, y no sé tampoco la fecha exacta.

Lo cierto era que, aunque comprendía que el chofer solo albergaba la noble intención de ser simpático y hacer el viaje más ameno, ella no tenía las menores ganas de conversar. Y mucho menos sobre el futuro.

Se tocó el vientre. Se lo acarició, mejor dicho, con la mano derecha.

Recordó la penosa imagen de Phillip abrazado al inodoro. Y se vio a sí misma tolerando esa y tantas otras afrentas, o irresponsabilidades como la que ahora la obligaba a ese apurado viaje al correo. Ciertamente, Phil había combatido en Irak, había visto cosas espantosas que se negaba a compartir con ella, horrores que largaba a cuentagotas y solo para que Lillian dejara de preguntarle. Ella se daba cuenta.

Y, sin embargo, ¿tenía Lillian la culpa? Él eligió la carrera militar y sabía que no se trataría de un paseo por el parque.

No, se dijo Lillian, ella no tenía ninguna culpa. Y mucho menos el hijo, o quizá la hija, que los dos esperaban.

—Ya estamos aquí —dijo el chofer.

Lillian posó los ojos en la realidad y contempló a través de la ventana las imponentes columnas del edificio postal James A. Farley; y la inscripción tan característica que se extendía a través del largo pedestal: «Ni la nieve, ni la

lluvia, ni el calor, ni la oscuridad de la noche evitan que los mensajeros concluyan sus rondas designadas». Lillian, al igual que la mayoría de los habitantes de Manhattan, admiraba la arquitectura del correo. Lástima que a menudo acudiese allí agobiada por la obligación de algún trámite y así se le escapara la chance de entregarse a la contemplación estética, que siempre requiere una buena dosis de recogimiento y tranquilidad.

Lillian se preguntó, quizá por primera vez a pesar de todas sus visitas, a quién pertenecería aquella frase. Siempre la había dado por sentada, como si se la pronunciara el mismísimo correo a cada uno de sus visitantes.

—Es de Heródoto —le decía Henry Gibson, en este caso, a una mujer más anciana que él, que lo miraba con ojos desorientados— ¿Sabía usted que la frase de la entrada era de él? Claro que no, casi nadie lo sabe. Igualmente, usted debe recordar aquellos lejanos tiempos en que a los norteamericanos les importaba la cultura, al menos un poco. ¿No? Ahora no les interesa ni su propio país, mucho menos se van a meter a leer sobre los griegos y los romanos antiguos.

Tommy Fuller esperaba a que lo atendieran, en el último lugar de la ingente fila de recién llegados. Volteó para mirar a sus espaldas, por puro aburrimiento, a ver si alguien ya se había ubicado detrás de él. Se encontró con que una mujer embarazada acababa de subir las escalinatas del edificio ayudada por un hombre.

La mujer le pagó al hombre y Tommy supuso que se trataría de un taxista que la trajo hasta ahí.

Por alguna razón, percibió cierta tristeza en la mirada de la mujer. Y, por

absurdo que le sonara incluso a sí mismo, se sintió identificado con esa mujer extraña. Se vio espejado en su aparente fragilidad, en ese andar fatigado de quien carga con pesos superiores a sus fuerzas, y con aquel profundo dolor que él —por supuesto— también desconocía, pero podía adivinar a la distancia.

Dando tumbos, cargando su ya considerable barriga, la mujer se ubicó detrás de él. Lo miró con una sonrisa tímida, que valía por una especie de saludo. Tommy pensó que las situaciones complejas o tediosas de la vida cotidiana —como la que compartían ellos: esperar allí en la fila a que los atendiesen— favorecían la espontánea simpatía mutua entre las personas. Lástima que ese fenómeno se diera solo en lugares pequeños y entre pocos individuos; de volverse general, el mundo seguro funcionaría un poco mejor.

—¿Día difícil? —le preguntó Tommy a la mujer.

Ella asintió.

—No sé si usted será casado —dijo ella. Apelaba a un dudoso y ambiguo tono de broma—. Si no lo es, le recomiendo que no se case nunca. Y tampoco tenga hijos. Todo se ve muy bien de primeras, pero le aseguro que la cosa cambia al poco tiempo.

Tommy pensó en que, si ella lo veía tan problemático, no podría imaginarse lo que la vida en pareja implicaría para un homosexual como él.

—De momento, me encuentro a salvo —dijo él mostrando su franca sonrisa y correspondiendo al tono jocoso de su interlocutora—. Soy Tommy Fuller.

Le extendió la mano y ella se la estrechó.

—Soy Lillian. Lillian Gregory.

Y mientras la fila avanzaba a paso irregular, se produjo entre ellos la inevitable conversación en la que se informaron sobre los aspectos más básicos de sus vidas.

Tommy le contó que estudiaba en la Escuela de Diseño de Nueva York hacía ya un par de años. Se dio cuenta de que Lillian debía de ser una mujer sensible, y ella comprendió sin que él se lo expresase con palabras la naturaleza de su condición sexual, y los conflictos implicados. Tommy le contó, entonces, que se había criado en un pueblo pequeño. Sus padres, con los que ya no tenía contacto, habían sido —y seguirían siendo hasta el fin de sus días— dos viejos americanos conservadores.

Lillian le contó que estaba casada con Phillip Gregory, de quien usaba el apellido. Ella aclaró que su esposo tenía apenas treinta años, pero Tommy creyó que la descripción de sus ideas y su biografía se correspondía más con un hombre de una edad semejante a la de sus padres. Phillip había combatido en la guerra de Irak, en su condición de veterano del cuerpo de marines de los Estados Unidos. En la actualidad, se encontraba sin trabajo. Lillian parecía querer decir algo más acerca de él, pero se lo calló.

Una reserva entendible, se dijo Tommy: ya habían incurrido en bastantes confidencias, teniendo en cuenta que acababan de conocerse en la fila del correo.

Lo normal hubiese sido que Lillian y Tommy terminaran cada uno con su trámite y, como mucho, se dedicaran una rápida despedida. Y que, después de eso, nunca más se volvieran a ver.

Sí, eso creían que les esperaba. Pensaban que estaban en una situación normal, en medio de un trámite cuyo peligro más mortal era el aburrimiento.

Ignoraban lo que les esperaba dentro de poco. Ignoraban la trampa

infernol que les tenía reservado el destino.

Capítulo 4

Kamal Ajaz entró al edificio del correo como quien huye de unos perros de presa. O casi.

Observó con el rabillo del ojo el gesto de una joven asistente, que se acercaba a él con la intención visible de ofrecerle ayuda. Con un ademán, y sin detener su marcha, Kamal se negó.

Ahora que caminaba rápido, el elegante traje que vestía le resultaba más incómodo que nunca. Sentía que usaba un disfraz: se hallaba preso en esas ropas.

Comprobó que, para su desgracia, el edificio era un laberinto, una especie de trampa caótica y desesperante. Poco después, Kamal se acordaría de estas reflexiones y las evaluaría a la luz de una macabra ironía suscitada por los nuevos acontecimientos. Pero, ahora mismo, ignoraba hasta qué punto había resultado acertada su comparación. Le preocupaban asuntos que consideraba muy importantes.

Kamal seguía vagando en el laberinto, leyendo señales, interpretando flechas en los carteles. Un hombre se acercó a él.

Kamal lo miró, como esperando que en cualquier momento lo atacara. Pero no sufrió ningún ataque; por el contrario, el hombre le ofreció ayuda. Kamal advirtió su uniforme y se dio cuenta de que se trataba de un guardia de seguridad.

Sin embargo, en ese ofrecimiento de ayuda, en el tono grave de voz, palpitaba una amenaza por parte del guardia. Kamal sintió, otra vez, que esa

sospecha del otro caía sobre él: esa sensación de la presunción de culpa presionándolo, y a la que ya se había acostumbrado. Los inconvenientes de ser árabe y musulmán en los Estados Unidos posteriores al 2001.

Y ahora fue la mano del guardia la que presionó, literalmente, su hombro.

—Lo noto desorientado y bastante nervioso —dijo el guardia, un cuarentón que usaba bigote y lucía un pelo corto y tomado por las canas—. ¿A dónde se dirige?

Kamal se libró de la mano del guardia echando el hombro hacia atrás, en un veloz movimiento de látigo.

—No me toque —le dijo—. No soy un terrorista, puede quedarse tranquilo.

Kamal se abrió los primeros botones de la camisa.

—¿Es suficiente? —dijo con una sonrisa sardónica— ¿O quiere que me baje los pantalones para comprobar que tampoco llevo bombas escondidas allí?

—Creo que se está pasando de la raya, señor. Yo no lo acusé de nada, solo quiero saber...

Y así se siguieron las réplicas, y el volumen de voz fue aumentando, y la charla se convirtió en una airada disputa verbal.

Brody Nelson estaba teniendo una buena semana. El lunes se había visto con una linda chica, con la que empezó a salir hacía poco. Y un par de días después había batido su récord de kilaje en levantamiento de pesas, y el gimnasio entero suspendió sus actividades para dedicarle un sonoro aplauso. Lo satisfacía que sus pupilos —así llamaba él a los hombres y mujeres a los

que entrenaba— reconocieran no solo su sabiduría, sino también el ejemplo vivo de superación que su fibroso cuerpo encarnaba —y nunca estuvo mejor usado que aquí el verbo «encarnar»—.

Hasta el dueño del gimnasio, Jimmy, lo había aplaudido. Jimmy solía bromear con Brody. Le decía cosas del estilo «Si yo fuese negro como tú también tonificaría partes del cuerpo en las que ni siquiera hay músculos». Pero Jimmy, bromas raciales aparte, sabía lo que él valía. Y ese día había estado serio, y celebró su logro a la par de los clientes y los otros entrenadores que trabajaban allí.

Brody deseaba tener su propio gimnasio. Jimmy era un buen hombre, pero se notaba que llevaba el local como a un negocio cualquiera. Le hubiese dado lo mismo recibir a gente que deseara ejercitarse o a comensales hambrientos en un restaurante. Para él lo importante era trabajar y ganarse el sustento, no el tipo de local que atendiera. Y Brody respetaba eso, aunque no podía evitar considerarlo injusto: él sí disfrutaría de manejar un gimnasio más que de cualquier otra cosa.

El imponente edificio del correo lo apartó de sus fantasías. Debía regresar al aquí y ahora, y concentrarse en el trámite pendiente.

Iba a ubicarse en la fila, tan larga como se había esperado, hasta que le llamaron la atención unos gritos.

Se desvió unos pasos y vio que un joven de aspecto árabe discutía con un hombre. Por el uniforme que vestía, entendió que el hombre era un guardia de seguridad.

Pensó que los árabes estaban sufriendo lo que los negros hacía unos años. O dicho de otro modo: quienes solían proyectar su odio en los negros contaban, desde 2001, con un nuevo chivo expiatorio.

Llevado por la curiosidad, sin ninguna intención de practicar el heroísmo, Brody se acercó un poco más a la escena. Y oyó que él decía:

—Solo quiero encontrar la maldita oficina de pasaportes.

Brody, que conocía bastante bien el correo, se acercó todavía más, hasta captar la atención de los dos hombres enzarzados en esa disputa:

—La oficina de pasaportes está arriba —le dijo al árabe.

—Gracias —respondió él, repentinamente calmado. Y agregó, con un tono de sorna y mirando al guardia—: Esa era la gran pregunta que no querían contestarme.

El árabe se despidió. Brody también se alejó de la escena, dejando al guardia de seguridad con una expresión de derrota grabada en el rostro y mascullando algún ininteligible comentario que por su entonación se adivinaba despectivo —quizá iba contra él, o contra el árabe, o probablemente contra los dos—. A Brody le importaba muy poco que el guardia estuviese masticando su rencor; en todo caso, le divertía.

Él se enorgulleció, igual que tantas otras veces, de su capacidad para ejercer el liderazgo y manejar situaciones difíciles. A Brody le gustaban aquellas situaciones, que él denominaba para sí «pruebas de carácter».

Y pensaba, ingenuamente, que esta sería la única prueba de ese día.

Capítulo 5

Mientras conversaba con aquel simpático joven, Tommy Fuller, Lillian experimentó un intenso mareo que le recordó su condición de embarazada.

Observando que ella se encontraba a punto de derrumbarse, Tommy se le acercó y la sostuvo, pasándole un brazo por la espalda y tomándola de la mano extendiendo el otro. Aunque él no podía saberlo, ese último gesto —el de tocarse las manos— era de los que más solían confortar a Lillian.

—Tranquila —le dijo Tommy—. Necesitas sentarte.

—Pero si me siento perderé el...

—Yo cuidaré tu lugar en la fila, no te preocupes.

Lillian no recordaba la última vez que un hombre la había tratado así. Lástima que ese joven aparentaba, por su voz y su comportamiento amanerados, tener unos gustos amorosos muy específicos y que a ella la dejaban fuera de competencia.

Y lástima que, incluso si no fuera así, Lillian ya estaba casada. Aunque a menudo se veía a sí misma en otro rol: se consideraba la única soldado de un cuartel en miniatura, a cargo de un general que padecía problemas con el alcohol.

Cuando ella salió, Phillip seguía en la ducha. Se preguntó si habría conseguido despertarse o simplemente se habría desplomado allí, bajo el chorro tibio. Fantaseó con que regresaba a su casa y encontraba a su marido ahogado. Y no ya en un mar de alcohol, en sentido metafórico, sino «literalmente». Se lo imaginó inerte, sumergido en la bañera que hacía rato se

habría desbordado. Se imaginó el apartamento lleno de agua, que brotaría hacia el exterior por debajo de la puerta.

Advirtió que el sudor frío le caía sobre la frente. Se la enjugó con un pañuelo descartable, y se dio cuenta también de que el mareo se atenuaba. Era como si el haberse concentrado en otros asuntos —por qué negarlo: en sus miedos y frustraciones— acabara de sanarla.

Aplicó los ejercicios de respiración a los que solían recurrir durante las situaciones tensas. Se los enseñó un conocido, instructor de yoga, y a menudo la ayudaban a no largarse a llorar cuando discutía con Phillip o sus conductas la llenaban de impotencia. Mientras contemplaba el lento avanzar de la fila. El estoico Tommy seguía allí, firme. Todos seguían allí porque no se podía hacer otra cosa. La burocracia nunca daba otra opción.

Salvo la burocracia del matrimonio. Pero Lillian no quería recurrir a... ¿cómo decirlo?... «soluciones terminantes» respecto a su relación con Phillip. Ella sabía, o al menos confiaba en eso, que todavía habitaba dentro de su actual marido aquel hombre que ella conoció. Ese que no había ido a la guerra y que tendía a desayunar café en lugar de *whisky*.

Al fin Tommy alcanzó el primer puesto de la fila, y le permitió a Lillian pasar por la ventanilla de al lado.

Lillian saludó a la recepcionista, una joven con semblante de estar más hastiada que ella, y sacó uno a uno de la cartera los formularios. Necesitaba tramitar los beneficios que le correspondían a su esposo por su acción militar en la guerra de Irak.

La recepcionista revisaba papel por papel, consultando cada tanto algún dato en su computadora. Ella no le quitaba la vista de encima: cada vez que la joven se detenía, aunque no fuera más que por un instante, temía que le

saliera con alguna objeción. Era un suspenso de película, como cuando el asesino acecha a su víctima a través de una casa en penumbras.

Hasta que el asesino abrió el ropero y encontró a su víctima. O, en otras palabras, la recepcionista le dijo a Lillian:

—Este formulario contiene algunos datos que no concuerdan con la información que poseo almacenada en el sistema.

Ella se dijo que sí, que la pesadilla acababa de empezar. La recepcionista le dijo que confirmara con su marido una fecha y la categoría de un par de servicios prestados.

—No puedo completar por mí misma lo que aquí está mal completado — agregó la joven, con el agotamiento inflamándole el rostro, en un tono entre la resignación y la disculpa—. Debe volver con la información correcta. ¿Puede llamar ahora a su marido?

Lillian asintió con la cabeza, aunque en realidad no estaba segura.

—Llámele —dijo la recepcionista—. Una vez que cuente con la información correcta, hágame una señal y la dejaré pasar sin volver a hacer la fila.

«Dejaría que mi marido se muera de hambre antes que hacer la fila de nuevo», pensó ella. «Además, si debiese esperar otra vez todo ese tiempo, terminaría por parir aquí mismo».

Lillian advirtió que Tommy, aun ejecutando sus trámites en la ventanilla de al lado, le echaba una mirada mientras ella se alejaba de la recepcionista y sacaba el móvil.

La enorme barriga —sumada al hartazgo, los nervios y el sudor que ya le causaba escozor en la frente— hacía que todo se tornase más difícil. Aún no

se acostumbraba a maniobrar con esa especie de grillete esférico adosado a su abdomen, entre otros motivos, porque el grillete crecía a diario y pesaba cada vez más.

Se dijo que si recién se estaba preguntado por lo que su marido pudiera estar haciendo, ahora no le quedaría más remedio que averiguarlo.

Marcó el número del apartamento y se puso el móvil al oído. Se sintió, más que nunca, desposeída del menor control de su existencia. Estaba en manos de las circunstancias, girando en la ruleta del destino, como un pequeño planeta con el que juega a los malabares un inexperto dios borracho.

El insistente ruido del teléfono rompía el silencio fúnebre. La ducha, usada hacía muy poco tiempo, goteaba lágrimas tibias que caían sobre una bañera ya sin ocupantes. A unos metros del baño, sobre el sofá rojo que destacaba en mitad de la sala, se desparramaba el cuerpo casi desnudo de Phillip. Un extraño que entrase en ese momento a la casa no tardaría en percibir el hedor a bebida. Claro que no lo emanaría Phillip, que acababa de bañarse, brotaría de la ropa que él se había sacado, precisamente antes de meterse a la ducha, y que dejó tirada azarosamente en el pasillo.

Phillip continuó echado en el sofá: emanando ronquidos, con un hilo de saliva brotándole de la boca. Y el teléfono, resignado, dejó de sonar.

Capítulo 6

Carla Mendoza acababa de llegar, y no le quedó más remedio que ubicarse al final de la larga fila. Echó un vistazo hacia adelante, intentando buscar al primero de todos los que allí esperaban. Era como vislumbrar una hormiga en el horizonte. Carla pensó que nunca llegarían a atenderla, y maldijo mentalmente al correo y a los trámites en general. Aunque sabía que maldecir no le serviría para nada, salvo para desahogar la frustración.

Cruzó miradas con un joven bastante atractivo, que le dedicó una ligera sonrisa. Ella se la devolvió, con sutileza, y después dejó de mirarlo. Con esa breve correspondencia gestual —ese elogio implícito— había sido suficiente. Además, no le sobraba ahora el humor como para ponerse a coquetear con extraños.

«Muy bien: ella ha devuelto la pelota a mi campo. Hay juego», se dijo Brody, que solía recurrir a ese símil tenístico cada vez que hablaba con sus amigos sobre el arte de la seducción entre un hombre y una mujer.

Aquella chica, la que se acababa de integrar a la fila, poseía unos rasgos sin duda latinos. A Brody las latinas le encantaban: rara vez hallaba en sus compatriotas esas sinuosas caderas o ese aire animal, en el mejor y más erótico sentido del término.

En efecto, la chica lo llevaba a pensar en una pantera. Usaba ropa deportiva ajustada, que enfatizaba sus curvas. No solo era sensual: sabía que lo era. Y eso la volvía aun más atrayente a los ojos de Brody.

Lástima que ella, ahora, había dejado de mirarlo. Parecía concentrada en el trámite que fue a realizar, fuera cual fuera. Lucía ansiosa: se corría de la línea para mirar hacia adelante, y su cara denotaba enojo y frustración.

Así y todo, a Brody le seguía pareciendo bellísima. Una pantera a punto de lanzar el zarpazo.

Carla supuso que aquella mujer que hablaba por teléfono cerca de la ventanilla era quien estaba retrasando el avance de todos. Después de contenerse durante unos segundos, no pudo con su genio y gritó:

—¡Todos estamos aquí para que nos atiendan! ¡Vete a conversar a otra parte!

Y con el rabillo del ojo observó que el hombre atractivo, ese con el que antes había cruzado miradas, sonreía encantado.

Lillian ya tenía suficiente con que el borracho de su marido no atendiera, y ahora debía soportar a una histérica gritándole.

Podría haberle dicho que no era ella la que retrasaba la fila, pero decidió que aquello hubiera implicado darle demasiada importancia a una maleducada que no la merecía.

Lillian cortó. Se resignó a que Phillip no la atendería. Se vencerían los formularios, y él perdería o como mínimo retrasaría la recepción de sus beneficios. A ella, a esas alturas y en ese momento, ya no le importaba él. Sin embargo —pensaba tocándose la barriga—, pronto ya no serían solo ellos dos. Habría otra boca a la que alimentar con ese dinero.

Carla comenzó a quejarse y eligió como interlocutor a un hombre de unos cincuenta años que estaba parado justo delante de ella. Otro mero desahogo, se dijo: otro acto inútil.

Pensó que el día había empezado mal y que ya nada podría resultar peor.

No solo Lillian o Carla, sino muchos de los que estaban ese día en el correo considerarían que les esperaba una tarde terrible. Más de uno de los pacientes —o impacientes— miembros de la fila juzgarían, con ese ímpetu sentencioso tan típico de los momentos de mal humor, que hallarse atrapado en los tentáculos de la burocracia constituía la peor experiencia del mundo.

Faltaban segundos para que un estruendo violento, un temblor, un espeso humo y un instante de confusión los llevasen —poco después— a abjurar por completo de aquellas apresuradas reflexiones. Faltaban segundos para que una nueva situación los hiciese contemplar retrospectivamente aquella espera como si se tratara de una imitación del paraíso.

Sucede que, cuando uno es arrojado al interior del infierno, comprende que el paraíso es cualquier lugar fuera de allí.

Capítulo 7

Phillip Gregory abrió los ojos y despertó por segunda vez en el día.

Lo irrumpió una oleada, un mareo abordo de un barco en medio de la tempestad: ya no recordaba si estaba con resaca o directamente borracho.

Poco a poco recordó: le llegaron las fragmentarias imágenes de haber hablado con su mujer, mientras él no la abrazaba a ella, sino al inodoro.

Lillian había ido a completar el trámite para que él recibiera sus beneficios de militar desempleado.

Phillip se contempló a sí mismo: usaba ropa interior y olía bastante bien, por lo que dedujo que se había dado una ducha.

A los tumbos, se dirigió hacia la cocina. Una carencia alcohólica le quemaba en la boca y en el hígado.

Con manos temblorosas abrió la heladera. No había ni siquiera una mísera cerveza a la vista. Las manos le temblaban más mientras apartaba el sachet de leche, los postres y el recipiente con los restos del almuerzo. Buscaba alguna botella que por milagro hubiese quedado escondida detrás de todo aquello que a él no le interesaba en absoluto.

Nada. Ni una gota de alcohol.

Recordó el *whisky* que guardaba en su habitación. Se demoró en llegar allí lo mismo que Usain Bolt en correr cinco metros.

Tomó del pico la botella de Jack Daniel's y la volteó sobre el vaso sucio y vacío que languidecía sobre su mesa de luz, vaya uno a saber desde cuándo.

Pero, aunque el desesperado Phillip agitara la botella, del pico no salía ni una gota.

Maldijo a Lillian. Y al Ejército y a sus trámites, y a Obama y al maldito Estados Unidos liberal y blando. Maldijo a todas y cada una de las cosas que poblaban el universo: a las vacas de la India, a los terroristas islámicos, al té inglés, a la selva de Vietnam, a los rusos y chinos, y al béisbol y al fútbol americano; y maldijo a cada grano de arena y cada mililitro de agua del mar, y a cada átomo de materia de los que se componía el mundo y a cada célula que formaba su propio cuerpo y el de sus semejantes.

Volvió a la sala y se puso a dar vueltas. En uno de sus absurdos giros, se topó con el museo en miniatura que su mujer había montado en la sala.

Allí se hallaban las medallas, los premios, los diplomas y las condecoraciones de todo tipo que había recibido Phillip durante su no tan larga pero sí fructífera carrera militar. Su reconocimiento al desempeño durante la guerra de Irak dominaba el centro de la exhibición. Aunque a él lo conmovieron particularmente —sin que pudiera explicarse por qué— un par de condecoraciones recibidas cuando estudiaba en la Academia, que acreditaban sus conocimientos teóricos y su irreprochable condición física.

Y Phillip se dijo que el único maldito era él. O, en todo caso, él era mucho más maldito que la lista de cosas a las que insultó antes.

Había desperdiciado su vida. Después de tanto esfuerzo, y de tantos logros, la había dejado vacía. Igual que la botella de Jack Daniel's: acababa de darse cuenta de que se la había traído de la habitación y aún la llevaba en la mano.

La arrojó contra la pared. Algunas esquirlas del estallido le saltaron sobre el rostro; Phillip no hizo el menor esfuerzo por cubrirse o esquivarlas.

Pensó en Lillian, haciendo los trámites que debió haber hecho él.

Regresó a la habitación.

Y, aunque quiso evitar quebrarse, terminó por derramar unas lágrimas.

¿Cómo había llegado a ese punto?

Sintió que el pasado y el futuro se le venían encima, como un techo vencido por un peso infinito. Como las extremidades de los iraquíes que explotaban junto con las bombas manufacturadas por el Ejército norteamericano.

«Viva la patria», se dijo Phillip con amarga sorna. «Viva el sueño americano».

¿Y qué le había dado la patria, además de unos cuantos premios de chapa pintados para imitar el oro?

Le dieron unos formularios y la posibilidad de embarcarse en un vértigo de trámites que le garantizarían una limosna mensual.

Eso le había dado la patria a cambio de su vida. Porque Phillip nunca volvió de Irak. Se acordó de aquella película de terror, *Cementerio de mascotas*, que pasaban en la televisión cuando él era un adolescente. En esa película un padre depositaba el cadáver de su hijo pequeño en un cementerio que, según se decía, poseía el poder de resucitar a los enterrados allí. Al final el hijo resucitaba, pero convertido en un zombi monstruoso y maligno, una parodia macabra de lo que había sido antes.

Y Phillip se dijo que él salió de Irak tal como salió el niño de aquel cementerio: mutado en una cosa extraña, una triste sombra de sí mismo.

Las lágrimas se detuvieron, Phillip —como si diese un informe militar— dictaminó para sí que se había tratado de un acceso leve, una fugaz debilidad

de su organismo. Coherente con su profesión, él no acostumbraba a expresar sus emociones de esa manera —«Ni de ninguna otra», hubiese agregado quizá su mujer—. Él era un hombre de acción.

Tal vez por eso se sentó al borde de la cama, se agachó para introducir la mano debajo y sacó de allí su pistola 9 milímetros.

Se la puso en la boca.

Él sabía que los problemas debían cortarse de raíz. Él sabía que las soluciones radicales eran las más eficaces y expeditivas. Y, a menudo, las más honorables también.

¿Valía la pena seguir hundiéndose más, humillándose y humillando a los que estaban cerca de él?

Pensó en su hijo. Se preguntó si le convendría tener un padre como él o más le valdría nacer sin tener ninguno.

Apoyó el dedo en el gatillo. Una simple presión y la tortura llegaría a su fin. Ya no habría más dolor, ni más borracheras ni más resacas. Ya no habría más trámites ni discusiones, ni despertarse sin saber dónde estaba ni qué hora era, ni preguntarse para qué seguía viviendo encerrado en ese círculo de agonía.

Un movimiento, un simple clic del martillo, y se acabaría todo. Solo bastaba saber si él contaba con la suficiente valentía —o acaso la cobardía— para ejecutar esa orden que se impartía a sí mismo.

Dejó la pistola en el suelo.

Regresó a la sala de estar. Seguía caminando a los tumbos, al estilo de su esposa embarazada, aunque por diferentes razones. La cabeza le ardía.

Encendió la televisión, con la esperanza de quitarse de la cabeza las

imágenes de vasos llenos de cerveza o *whisky*. El control remoto temblaba en sus manos.

Pasó por algunos canales sin prestar demasiada atención a lo que transmitían. Solo pensaba en tomarse un trago.

Hasta que la pantalla se puso de color gris. Phillip observó con mayor detenimiento y se dio cuenta de que aquello no era un desperfecto de la TV, sino la filmación de una enorme columna de humo.

Se acercó para leer el sobreimpreso: era una cadena de noticias informando en vivo.

El sobreimpreso decía:

TERROR EN MANHATTAN: ATAQUE TERRORISTA A LA OFICINA DE CORREOS
JAMES A. FARLEY

Phillip lo leyó otra vez, y después otra vez más. Guardaba la mínima esperanza de que se tratara de una equivocada percepción suya, o hasta de un brote de *delirium tremens*.

Hubiese preferido comprobar que se había vuelto, al fin, completamente loco. Hubiese preferido eso antes que esa inconcebible realidad.

Su mujer debía de estar allí, en algún lugar, cubierta por esa opacidad desesperante, esa enorme pared de humo.

Casi por instinto miró hacia la mesa, adonde solía dejar su móvil en la noche antes de irse a dormir —cuando no lo desmayaban, a cualquier hora, las borracheras—. Por fortuna, hoy también estaba allí; Phillip no hubiese soportado tener que ponerse a buscarlo por toda la casa en una situación

como esa.

Se puso de pie y fue hacia la mesa. Tomó el móvil y marcó el número de Lillian. Como era de esperarse, ella no le contestó.

Observó un ícono en la pantalla que le indicaba una llamada perdida.

La revisó. Era de su esposa, efectuada hacía apenas un poco más de quince minutos.

Mientras siguió prestando atención al noticiario. No había, como también era de esperarse, demasiada información por el momento.

Ignoraba la hora exacta en que ocurrió la explosión, pero esperaba que el reportero la repitiese, si es que la había dicho antes.

Sin embargo, todo indicaba que había sido reciente. Las imágenes eran en vivo, como indicaba el típico sobreimpreso desde el ángulo inferior izquierdo de la TV. Y por el humo que brotaba, Phillip podía darse cuenta de que aquello aún no se estaba siquiera disipando, sino que continuaba expandiéndose.

Se suponía, decían los del noticiario, que se trataba de un ataque terrorista.

Inevitablemente, le vino la imagen de su esposa llamándolo justo antes de la explosión. Y él, incapaz de atenderla: sumergido en su inexpugnable siesta de borracho como en una ciénaga indolente.

Volvió a sentarse en la silla, frente a la televisión. Ahora los periodistas del estudio aparecían en primer plano y el humo ocupaba un breve recuadro en la esquina derecha. Balbuceaban conjeturas que Phillip no quería escuchar, pero escuchaba de todos modos.

Los medios solo llenaban espacio, no tenían la menor idea de lo que

sucedía. Recién ahora se estarían enterando las autoridades de seguridad.

Phillip no soportaba más aquella contemplación impotente, esa bocanada interminable de humo negro impidiéndole la visión, burlándose de él.

Se levantó otra vez de la silla. Fue hasta la cocina y tomó un analgésico de la alacena en donde su esposa los guardaba. Se sirvió en un vaso un poco de la gaseosa a la que había maldecido al despertarse, por su condición de bebida sin alcohol. Respiró hondo y empujó el analgésico con un largo trago.

Seguía padeciendo la falta de un trago «de verdad», pero ya tenía una ocupación con la cual descargar su adrenalina.

Se puso los pantalones y fue por su arma. Hacía bastante tiempo desde la última vez que le había dado uso.

Ya lo tenía decidido: iría por su mujer.

Y le pidió a Dios —a quien tampoco se dirigía desde hacía mucho tiempo— que no fuera demasiado tarde.

Segunda parte: Entre los escombros y el humo

Capítulo 8

Lillian intentaba abrir los ojos y respirar, pero el hedor y la densidad del aire le impedían hacer alguna de las dos cosas. Por un momento creyó que estaba acostada en la cama de su casa y que en breve debía dirigirse al correo para entregar los formularios y tramitar los beneficios de Phillip. Pero los recuerdos regresan a ella, de forma tan repentina como el estruendo y el temblor de hace unos segundos. Siente la piel sucia y ya no tiene dudas de que está acostada, aunque no precisamente sobre un colchón. Y cuando consigue entreabrir los ojos, la visión es brumosa, como a través de un vidrio empañado. La envuelve una ola de gris oscuro.

Recuerda el estruendo, y al edificio temblando como si estuviese hecho de naipes. Y al fin comprende que la ola gris es en realidad humo, y que acababa de producirse una explosión.

Lo comprende, aunque le cuesta creerlo. «Esta es una de esas cosas —se dice Lillian— que uno da por sentado que nunca le sucederán: una de esas desgracias horribles que solo le suceden a los otros y que nosotros nos limitamos a mirar por televisión».

Pero hoy le sucedió a ella.

A través de la sofocante humareda, Tommy Fuller alcanzaba a oír los gemidos de dolor. Estertores cercanos que le llegaban de las personas que hasta hacía unos segundos se encontraban de pie, conversando entre ellas, quizá quejándose de la demora o preguntándole a alguien sobre el modo de resolver un trámite.

Mas a lo lejos, desde afuera, Tommy recibía el eco de las alarmas y sirenas. Imaginó las ambulancias frenéticas, las patrullas de la Policía comunicándose entre ellas por radio. Y quizá, si lo que había sucedido era tan terrible como parecía, los camarógrafos y periodistas de los canales de televisión trasladándose a toda velocidad en sus camionetas.

Distinguió a Lillian detrás de unas volutas de humo que comenzaban a disiparse.

La intentó llamar, pero la voz se le ahogó, se convirtió en una voz intensa. Después de toser, lo intentó de nuevo:

—Lillian —consiguió decir al fin.

La débil respuesta le llegó del otro lado, en forma de una hilacha ininteligible de sonido. Tommy supuso que a ella también se le ahogaba la voz. Al menos, se dijo, estaba viva.

Él estiró la mano hasta tocar la de aquella pobre mujer. Recordó que estaba embarazada, y se le erizó la piel llena de polvo.

Logró tocar sus dedos. Se estiró un poco más hasta aferrarla de la muñeca.

—Trataré de traerte hasta aquí —le dijo.

El humo seguía disipándose, y observó que Lillian asentía con la cabeza.

La jaló hacia él, de a pocos, con sumo cuidado. Ella se acercaba ayudándose con el brazo libre, evitando —aunque con un esfuerzo y una dificultad evidentes— que su barriga hinchada rozase el suelo.

Tommy se tomó un segundo para girar el cuello y observar los alrededores del edificio. Según lo que alcanzó a ver a través de la nube de humo y polvo, que todavía se negaba a desvanecerse, las personas intentaban

también levantarse y comprender lo que les estaba sucediendo. Oyó un lejano grito de mujer y una voz de hombre que maldecía al aire. Alguien preguntaba si todos estaban bien, sin obtener ninguna respuesta clara.

Phillip le pidió al taxista que cambiase la emisora de radio: el tipo oía ese desagradable ruido que llamaban *rock and roll*, y no pareció muy contento con la orden de aquel pasajero que se acababa de subir. Él se vio obligado a decirle que la situación era urgente, a explicarle que acababa de ocurrir un presunto atentado en el correo y que su mujer se hallaba en el lugar.

El chofer cambió de actitud. Le dedicó a Phillip unas lamentaciones y el deseo de que todo saliera bien. Buscó en el dial un noticiario que estuviese informando las últimas novedades sobre los hechos.

El tráfico era brutal en Manhattan, como de costumbre, y en especial durante las horas matinales. Phillip intentó de nuevo comunicarse con su mujer, presionaba frenéticamente el ícono de su contacto en el móvil. Pero resultó igual de inútil que antes: ella no atendió.

Se encontraban a pocas cuadras del correo, según calculó Phillip, cuando el tráfico definitivamente se atascó.

Él maldijo al aire.

—Así es esta ciudad —dijo el taxista. Ahora mostraba la esperable compasión respecto a la desventura en que se hallaba Phillip.

Desde la radio surgía ya la voz de una periodista, transmitiendo en directo desde la oficina de correos James A. Farley.

—Todavía no se ha informado a la opinión pública sobre la magnitud de los daños —decía la periodista, refiriéndose en realidad a que todavía no le

habían informado a ellos, a los que Phillip gustaba llamar «los buitres de la prensa»—. Ignoramos la cantidad y la gravedad de los heridos, y si existe alguna víctima fatal. Lo comunicaremos apenas contemos con la información. Desconocemos también si se ha tratado de un ataque o un accidente. Aunque ustedes han oído ya la opinión de nuestros expertos: la probabilidad de que en una institución como el correo suceda una explosión tan brutal sin haber sido premeditada resulta ínfima. No estamos hablando de una planta nuclear o algún otro lugar con alto riesgo de accidentes. Por lo tanto, la hipótesis más difundida y considerada a estas horas es la de un ataque, y por lo tanto, estamos hablando de terrorismo. Regresan a nuestra ciudad los fantasmas del 11 de septiembre de 2001: una vez más, un edificio emblemático de los Estados Unidos de América es sacudido por una explosión que nadie esperaba, y cuyo origen por ahora se nos aparece del todo incierto. Nadie se ha atribuido la autoría del presunto atentado...

La periodista seguía con su perorata. Y seguiría llenando el tiempo con su lección de historia reciente, se dijo Phillip, hasta que contara con verdadera información que comunicar.

Pero debía admitir que la prensa era un mal necesario: pensó en cuánto lo tranquilizaría escuchar por boca de esos buitres un comunicado con el recuento de víctimas, y enterarse de que Lillian no había sufrido daños.

Ni Lillian ni su hijo. Recién en ese momento tomaba plena consciencia de que no era solo su esposa la que corría peligro. También estaba en la oficina postal el hijo de los dos.

Aunque el chofer del taxi se desahogaba a gusto pegándole a la bocina, el tráfico no daba muestras de querer avanzar. Phillip sentía que perdía los nervios y se dijo que daría la vida por un trago.

Claro que, de tomarse un trago ahora, resultaría imposible que termine

siendo solo uno. Después de ese primer trago vendría otro, y otro, y otro...

No, no podía flaquear ahora. Su esposa lo necesitaba más que nunca y él debería «estar ahí». Lo único bueno que podría sacar de esa desgracia era la chance de redimirse, de compensar todas las veces que había estado ausente. En especial desde su regreso de Irak.

Además, se recordó que su mujer estaba ahora allí por culpa suya: él había olvidado entregar aquellos formularios malditos.

El tráfico seguía sin avanzar. Phillip se decidió: sacó unos billetes del bolsillo y se los dio al taxista.

—Seguiré a pie —dijo—. Quédese con el cambio.

—Suerte, amigo —dijo el otro tomando el dinero.

Él bajó del taxi y comenzó a caminar a paso veloz. Calculaba que estaría a cinco o seis cuadras de la oficina postal; las últimas las haría corriendo. En otra época podría haber corrido desde ahí, pero su estado físico ya no era aquel que le valió un diploma en la academia militar.

Una cuadra después el tráfico continuaba igual de inmóvil. Pensó que su vida no se había caracterizado últimamente por las buenas decisiones, pero que esta última —la de bajarse del taxi— sí resultó acertada. Ya podía vislumbrar, si levantaba la cabeza, el imponente edificio del correo: el frontón atravesado por aquella célebre inscripción y sostenido por las esplendorosas columnas.

Continuaba con su marcha, sin detenerse ni por un instante, hasta que un estruendo monstruoso lo echó hacia atrás.

Había sido una explosión. Mejor dicho, una segunda explosión se acababa de producir en el correo.

Y por si quedaban dudas, una enorme bocanada de humo subió a través del edificio, enturbiando el cielo azul como la amenaza de un infierno gris. Un excombatiente como Phillip no se impresionaba ni atemorizaba con facilidad. Él había presenciado cosas espantosas en la guerra: había contemplado a hombres jóvenes y valientes caer al suelo, abatidos, y había visto cómo el brillo de sus ojos se apagaba de un momento a otro y la vida se les escapaba junto con la sangre. Había conocido los rigores del hambre, la desidia y la indolencia; y su consecuencia atroz sintetizada en los cuerpos inertes de niños, víctimas inocentes amontonadas como escombros en algún olvidado rincón lúgubre.

Y, sin embargo, eso pasaba en un lugar lejano, en una ciudad que ni siquiera tenía mucho que ver con Occidente. A todo aquello, por doloroso que fuera —y aun con su insoportable tendencia a «regresar», esa horrible costumbre que a él lo alejaba del sueño y lo acercaba a la botella—, lo podía considerar una suerte de pesadilla. Sí, se dijo, aquello había sido una experiencia vivida en otra dimensión. Un poco como el viaje de Alicia siguiendo al conejo a través del agujero, aunque, en este caso, Phillip no hubiera encontrado en Irak nada maravilloso.

Esto, por otra parte, estaba ocurriendo en «su» ciudad. Y era «su» mujer embarazada, y no la de otro, la que se hallaba en el edificio.

Él había regresado del infierno, aunque se trajo una parte consigo. O dicho de otra manera, una parte de él nunca se había retirado, una parte de él se quedó en el campo de batalla para siempre.

Ahora el infierno regresaba a su ciudad, como los bandidos de los wésterns regresan a arreglar cuentas con el *sheriff* del condado. Y a él le tocaba demostrar, entonces, si estaba o no a la altura del desafío.

Así que empezó a correr, confiando en que su desesperación consiguiera

forzar la resistencia de sus pulmones.

Capítulo 9

Dos cuadras después, Phillip seguía corriendo y ya empezaba a acusar el cansancio. Pasó por delante de una tienda de electrodomésticos. En el escaparate exhibían un televisor prendido, y en la pantalla había un periodista, hablando, sosteniendo su micrófono y teniendo como fondo una cortina de humo.

Phillip aprovechó para detenerse y observar. Como suele suceder con los televisores funcionando detrás de los escaparates, el volumen estaba al mínimo y él no escuchaba nada. Sí era capaz de ver las imágenes: estaban pasando las de las dos explosiones. En el sobreimpreso, además de informar del atentado —pensando sin duda en los espectadores que recién prendían la TV—, insistían en que aún no había novedades respecto a las víctimas o a los autores.

Tomó el móvil. Presionó por enésima vez, ya casi sin esperanzas, la tecla de llamado rápido de su esposa. Una vez más, ella no atendió.

Phillip volvió a guardarse el móvil en el bolsillo y flexionó la espalda y las piernas. Apoyó las palmas de las manos sobre las rodillas, respirando y exhalando con lentitud. Buscaba aire, y también un poco de calma. Claro que resultaba difícil calmarse, y más cuando él no dejaba de mirar la pantalla que repetía en bucle las dos explosiones.

Hasta que, por fin, los del noticiario cambiaron de toma: regresaron a la transmisión en vivo, con una panorámica de la oficina postal.

Desde ya que tampoco resultaba demasiado tranquilizador contemplar ese tradicional edificio de Manhattan exudando humo denso hacia arriba. Se

podía comprobar que la policía ya rodeaba el edificio y los bomberos estaban en acción. Un par de helicópteros sobrevolaban un cielo coloreado de gris oscuro. Varias personas, con uniformes o de civil, corrían desenfrenadas de aquí para allá. Se habían apostado las ambulancias y los paramédicos sacaban las camillas, todavía sin ocupantes.

Todo ese escenario lucía caótico, por no decir apocalíptico.

Las explosiones habían causado, infirió Phillip a simple vista, un enorme daño estructural. Aquello no fue obra de unos locos con bombas caseras: se trataba de un ataque realizado por locos, sí, pero unos que contaban con recursos suficientes para obtener un arsenal poderoso.

Phillip se insufló de coraje y se dijo que debía sacar fuerzas incluso de donde no las tenía.

Tomó aire, apretó los puños y se lanzó de nuevo a su carrera desesperada.

Al fin, Phillip alcanzó la imponente fachada de la oficina postal. Ahora, tan cerca, resultaba aún más imponente la visión de las columnas de concreto conviviendo con las enormes columnas de humo.

Los bomberos, sin embargo, ya estaban consiguiendo que el fuego calmara su voracidad. La policía esperaba en grupo, agazapada. El aparente jefe del operativo sostenía su radio cerca de la oreja, seguramente le habían prometido darle órdenes o enviar a un grupo especial.

Los encargados habituales de la seguridad ciudadana, se dijo Phillip, poco podían hacer contra los terroristas. Y a él no le quedaban dudas de que de eso se trataba este atentado: terrorismo.

Por ende, se necesitaba la presencia de los comandos que se dedicaban de

modo específico a este tipo de amenazas.

Phillip se acordó, por enésima vez, del 11 de Septiembre. Aunque esta vez, quizá por encontrarse tan cerca del correo en llamas —una evidencia irrefutable y vívida del «mal absoluto» que traían a América los enemigos de Occidente—, la sensación fue muchísimo más poderosa. Phillip sintió que la rabia y el rencor lo consumían, igual que el fuego intentaba tragarse al edificio y a quienes estuvieron allí en el momento de las explosiones, americanos inocentes que solo querían realizar algún trámite o trabajaban en la institución. Se acordó de Osama bin Laden y de aquellos que lo irritaban en un grado mayor que cualquier enemigo externo: los liberales, sus estúpidos compatriotas —si resultaba lícito llamarlos así— que criticaban el accionar de su propio país, en lugar de unirse contra el bárbaro extranjero que intentaba rodearlo con sus garras.

Y mezclado con las palabras que resonaban en su cabeza y las imágenes que repetían una y otra vez la película bélica de su pasado, lo irrumpió el persistente y absurdo deseo de tomarse una cerveza o un *whisky*. El nombre de Saddam Hussein se juntaba en su cerebro afiebrado con el de Jack Daniel's, y Phillip volvía a verse a sí mismo como un hombre derrotado y patético.

Pero no: se dijo que no podía darse el lujo de ser débil —o de «volver» a serlo—. Su mujer, Lillian, se hallaba dentro de ese edificio. Y él, que seguía siendo su marido, tenía la obligación moral y el profundo deseo de hacer algo.

Aunque, por el momento, no tuviese la menor idea de qué.

Capítulo 10

Brody había conseguido, a medias, sobreponerse a la confusión. Entre las incontables partículas de polvo que enturbiaban el aire, detectó con la mirada a aquella chica atractiva y de aspecto latino que había visto antes en la fila.

Lo pensaba y le resultaba imposible de creer: hace menos de un minuto su única «preocupación» era buscar un modo sutil de entablar conversación con ella, y cómo sortear el obstáculo de encontrarse separados por varias personas que esperaban junto a los dos.

Y un segundo después, la explosión lo había cambiado todo. Y para colmo de males, cuando él apenas estaba recuperándose del impacto y tratando de ponerse de pie, una segunda detonación volvió a mandarlo al suelo.

Antes él le había pedido al destino —dentro de la intimidad de su mente— una excusa para acercarse a la chica, una situación fortuita que favoreciese un contacto supuestamente casual.

Se dijo que, a partir de ahora, tendría más cuidado con lo que pedía. El destino quizá tuviese cierta tendencia a las bromas de mal gusto.

Brody se incorporó y se miró el cuerpo entero. Se examinó a sí mismo, como intentando comprobar ya no si sus músculos habían crecido, o si siquiera seguían ahí: hoy se conformaba con haber quedado en una sola pieza.

Caminó hacia donde estaba la chica latina. Ella también se estaba poniendo de pie, con una dificultad que Brody juzgó más atribuible al

impacto mental que al físico.

Él la ayudó, tomándola por el brazo. Aquel contacto, que hacía unos minutos hubiese tenido para él connotaciones eróticas —las de un anticipo, un vago preludio de los contactos más íntimos que podrían venir después si sus habilidades de seductor funcionaban—, ahora adquiriría un cariz por completo diferente. Se trataba de un gesto desinteresado, pleno de humanidad. Al menos eso se decía Brody, satisfecho de sí mismo.

—Gracias —dijo la chica. Y apenas terminó de hablar, tosió varias veces—. Me llamo Carla.

«Yo tenía razón: ella es tan latina como la salsa», se dijo Brody, a quien el contexto no le impidió fantasear con las caderas de Jennifer López o los pechos de Salma Hayek, y los movimientos elegantes y a la vez espasmódicos —sensuales latigazos de serpiente— que Carla sería capaz de ejecutar. Y claro que, en esos sueños diurnos de Brody, Carla los ejecutaba desnuda y mientras se hallaba arriba de él.

—Me llamo Brody —dijo él. Sonaba casi absurdo presentarse como si se hallaran envueltos en una situación común, una interacción de las que suceden todos los días, Y, sin embargo, el edificio ruinoso y la explosión incierta creaban entre los dos una intimidad muy diferente a la del sexo. Más que intimidad, una «comunió». La misma que la de los campos de concentración o la de los condenados a muerte que esperan en sus celdas a que los llamen para atravesar el último pasillo. Una comunidad entre víctimas, personas extrañas condenadas por la fatalidad a compartir una experiencia única, intensa y terrible.

Sin embargo, Brody se dijo que no era para tanto, y que no debían dramatizar. No por el momento.

Tomó de la mano a Carla —ya sin dobles intenciones— y caminó con ella hacia donde había otras dos personas. Por lo que podía verse, también se trataba de un hombre y una mujer, apiñados entre la pared y un caos de escombros.

Más allá, en la galería principal de la oficina postal, Kamal Ajaz también acababa de ponerse de pie.

Los impactos habían sido violentos, aunque el epicentro de las explosiones —aparentemente— tuvieron lugar en otro sector del edificio. Quizá desde la enorme oficina donde las personas formaban fila esperando que las atendieran.

Kamal se preguntó por el estado de la gente que estaba allí. Donde él se hallaba había escombros por todas partes, y solo Dios sabía si se habrían bloqueado las salidas o tendrían la oportunidad de escapar de esa trampa inesperada.

Kamal miró a su alrededor: allí no había chance de salir. Si se trató de un ataque deliberado, un posible atentado terrorista, seguro se habrían encargado de detonar las bombas de modo tal que dejaran encerrados allí a quienes estuviesen en el correo.

El polvo y el humo aún flotaban en el aire. Tras la gruesa capa gris y blancuzca, Kamal pudo distinguir la figura de un hombre. Parecía un hombre mayor, que apoyaba la mano contra el suelo y hacía fuerza para ponerse de pie.

Él se acercó a ayudarlo. Lo tomó de la axila y le dijo:

—Todo estará bien, déjeme que le preste una mano.

En un principio el hombre aceptó la ayuda de buena gana. Pero cuando miró a Kamal a los ojos, retiró con violencia el brazo del alcance del suyo y lo observó con ojos consternados, como si él acabara de hacerle algo terrible.

Kamal atribuyó esa conducta, muy poco lógica, al entendible shock del momento. Ignoraba los prejuicios de aquel viejo.

—Soy Kamal —le dijo mostrándole las palmas de las manos en señal tranquilizadora—. Dos explosiones, supongo que dos bombas acaban de impactar en el edificio

—Ya lo sé —dijo el tipo de mala gana y mientras se limpiaba el polvo de la chaqueta—. Soy viejo, no sordo. No todos los norteamericanos somos tan idiotas.

Kamal prefirió no tratar de entender a qué había venido ese último comentario.

—¿Y usted? —le dijo al viejo— ¿Cuál es su nombre?

—Henry —contestó el otro con la misma mala gana—. Mi nombre es Henry Gibson. Y nací hace bastantes años en Greenwood, Indiana.

Kamal adoptó ante ese otro comentario sorpresivo la misma actitud que ante el primero. Henry lo miraba como si requiriese una réplica, acaso para que Kamal le dijese dónde había nacido él. Pero Kamal no dijo nada: juzgaba que ese no era momento para recitarse el uno al otro la historia de sus vidas. Prefirió preguntarle a Henry si se encontraba bien.

—Sí —dijo el viejo, escupiendo hacia el piso lleno de polvo. Lo miraba con amargura, o quizá con cierto desdén al que Kamal no le encontraba justificación—. Sí, creo que estoy bastante vivo. Aunque el cómo estoy es mi problema, no te confundas.

Gibson, tras ese último comentario, sonrió de manera ambigua. Lo único certero era que en esa sonrisa no había ningún sentimiento amable. De todos modos, Kamal no la tomó como una afrenta hacia él.

—Debemos buscar a otras personas, debe haber heridos, o incluso...

Kamal no quiso terminar la frase. Comenzó a caminar hacia la salida de esa galería que funcionaba como museo. Volteó y comprobó que el viejo Gibson lo seguía desde atrás: caminaba con lentitud, dejando entre los dos varios pasos de distancia.

Llegaron a la parte del edificio en que funcionaba el correo propiamente dicho y en la que la gente se ponía en fila esperando que la atendieran. Por supuesto que el mayor número de personas se concentraba allí. Kamal experimentó una opresión, un nudo de plomo naciéndole en el pecho: temía encontrarse en ese lugar un espectáculo atroz, un mundano anticipo del apocalipsis.

Pero debía tener coraje y enfrentar lo que sea que le esperara: esa gente se había llevado la peor parte de la explosión y su deber era ayudarlos en la medida que pudiese.

Volteó, una vez más, para mirar a Henry Gibson. Él lo seguía con indiferente desgano, como si le diese lo mismo quién vivía o quién moría. Como si la gente que quedó atrapada dentro de la oficina postal no fuese gente igual a él. Gente con deseos, temores, esperanzas. Gente con un corazón que latía y unos pulmones que respiraban.

Esos sí habían tenido fortuna, se dijo Kamal. Y el nudo en su pecho se volvió aun más duro y frío que antes.

Capítulo 11

Brody, junto con Carla, penetró entre un camino de escombros y una polvareda blancuzca que los hacía toser y entrecerrar los ojos. Parecían cenizas cayendo desde un infierno que, en lugar de hallarse debajo de sus pies, colgaba por sobre sus cabezas.

—¿Están bien? —preguntó Brody, todavía sin distinguir del todo a quiénes les estaba hablando.

—Estamos bien —contestó una voz de hombre, aunque con sonoridades algo femeninas—. Bah, es una forma optimista de decirlo.

—Siempre hay que conservar el humor —dijo Carla.

Brody la miró y le dedicó una sonrisa. Aquella chica mostraba agallas al lanzar un comentario así. En otra situación, él se hubiese sentido impelido a seducirla.

Lástima que se hallaban en «esa» situación.

—Me llamo Tommy —volvió a decir la voz—. Una mujer embarazada está conmigo.

«Maldita sea» —se dijo Brody—. «No solo siguen existiendo mujeres que cometen la locura de quedar embarazadas, sino que encima acuden al correo postal justo el día en que van a explotar allí dos condenadas bombas».

Brody daba por hecho que se trataba de un atentado.

—Yo me llamo Brody —dijo—. Ayúdame a correr esta viga.

En efecto, una enorme viga, además de unas piedras, cortaba el espacio y

dificultaba el movimiento. El tal Tommy se puso de pie y fue hacia Brody. Era un joven de aspecto algo débil, quizá enfermizo. Brody pensó que, si bien no hubiese podido recurrir a la mujer embarazada, Carla sí podía haberlo ayudado mejor que él. Al menos se la veía con mucho mejor salud y, por lo que podía verse también, lucía un cuerpo no solo atractivo, sino de apariencia más fuerte y atlética.

—Espero poder ayudarte —dijo Tommy como si le hubiese leído la mente—. No soy precisamente una versión contemporánea de Conan el Bárbaro.

—Déjame lo más duro a mí, tú solo trata de que no se te caiga —dijo Brody.

Consiguieron correr la viga hacia un costado. Brody miró a Tommy todo el tiempo. Por fortuna, nunca observó en él síntomas de zozobra.

Quizá, pensó Brody, las situaciones límites aumentaban las fuerzas de cualquier persona, independientemente del carácter que hubiesen mostrado durante todos los eventos de su vida anterior.

Si era así, él debía ser el más fuerte de todos: como siempre, pero más que nunca.

Se acercó a la mujer embarazada. Estaba sentada contra la pared y se tocaba el vientre. Brody rogó que se tratara de un gesto inconsciente de protección a la criatura aún por nacer y no del dolor provocado por alguna herida.

—¿Está usted bien? —le preguntó— ¿Le duele algo?

Ella negó con la cabeza y dijo que no le dolía nada. Brody se tranquilizó. Una mirada más cercana lo llevó a juzgar que aquella embarazada no era, en absoluto, una mujer fea o desagradable. Sin embargo, había algo en su

rostro... algo «ajado», como corroído. Una suerte de vejez prematura. Quizá fruto de una mala alimentación, de un organismo mal cuidado. O quizá de haber llevado una mala vida en términos generales. Brody no podía saberlo, ni tampoco era una prioridad ahora mismo.

—¿Cuál es su nombre? —volvió a preguntarle.

—Soy Lillian. ¿Y usted?

—Mi nombre es Brody. ¿Está cómoda sentada así en el suelo con la espalda contra la pared?

—Estaría más cómoda en el sofá de mi casa. Pero, teniendo en cuenta la situación, no está tan mal.

Carla y Tommy, cada uno de ellos de pie y flanqueando la imponente figura de Brody —como un par de soldados romanos resguardando al emperador—, se permitieron una risa discreta. Brody sonrió.

Lillian también se reía. Y, dentro de su mente, comparó aquellas risas con las que festejan algún chiste en medio de un velatorio. Eran risas nerviosas y que intentaban liberar, aunque no fuera más que un mínimo, la angustia contenida. Eran risas a las que se recurría sin otro objetivo que el de evitar los llantos, para así no desmoronarse o entregarse a la desesperación.

Hubiese apostado a que, aunque Brody exhibiera cierta determinación de macho alfa musculoso, ninguno de ellos alcanzaba todavía siquiera a creerse el desastre en que se hallaban metidos. Ella misma contemplaba los escombros en todo el edificio y esperaba que de un momento a otro Phillip la despertase, arrancándola de su pesadilla y trayéndola de nuevo a la realidad de la cama doble plaza y de otro día que comenzaba. Sí, hoy no le importaría que, en lugar de despertarla como lo haría un marido normal, lo hiciera con el

estruendo de sus caídas de borracho. Hoy se sentiría feliz si regresaba por arte de magia al baño de su casa y contemplaba a su marido aferrado al borde del inodoro, lanzando su ingesta alcohólica del día anterior, o quizá de unas horas antes. Ninguna miseria cotidiana le hubiese quitado la felicidad de haberse salido de ese bello edificio que, en un parpadeo, había devenido en unas ruinas. Nada le hubiese arruinado el alivio de saber que todo eso había sido una horrible alucinación, y que las cosas seguían igual que siempre.

—¿Estamos todos bien entonces?

Él que acababa de hablar había sido Brody: arrancó a Lillian de sus pensamientos, aunque, por desgracia, no de esa pesadilla.

Todos asintieron. La chica al lado de Brody, atractiva y sin duda de nacionalidad o al menos descendencia latina, se acercó para estrecharle la mano y decirle que se llamaba Carla. Lillian, a su vez, le dijo su nombre.

Las motas de polvo y los agónicos restos de las volutas de humo persistían en el ambiente: flotaban en el aire y lo enrarecían, provocaban inquietud con una muda amenaza susurrada en todas partes. Cada una de esas partículas infestas, cada violento resabio de las explosiones, susurraba una amenaza en los oídos de cada uno de los que compartían espacio en esas ruinas que solían ser el correo postal: les decían que nunca habían estado en realidad a salvo, y que nunca lo estarían de aquí en adelante. Mejor dicho: a partir de ahora, aun si conseguían seguir con sus vidas, les sería mucho más duro que antes porque ya no podrían ignorar ni olvidar el nuevo conocimiento que acababan de adquirir. Ya sabían que la seguridad era un mito, un invento infantil: un cuento de hadas que los Gobiernos cuentan a los ciudadanos antes de ir a dormir y con la calculada intención de que no sufran pesadillas.

A pesar de su marido militar, Lillian nunca había sido demasiado

consciente de aquello, de la delgada soga funambulesca sobre la cual ella y todos sus compatriotas caminaban a diario, y en puntas de pie. Se debía, pensaba, básicamente a dos cosas: en primer lugar, Phillip no era un militar de alto rango, de los que toman decisiones, sino que se limitaba a obedecer órdenes que, según sus propias palabras, «le llegaban desde arriba», igual que hace miles de años los mandamientos de Dios «le llegaron» a Moisés. Así que él no podía saber mucho.

Y, en segundo lugar —y esta era quizá la principal de las razones—, Phillip no compartía con ella absolutamente nada respecto a su trabajo, y muy poco en lo referente a otros asuntos. Aunque, si se tenía en cuenta que su marido en ese momento se hallaba desempleado y que sus «otros asuntos» se limitaban a beber a toda hora y a vomitar o desmayarse en la cama en algún indeterminado momento del día, quizá hoy esa reticencia fuera digna de agradecer.

Y en un latigazo de reveladora ironía, a Lillian le llegó algo que no era una orden ni un mandamiento, sino una atroz reflexión. Lillian consideró que si todos se hallaban atrapados en el edificio —como lo sugerían los omnipresentes escombros—, ella no habría hecho otra cosa que cambiar de trampa. Después de todo, su propia casa —a la que le costaba llamar hogar— también había devenido en unas ruinas, al menos en un sentido figurado del término. Y Phillip, aun a pesar de sí mismo y de sus intenciones, se había convertido en un terrorista.

Partiendo de esas premisas, no hacía falta forzar demasiado la imaginación para darse cuenta de que Lillian era un rehén de su destino. Una situación que había construido —se dio cuenta de que sería infantil negarlo— mediante sus propias elecciones, sin que nadie le pusiera un arma en la cabeza para obligarla a decir que sí.

Y Lillian comprendió que, fuese cual fuese el lugar físico en el que se hallase, su cuerpo y su espíritu estaban atrapados.

Se tocó la barriga. ¿Condenaría ella a su criatura por nacer a compartir su cárcel, o tendría las agallas para cambiar las cosas?

Lillian oyó que alguien acababa de hablarle, pero no entendió una palabra. Quien se dirigía a ella era Brody.

—Perdón —dijo Lillian—. No entendí lo que me dijiste.

—Justamente, hablaba de que debemos enfocarnos, prestar atención y no perder la cabeza.

«Ya es tarde para mí», pensó Lillian. Observó los rostros de los demás: la chica latina y el diseñador de modas, y por un segundo creyó que los dos la miraban a ella como se mira a una pobre imbecil. Después alejó esas ideas paranoicas. Trató de enfocarse en lo que Brody decía, tal como él mismo le pidió.

—Las salidas parecen estar bloqueadas —dijo el musculoso moreno con vigor espartano—. Pero no tengo ninguna duda de que de un momento a otro mandarán a alguien a ayudarnos. Los bomberos y la policía deben estar ya afuera, viendo el modo de entrar o ya trabajando en ello.

—Confías mucho en tu patria —dijo Tommy. Pronunció esas palabras en un tono bastante neutro, aunque Lillian, no obstante, percibió cierta sorna en el comentario.

Brody apenas le dedicó una mirada, lo ignoró sin desdén: se veía que era un hombre pragmático.

Los hombres solían ser así, se dijo Lillian. Al menos los que ella solía conocer.

Phillip trataba de controlar sus jadeos, le daba cierta vergüenza —por tonto que le sonara incluso a él mismo— hablarle al personal de seguridad deteniéndose a tomar aire cada dos o tres palabras. Era un exmilitar, todavía muy joven, y detestaba la idea de mostrarse arruinado. La detestaba incluso más que a su propia ruina.

Justo cuando se encontró en condiciones de decirle al aparente encargado del operativo dos frases seguidas sin padecer el ahogo, y en el preciso instante en que se acercaba a él, un poderosísimo estruendo y una luz enceguecedora lo forzaron a cubrirse el rostro con las dos manos y a echarse hacia atrás.

Phillip oyó los gritos, mezclados con el estruendo feroz, y sintió en los dorsos de las manos el leve agujonear de miles de partículas de concreto que lo golpeaban.

Unos segundos después —que en su mente duraron años— bajó los brazos y contempló una vez más el edificio. Aterrado, perplejo, sumido en una parálisis de incomprensión, vio a las llamas elevarse otra vez: surgían como un ave fénix, como un demonio indestructible burlándose de las tentativas de los simples mortales para detenerlo.

Y hubo otra predecible repetición: el caos, los civiles que seguían corriendo y gritando tras el cordón de seguridad, los policías y los bomberos desconcertados.

Una tercera explosión acababa de producirse.

Capítulo 12

Kamal agradeció su golpe de suerte, aunque hubiese tenido lugar en medio de una situación desgraciada. Si esa tercera explosión hubiese ocurrido unos segundos después, quizá no la hubiese podido contar.

Había visto la detonación unos metros delante de él, allí justo a donde se estaba dirigiendo. Una vez más, la zona más afectada resultó aquella en la que los clientes del correo hacen fila para ser atendidos.

Volteó. El viejo Gibson seguía varios metros detrás de él.

—Carniceros —dijo, aunque dirigiéndose al aire y no tanto a Kamal—. Malditos cerdos, quieren matarnos a todos.

Incluso en ese caso, en esa pesadilla dentro de la pesadilla que era la tercera explosión, Lillian alcanzó a percibir que alguien o algo se había interpuesto entre ella y los escombros que volaban por los aires.

Abrió los ojos y se dio cuenta de que se trataba de «alguien». El pobre Tommy Fuller, que ahora se retorció de dolor. Segundos antes de la detonación él se había acercado para hablarle, para decirle vaya ella a saber qué.

Ahora de él emanaban gemidos de dolor, y se hallaba boca abajo con el pecho sobre las piernas de Lillian. Ella recién en ese instante fue consciente del peso del chico sobre las rodillas. Antes, durante el estruendo, no había sido capaz de experimentar ninguna cosa ajena al terror y al profundo deseo de sobrevivir.

En lugar de decir que había polvo en el aire, mejor hubiese sido preguntarse si quedaba algo de aire en el interior de esa ubicua polvareda gris. Lillian se disponía a tocarle la espalda a Tommy, mientras le preguntaba si estaba bien, pero advirtió las heridas que el joven había sufrido en esa parte del cuerpo. Le acarició, entonces, la nuca. La pregunta fue la misma:

—Estoy bien —contestó Tommy, aunque en la voz se le notaban la agitación y el tormento—. Por decirlo de alguna manera.

—Gracias —le dijo Lillian—. Si salimos de esta, quizá le ponga tu nombre a mi hijo.

No había planeado pronunciar esas palabras: le salieron de la boca sin el permiso de su voluntad, y tan intempestivas y sorprendentes como una detonación.

Igual que había sucedido en los instantes siguientes a las anteriores dos explosiones, un coro de toses y gemidos resonaba en medio de la opacidad de la atmósfera. Lillian alcanzó a distinguir una figura de contornos vagos, a la que aun así consiguió identificar como perteneciente a Carla, la chica latina. Uno de los gemidos, el más audible, parecía provenir de ella.

Otra figura, sin duda se trataba de Brody, se acercó a la mujer. Aunque incapaz de comprobarlo mediante la vista, Lillian se dio cuenta de que ella había sido dañada.

—¿Estás bien? —preguntó la voz ahogada de Brody tras una capa de humo.

Más lejos se oían otras toses, otros gemidos y algún grito de dolor. El resto de los sobrevivientes, que se hallarían al fondo, estaban separados de ellos cuatro.

—Tengo un... cof, cof... —La tos interrumpía la frase de Carla como un

relámpago en medio de la interpretación de una pieza musical—. Tengo algo sobre la pierna.

Ese «algo», que Lillian lograba observar mejor a medida que el humo se disipaba, resultó ser un escombros enorme. Calcular pesos o magnitudes nunca había sido su especialidad, pero supuso que no menos de diez kilos de piedra inmovilizaban en ese momento la pierna de aquella pobre chica.

Y hablando de pesos, el de Tommy Fuller seguía sobre sus rodillas. Lillian notó que las heridas de su espalda no daban la impresión de ser tan graves como ella había temido en un primer momento. Tommy seguía quieto, y esa quietud le resultaba a Lillian un mal presagio. Así que de nuevo le pasó los dedos por la nuca, casi como una madre.

—Tommy, despierta.

No sabía, en realidad, si él estaba dormido, desmayado o quizá...

No, mejor ni pensarlo. Por fortuna, Tommy contestó:

—Estoy bien, estoy bien.

Y se incorporó, con cierto esfuerzo y visiblemente reteniendo las ganas de lanzar un quejido por sus dolores. Terminó por sentarse al lado de Lillian.

El humo y el polvo se disipaban cada vez más, aunque todavía a Lillian le daba trabajo distinguir lo que se encontrase a más de dos metros de ella.

—Allí en el fondo, ¿están bien?

Era la voz de Brody. Seguía asistiendo a la chica latina, aunque al parecer le resultaba imposible quitar ese enorme escombros de su pierna.

—Estamos bien —dijo Tommy. Lillian sintió tranquilidad al verlo activo, hablando.

Curioso: ellos habían comenzado precisamente así, hablando en la fila. Mantuvieron una conversación trivial, entre dos extraños que generan una espontánea empatía al verse atrapados en un mismo tedioso trámite, un trance común de la vida cotidiana. Su destino, de no haberse visto modificado de raíz por las explosiones, hubiese sido terminar de charlar, completar cada uno su trámite y después despedirse para no verse nunca más. ¿Con cuánta gente Lillian había forjado esos vínculos que nunca duraban más de cinco minutos ni se extendían en el tiempo? Imposible recordar el rostro de cualquiera de esos conversadores circunstanciales y efímeros.

Y ahora, sin embargo, ella se sentía la hermana de todos ellos. No solo de Tommy Fuller, con quien al menos había intercambiado algunas palabras y sabía un poco más de él que su mero nombre, sino que también se sentía hermanada con Carla y con Brody. Tenían la obligación, incluso la «necesidad» de confiar en el otro. En una situación límite, se dijo Lillian, a uno no le quedaba otro remedio que o bien dejarse morir, o bien confiar en ese sentimiento colectivo que los noticiarios y la indiferencia de la ciudad nos empujan a perder: la solidaridad humana.

—Maldición —repetía Phillip—. Maldición, maldición, maldición.

Nadie era capaz de oírlo. Estaba de pie, a centímetros del cordón de seguridad, absorto en la imagen del correo postal en llamas. Si es que todavía se asemejaba en algo al correo postal que él se había acostumbrado a ver. A uno jamás podría habersele ocurrido verlo de esa manera.

Aunque, se dijo Phillip, desde los atentados del 2001 no solo él, sino todos los norteamericanos habían ampliado el umbral psicológico de lo que consideraban posible. Nueva York ya no era una fortaleza inmortal: si habían alcanzado a las Torres Gemelas, ya «nada» era intocable.

Y, así y todo, seguía sin poderse creer la imagen que ahora estaba contemplando con una mezcla de horror y perplejidad, a la que habría que sumar una inconfesable pizca de fascinación. Esa ambigua sensación del adolescente que se da cuenta de que sus padres no son dioses ni son invulnerables: orgullo, por una parte, de no sentir que él era el único vulnerable de la familia; y miedo, por otra parte, porque si papá y mamá eran falibles, ya nadie era confiable y en ningún lugar se podía estar seguro.

Y Manhattan, una vez más, mostraba el semblante de una madre herida. La misma imagen que quizá, se decía Phillip, en ese preciso instante se estuviera encarnando en su esposa embarazada.

Kamal esperó a que se disipara el humo, y se acercó a la pared que lo separaba del área de atención a los clientes. Aunque ya había dejado de ser una pared, convirtiéndose en una enorme pila de escombros.

Aun a través de los kilos de piedra y concreto rotos en pedazos, Kamal oía voces.

—Hay gente aquí detrás —dijo mirando al viejo Gibson, que ahora se hallaba bastante cerca de él. Debemos mover estos escombros.

Iba a preguntarle al viejo si se sentía capaz de hacer un esfuerzo tan grande, pero, dado que Gibson parecía ser un hombre muy orgulloso, temió que la pregunta lo ofendiera. Prefirió dejar que él buscara una excusa, se negara, o bien aceptara y le demostrara si podía o no levantar esos escombros.

Gibson asintió con la cabeza, sin hablar, sin siquiera mirarlo a Kamal directo al rostro. De hecho, nunca lo miraba.

Se pusieron a remover escombros. Los pedazos más grandes los quitaban

entre los dos. A algunos los conseguían levantar, aunque no fuera más que a unos centímetros del suelo. A otros decidieron hacerlos rodar, o de otro modo no habrían podido sacarlos de en medio.

Al fin un agujero de considerable tamaño, descubierto a fuerza de correr escombros, les descubrió lo que había al otro lado de la ya derribada pared.

Por fortuna se trataba de un grupo de sobrevivientes. A Kamal lo estremeció advertir que uno de ellos era una mujer embarazada. Cerca de ella vio, sentado, a un joven con aspecto frágil y un semblante que denotaba dolor. Su rostro estaba lleno de polvo, su ropa algo ajada, y a su mejilla la cruzaba una herida leve, la rojiza marca de un raspón.

—Hola —dijo Kamal. —¿Están todos bien allí?

—Sí, amigo —contestó otra voz, a la que Kamal no le encontraba procedencia—. Pero tengo problemas para liberar a una mujer que tiene un escombros enorme encima de su pierna. No me vendría nada mal que tú o quien fuera me diese una mano.

Con extrema precaución —ya percibía al edificio, antaño tan imponente, como a una frágil maqueta susceptible de derribarse ante el primer movimiento brusco—, Kamal introdujo el cuello en el agujero y miró hacia los costados. Buscaba a la persona que acababa de hablarle y a aquella mujer herida que le acababa de mencionar.

Los vio: un hombre de color, de aspecto fornido y musculoso, y una chica joven y atractiva, aunque su aspecto difería de la belleza reglamentada por los cánones norteamericanos.

—Ya vamos para allá —dijo Kamal en voz alta y audible—. Solo necesitamos quitar algunos escombros más y nos reuniremos con ustedes.

Sacó la cabeza del agujero y miró hacia atrás. Allí estaba, de pie, el

siempre amargado Henry Gibson.

—¿Tienen manera de conseguir algo de agua? Las mujeres la necesitan especialmente.

Otra vez había sido la potente voz del hombre de color la que acababa de dirigirse a él.

—Lo intentaremos —dijo Kamal.

Y volvió a mirar a Henry Gibson.

—Por favor, Henry —le dijo—: ¿Podría usted ir por un vaso de agua mientras yo me abro camino hacia donde están ellos? Creo haber visto expendedores de bebidas por aquí, cerca del museo de la historia postal. ¿Tiene alguna moneda para activarlos?

Sin declinar su eterna expresión de desgano —por el contrario, acababa de enfatizarla—, el viejo asintió con la cabeza y se dirigió a cumplir con lo que él le había pedido. Al menos fue corriendo, y no caminando con la lentitud de antes. Por primera vez Kamal vio que aquel hombre mostraba algo de empatía ante el prójimo. Quizá lo juzgó prematuramente y el viejo se había comportado así porque no conseguía recuperarse del *shock*.

Recuperado de su estupor, Phillip se acercó a un policía que custodiaba el cordón de seguridad, en uno de los puestos de control que habían establecido en el perímetro sitiado.

Se trataba de un agente joven, y quizá con poca experiencia. Phillip se dijo que le sería más fácil persuadirlo. Antes de hablarle, se puso la palma de la mano frente al rostro y sopló: no olía restos del *whisky* y la cerveza que había tomado ayer, aunque él estaba tan acostumbrado a impregnarse de ese

hedor que le resultaba difícil juzgarlo. Por las dudas, trató de no hablarle al agente muy de cerca:

—Soy excombatiente de la guerra de Irak, formado en la escuela de marines —le dijo después de saludarlo educadamente. El agente estaba por decirle que se retirase, pero cuando Phillip le mostró las credenciales que había tenido la precaución de llevar comenzó a tomárselo más en serio. Ya no se trataba de un ciudadano común: el joven policía tenía ante sí a un veterano de guerra. Phillip se vio ganador, y siguió ablandándole—: Mi esposa se encuentra dentro del edificio, y está guardando a mi hijo en su vientre — Phillip había ideado aquella expresión minutos atrás, y juzgó que, aun si sonaba poco natural, produciría en el agente un impacto mucho mayor al de decirle simplemente que su esposa estaba embarazada—. Tengo experiencia en el manejo de explosivos, formé parte del escuadrón antibombas.

Aquel discurso había sido una mezcla entre el pedido sentimental y el recitado de un currículum de trabajo, matizado por el tono militar que persistía en Phillips —un profesor de la escuela solía decir que un marine jamás dejaba de ser un marine, incluso aunque estuviese retirado, envejecido y encerrado en un geriátrico, masticando aire con la boca seca mientras mira la TV en pantuflas—. Sin embargo, todo lo que él había dicho era rigurosamente cierto.

El agente lo miró a los ojos, como intentando ratificar o desmentir sus palabras a la luz de su aspecto, y le pidió ver sus credenciales. Se tomó unos segundos para revisarlas.

—Lo dejaré pasar por este cordón, y puede hablar si quiere con el jefe del escuadrón antibombas, que acaba de llegar.

El agente señaló con la cabeza y Phillip observó una camioneta negra de la que descendían un grupo de hombres con trajes especiales. Llevado por esa

experiencia que con los años se vuelve indiscernible del instinto, él reconoció al instante al líder: un cuarentón de barba y pelo canosos, alto y delgado, aunque con el buen porte que siempre ayuda a quien debe hacerse respetar ante otros.

El líder miró hacia donde estaban él y el agente, y este último le hizo un gesto como pidiéndole autorización para dejar ingresar a Phillip. El agente alzó las credenciales que aún llevaba en la mano, indicándole al líder del escuadrón que quien esperaba fuera del cordón era un marine. A pesar de la distancia, ciertos colores, señas y símbolos eran rápidamente reconocidos entre los militares.

Sin mostrarse en exceso entusiasmado por la idea, y quizá obligado por el respeto a los antiguos combatientes y compañeros de profesión, el líder hizo un ademán que autorizaba la entrada de Phillip.

El agente levantó la cinta que limitaba el perímetro del cordón y lo dejó pasar.

Con solo agacharse y dar unos pasos al frente, Phillip estuvo adentro. Agradeció al agente y fue sin perder tiempo a hablar con el líder del escuadrón.

El hombre estaba dando indicaciones a sus subordinados, lo normal cuando apenas se llega al escenario de los hechos. Phillip esperó a que terminara para acercarse del todo a él.

Capítulo 13

A cada paso que daba por el derruido y extenso pasillo del correo postal, rumbo a la sección que funcionaba como museo, Henry Gibson masticaba rencor: no le gustaba recibir órdenes. Y mucho menos de alguien que lucía como un árabe, y tenía nombre de musulmán, y que sin duda era un musulmán.

Pensó lo que pensaba todos los días: que América sufría una invasión silenciosa. O mejor dicho, una invasión tan ruidosa como las bombas que acababan de estallar en el edificio por el que ahora transitaba, o incluso como los aviones que se estrellaron contra las Torres Gemelas el 11 de septiembre de 2001. Una invasión estruendosa, pero cuyas explosiones nadie quería oír.

Y, sin embargo, eso era lo que Henry debía hacer en ese momento. Manhattan agonizaba, desde hacía años, y acababa de recibir otra herida. Y cada paso que daba Henry Gibson era por su amor a la ciudad, esa enorme mole de concreto y asfalto que de algún modo reproducía los pliegues de su rostro arrugado, y cuyas calles proseguían en los recovecos más hondos de su espíritu. Henry y América, Henry y la ciudad eran una sola cosa.

Y él debía salvarla, y salvar el destino de los americanos auténticos. Debía salvarla a pesar de la invasión.

Al fin Kamal terminó de mover los escombros que estorbaban y logró ingresar por el enorme agujero. Ya se hallaba junto al grupo de sobrevivientes de la sección del edificio que pertenecía propiamente al servicio de correos.

La mujer embarazada lucía con pocas fuerzas, al borde del desmayo. El joven al lado de ella no se veía mucho mejor.

—Suerte que ya estás aquí —dijo el moreno musculoso, que seguía tratando de mover el grueso bloque de concreto que aprisionaba la pierna de la chica latina. Se notaba que ella reprimía un gesto de dolor.

—Te daré una mano —dijo Kamal.

A gachas, se acercó.

—Soy Brody —dijo el moreno—. Te lo digo para que así sepamos cómo llamarnos los unos a los otros. Ella es Carla.

—Yo soy Kamal.

Entre los dos, aunque no sin un gran esfuerzo, lograron mover la roca y liberar la pierna de Carla.

Jadeando, contemplaron el resultado de su esfuerzo. La canilla de la chica no incitaba a esperanzarse respecto a las posibilidades que ella tendría de moverse: había devenido en una costra sangrienta que comenzaba debajo de la rodilla y terminaba un poco antes de comenzar el tobillo.

—¿Cómo te sientes, Carla? —preguntó Brody.

—Creo que podré moverme. —Carla hizo el gesto de ponerse de pie—. Intentaré hacerlo ahora.

—No. —Kamal interpuso la palma de su mano, enfatizando su negativa—. Espera un poco, aunque todos queramos salir de aquí, no debemos precipitarnos a lo tonto. Mandé a un hombre que estaba conmigo a buscar agua. Cuando venga, además de beber, usaremos un poco para limpiar tu herida.

—También deberíamos vendarla —agregó Brody—. Podemos usar mi

chaqueta.

Brody estaba a punto de sacársela, pero Kamal lo detuvo también:

—Debemos usar una tela limpia, y tu ropa está llena de polvo, igual que la de todos nosotros.

Brody asintió y se mordió los labios. Volvió a hablar:

—Escuchen, no debemos perder la calma. Ninguno de nosotros se halla herido de gravedad. Como ya dije hace un rato, todo es cuestión de esperar al equipo de rescate que enviarán de un momento a otro.

—No será tan fácil.

La voz que había pronunciado esas palabras no pertenecía a ninguno de ellos. Brody, Carla y Kamal miraron hacia un costado: la que acababa de hablar era Lillian.

—Mi marido es un exmarine, experto en operaciones que involucran bombas y atentados —siguió diciendo ella—. Lamento decirles que no mandarán un equipo de rescate hasta que no sepan que es seguro entrar al edificio.

—¿A qué te refieres con «seguro»? —dijo Tommy.

—Querrán comprobar que no haya más bombas —dijo Kamal.

Lillian asintió con la cabeza y agregó:

—Y en especial cuando se trata de un atentado de este tipo, en el que ya hubo varias detonaciones.

—Maldita sea —dijo Brody entre dientes.

—Entiendo... —Carla seguía sentada, con la espalda apoyada contra la pared y la pierna llena de sangre, en la misma posición de antes, pero sin

soportar ya el peso de la piedra—. Lo que no sé es cómo determinarán que es seguro. ¿O esperarán a que nos pudramos aquí?

Todos miraron a Lillian. Antes de responder, ella se tomó unos segundos para reflexionar. Kamal intuyó que intentaba encontrar un equilibrio entre la cruda verdad y una dosis mínima de esperanza.

Finalmente, Lillian dijo:

—Mi marido no solía contarme detalles sobre sus procedimientos, y yo tampoco le prestaba demasiada atención cuando lo hacía. —Una sonrisa melancólica se dibujó en el rostro de aquella mujer embarazada, sucia de polvo, a ratos jadeante y cada vez más empapada en sudor—. Lo pienso ahora, y hubiera deseado escucharlo más en esas ocasiones. Pero claro, uno vive toda su vida pensando en que nunca va a necesitar recurrir a esos conocimientos. Quiero decir, no soy la única que siempre creyó que algo así nunca le iba a suceder, ¿no? Estas son cosas que les pasan a los demás.

Los ojos brillosos de Lillian buscaban el asentimiento, la complicidad casi culposa del resto del grupo.

Kamal le dio la razón. Carla hizo lo propio:

—Yo temía lesionarme cuando salía a correr o me pasaba largas horas en el gimnasio. Y mírame: ahora soy feliz porque lograron sacarme una piedra de encima, aunque permanezco encerrada en una fortaleza hecha de escombros.

Carla lanzó una risa semejante a un espasmo. Los demás se rieron también, discretamente.

Kamal se dijo que era mejor reír que llorar. Aunque la risa, si bien ayudaba a sobrellevar las situaciones críticas, no bastaría por sí sola para sacarlos de una de ellas.

Lo único seguro, pensó, era que debían permanecer unidos.

Phillip intentaba convencer al líder del escuadrón antibombas de que él podría serles muy útil. Le había mostrado las mismas credenciales que al agente que lo dejó cruzar el cordón, enfatizando en su experiencia en el trabajo con explosivos, y le contó también que su esposa embarazada de cuatro meses se hallaba allí en la oficina postal, y por lo tanto su vida se hallaba en peligro y él tenía derecho a ayudarla. Le había hablado de militar a militar, apelando a un código no escrito, una moral «guerrera» que incluía a los marines y a la vez los excedía. Más allá de idiomas, formas y culturas, le habló del mismo modo en que se hablarían los vikingos o los espartanos. En esencia, estaba diciéndole: «tengo el derecho y la obligación de redimirme, quiero y debo salvar a mi esposa y a mi futuro hijo o hija. Soy un hombre, un combatiente —omitió la partícula «ex», porque nunca se deja de combatir— y esa es mi dignidad y mi destino».

Claro que no había usado exactamente esas palabras tan rimbombantes, más afines a un guion cinematográfico que a las que pronunciaría un verdadero militar, pero en esencia era ese el mensaje que le había intentado transmitir al líder del escuadrón.

Aquel cuarentón de barba, sin embargo, se negó amablemente.

—Entiendo su situación, créame que la entiendo. Y por el respeto que me inspira su servicio a los Estados Unidos de América le permitiré quedarse aquí, dentro del perímetro exclusivo para las autoridades de seguridad y salud. Pero entiéndame usted a mí, y no me pida más que eso: nosotros estamos a cargo, señor Gregory, y sabe bien que cuando se envía a un escuadrón a cumplir una misión, son ellos y nadie más quienes deben hacerse cargo.

—No le pido hacerme cargo, solo podría funcionar como... un asesor. Usted puede desechar lo que yo le diga, por supuesto. Solo déjeme estar cerca de la operación.

—Sepa que lo consultaré si nos encontramos en alguna situación que lo requiera, pero le repito que por el momento usted deberá permanecer al margen.

Él sabía muy bien que aquello de «Lo consultare si...» no pasaba de ser una mentira piadosa, y el líder del escuadrón también sabía que Phillip lo sabía.

Sin embargo, de poco le servía a Phillip ese doble conocimiento: sintió la impotencia de ser, en términos prácticos, un civil. Se resignó a obedecer las órdenes del jefe del escuadrón y se alejó del grupo. De todos modos, hallarse dentro del perímetro ya era un primer paso que le permitiría analizar el escenario más de cerca. Esperaría una oportunidad para intervenir, si es que su aporte resultaba necesario.

Por enésima vez, y a cada intento con menos esperanza, llamó a su esposa desde el móvil. Solo obtuvo por respuesta la estática muda de la línea.

—Yo no tengo ni un mínimo rastro de señal —dijo Lillian. Brody había sugerido que cada uno comprobara el estado de su recepción de la red de telefonía móvil, y eso era lo que todos estaban haciendo.

—Yo menos —dijo Carla—. Mi móvil está en coma.

—Igual el mío —asintió Tommy con gesto apocado.

—Ni falta hace que les diga que mi móvil está igual de muerto —dijo, finalmente, Brody.

Y aquella última palabra, «muerto», le sonó a Lillian como el ruido de un tabú rompiéndose, y provocó que una ráfaga helada la recorriese de arriba abajo. Pensó que si ella no salía viva de allí, tampoco lo haría su futuro hijo o hija —la desesperaba saber que tenía a cargo una criatura de la que ni siquiera conocía aún el sexo.

Lillian debía admitir que la capacidad de lucha no había sido a lo largo de su vida un rasgo por el que otros, o ella misma, acabarían distinguiéndola. Sin embargo, ya no solo era responsable por sí misma, sino también por aquella persona que llevaba dentro de sí.

Tomó aire y exhaló. Se dijo que debía ser fuerte, aun si nunca antes lo hubiera sido. Phillip no estaba ahí para ayudarla —¿se habría enterado del atentado?, ¿o seguiría durmiendo su eterna siesta de alcohólico?—. Tenía la obligación de valerse por sí misma.

Más allá, por supuesto, de la ayuda que pudiese brindarle el inesperado grupo de extraños que ahora parecían íntimos.

Brody recorría el perímetro de esa isla de escombros en que se encontraban.

—Dudo que podamos salir de aquí —dijo con los brazos en la cintura.

—Es muy optimista el solo plantearlo como duda —respondió Carla—. Desde aquí veo que estamos encerrados.

—Como sardinas en una lata —agregó Tommy.

—A propósito —dijo Kamal—, me pregunto qué habrá pasado con Henry.

—¿Henry? —Carla lo miró como si hubiera hablado en un idioma extraterrestre.

—Perdón, estoy hablando del hombre al que mandé por agua. Ya debería de haber vuelto hace rato, no sé dónde se habrá metido. Temo que...

Kamal se interrumpió, como si le quemara en la boca lo que no deseaba decir. Brody intentó tranquilizarlo y quizá tranquilizarse él mismo:

—No oímos ninguna otra detonación desde que lo enviaste por bebidas.

—Ni tampoco oímos ningún derrumbe —dijo Carla, que lucía un poco más vital ahora que se había librado del enorme escombros sobre su pierna.

—Él debe estar bien —volvió a decir Brody—. Quizá tenemos suerte y encontró ayuda o un modo de salir.

—Lo dudo —dijo el pesimista Tommy, pero en voz tan baja que solo Lillian consiguió escucharlo.

Capítulo 14

A una distancia prudencial, sin buscarse problemas, Phillip observaba las conversaciones entre los miembros del equipo de rescate. Claro que solo podía entrever sus ademanes y sus gestos: en cuanto a lo que decían, imposible enterarse de una sola palabra.

Sin que pudiese evitarlo, le vino a la mente una lata de cerveza. Se imaginó el frío redentor del líquido mojando sus labios, ingresando por su boca, deslizándose por los conductos internos de su cuerpo y trayéndole calma y satisfacción.

Sin embargo, se dijo, su esposa seguiría estando dentro de ese edificio humeante por más cerveza o *whisky* que él bebiera. Los problemas debían solucionarse actuando en la realidad, no anestesiando la percepción de su mente.

Más por distraerse que por la esperanza de encontrar información importante, Phillip sacó su móvil del bolsillo y entró a YouTube con la intención de hallar la transmisión en directo de algún informativo.

Tras varios intentos, encontró una cadena que estaba hablando del tema.

Una periodista rubia, joven y bonita informaba desde el lugar de los hechos, aunque desde afuera del cordón perimetral. Es decir, estaba muy cerca de la posición de Phillip.

La periodista decía:

—Todavía se cree que fue un ataque terrorista en Nueva York, pero las autoridades aún no saben quién es el responsable. También tienen en claro

que debe haber personas atrapadas en el edificio, dado que el correo postal suele encontrarse bastante concurrido a la hora en que ocurrió la primera explosión. Sin embargo, los equipos de rescate han determinado que, por el momento, resulta imprudente llegar a ellas. No están seguros de que no exista más peligro, tanto para ellos mismos como para los propios atrapados. No solo existe la posibilidad de que, así como detonaron dos bombas después de la primera, detonen a su vez una cuarta: tampoco se pueden descartar derrumbes espontáneos debido al daño estructural que ha sufrido el edificio del correo.

Después de un *racconto* de la situación, destinado a los espectadores que recién sintonizaban la cadena, la periodista presentó a una mujer parada a su lado. Se trataba de una supuesta testigo de la explosión, que trabajaba enfrente del correo.

La testigo afirmó haber visto a un grupo de personas «con aspecto árabe, de Medio Oriente», cerca de la oficina postal minutos antes de las fatídicas detonaciones.

Así de escueta fue la declaración. La periodista agradeció a la mujer por su testimonio, quien luego se salió del plano de la cámara. Finalmente, se encargó de aclarar que esa información —la de los hombres de Medio Oriente merodeando el correo antes de los atentados— no había sido confirmada ni desmentida por las autoridades del Gobierno.

De repente, Kamal, Carla, Lillian, Brody y Tommy oyeron un sonido rasposo, como de roca crujiendo.

Miraron hacia sus espaldas. Y, en efecto, se trataba de un enorme bloque de hormigón —una parte considerable de esa masa de escombros que

prácticamente los cercaba— que cedía y golpeaba contra el suelo, estallando en varios pedazos apenas más chicos que la mole original.

Ellos cinco habían contemplado todo el proceso en un estado de estupor, comparable a la hipnosis. Alguien podría haberlos comparado con los apóstoles asistiendo a la revelación divina.

Pero no se trataba de una deidad, sino de un hombre. Un hombre joven, sudado y de aspecto haraposo, con un hilo de sangre cayéndole del pelo ensortijado y caótico. Ese hombre, a todas luces, era quien acababa de mover la piedra. Lucía agitado, y las rojas pupilas de los ojos eran las de quien había sufrido insomnio durante mil noches seguidas. Aunque, por supuesto, todos los que lo miraban sabían que aquel aspecto no era causa de insomnio alguno.

Kamal, quien se encontraba en mejor estado que todos, se acercó a este nuevo sobreviviente.

—¿Está usted bien? —le dijo, y pensó en la cantidad de veces que habría escuchado y pronunciado esa misma pregunta desde que ocurrió la primera explosión.

—Sí, estoy bien —dijo el hombre, aunque su aspecto lo desmintiera, y aquel «bien» solo se pudiera comprender en términos relativos—. Pero aquí hay gente que necesita ayuda.

Brody se puso de pie:

—Kamal, vamos a quitar esos escombros. Debemos echarle una mano a esa gente.

—Sí —contestó Kamal—, maldito sea Henry que no regresa con el agua.

Y al instante sintió culpa por esas palabras, pensando una vez más en la posibilidad de que al viejo le hubiera sucedido algo malo.

Pero no era el momento adecuado para comenzar a hacerse esas preguntas, que, por otra parte, no podría responderse. Así que, con la vital ayuda del fornido Brody, se aplicó a la tarea de remover los escombros. Se dijo que aquello era como derribar el muro de Berlín y abrirles paso a los hambrientos de la otra Alemania. Una versión en miniatura de un hecho histórico.

—Disculpen que no los ayude —dijo Tommy con una voz que languidecía—. Es que apenas me puedo mover.

—No te preocupes por eso —respondió Kamal.

—Sí, recupérate —agregó Brody.

A medida que quitaban los escombros se aclaraba el funesto panorama: había hombres y mujeres sentados, con aspecto de encontrarse bastante bien. Y, sin embargo, otros estaban acostados y algunos incluso quietos... quizá demasiado quietos. Kamal entrevía esos cuerpos dudosos y los pedazos de hormigón le temblaban en las manos.

Al fin terminaron de despejar el área. Aunque seguía habiendo escombros, aquel espontáneo muro que había nacido con las explosiones ya resultaba por completo franqueable.

Kamal vio a una mujer de unos cincuenta años que le hacía respiración boca a boca a un joven herido, con un reguero de sangre saliéndole de debajo de la nuca y manchando el suelo. No lucía nada bien: de hecho, resultaba estremecedor.

El hombre que antes había derribado el escombros enorme estaba sentado en el piso. Desde allí lo saludó, y se presentó ante él y Brody:

—Soy Robert. Disculpen que no les haya echado una mano con los otros escombros, pero gasté las energías que me quedaban en derribar el primero.

Brody, con un ademán, le indicó que no se hiciese problema por eso.

—Veo que la gente de aquí se llevó la peor parte —dijo Kamal.

Robert asintió con expresión consternada.

—¿Hay algún...? —intentaba decir Brody.

Robert volvió a asentir.

—Al menos cuatro personas no volverán a ver a sus familias —dijo—. Y hay un par más que en este momento luchan contra la muerte.

—Imagino que él es uno de ellos —dijo Kamal señalando con un movimiento de cabeza al joven al que la señora le estaba practicando primeros auxilios.

—Imaginas bien. Esa mujer es mi tía, y trabajó durante años como enfermera. Pensar que yo solo la había acompañado a entregar una carta y... Dios, no puedo creer que ahora estemos en esta situación.

Kamal temió que la voluntad de Robert se quebrara en un llanto. Por fortuna, él pareció sobreponerse a la angustia y la desesperación que debían oprimirlo.

—Esto es el infierno —concluyó.

—No —dijo Brody irguiendo el pecho lleno de polvo, hablando con una decisión digna de un alto mando militar—. Del infierno no hay modo de salir. De aquí, en cambio, podemos escapar. Y así lo haremos.

Robert dejó ver una leve sonrisa: si no latía en ella una esperanza, al menos se insinuaba el deseo de poseerla. Al menos eso fue lo que juzgó Kamal.

—Oye, Kamal —dijo Brody—, si no lo pienso mal, tú estabas cerca del

museo, fuera de la zona más afectada. ¿Sabes algo más sobre lo que pasó?

Kamal negó con la cabeza.

—Sé lo mismo que ustedes: hubo tres explosiones potentísimas. Supongo que estamos bajo algún tipo de ataque, porque me cuesta pensar que esto sea algo espontáneo. Pero es solo eso: una suposición.

Una voz con disfonía irrumpió en la charla que sostenían ellos dos:

—Qué conveniente —dijo.

Kamal y Brody miraron hacia el lugar exacto del que la voz provenía: el autor de aquel comentario había sido un viejo, que usaba un largo y fino bigote y se tocaba un hombro ensangrentado. Los miraba desde el suelo, sentado al lado de una mujer joven a la que se le notaba una rigidez perturbadora.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Kamal con ingenuidad absoluta.

Hubo un silencio incómodo. Y, poco después, una tempestad de comentarios insidiosos y de acusaciones directas:

—El extranjero tuvo suerte al parecer... —dijo una mujer rubia de unos cuarenta años.

—Sí, que casualidad —volvió a decir el viejo de bigotes.

—Quizá su Dios lo protegió —dijo en tono burlón un joven que no superaría los treinta.

—Sí, una gran casualidad —insistió el viejo, que había dejado de tocarse el hombro herido y ahora se enrollaba el bigote, como si con ese gesto enfatizara sus sospechas.

Un par de personas aportaron sus comentarios a ese mal momento que

pasaba Kamal. Los otros colaboraron a su modo: mediante el silencio.

—Déjenlo en paz —dijo Brody—. Él nos ha dado una mano. ¿Por qué lo haría si hubiera tenido algo que ver?

—Precisamente, para disimular su implicación —dijo el viejo bigotudo, que al parecer se tomaba ese ataque al extranjero como una cruzada personal—. Sin duda estamos siendo víctimas de un atentado terrorista, otra jugarreta de los islámicos. Ellos necesitarán, seguro, tener a alguien adentro que los ayude a controlar la situación. ¿Y qué mejor coartada para ese colaborador que la de decirle después a la policía que estuvo ayudando a las víctimas durante el ataque?

—Es una locura —dijo Brody.

Kamal se mantenía en silencio, con gesto apocado.

Brody se volvió hacia él:

—Ignóralos —le dijo en un volumen de voz pensado para que solo lo escuchara él, y apoyándole una mano en el hombro—. Nuestra nación tiene cosas grandes y gente honesta, pero también está llena de racismo y xenofobia. El 2001 nos ha dejado muy sensibles, y ahora esto... En fin, quiero decir que la gente necesita culpar a alguien.

—Entiendo —dijo Kamal—. También entiendo que el islam ha generado grupos de fanáticos que, por desgracia, terminan representando ante las personas a un pueblo mucho más amplio que ellos, y que en absoluto aprueba la manera en la que ellos se comportan.

Lillian, con las pocas fuerzas que le quedaban, también intervino a favor de Kamal.

Ya con un visible enojo, Brody volvió a exigirles a todos que se callasen

y mantuviesen la calma:

—Sé que están molestos —dijo—, porque la mayoría vinimos aquí a hacer un maldito trámite, y ahora nos encontramos en esta situación. Sé que tienen ganas de descargarse con alguien, de encontrar un chivo expiatorio. Y sí, yo también estoy molesto, y también quisiera tener a mano a un culpable para romperle la cara. Pero los verdaderos autores de este atentado, si de eso se trata, no están aquí presentes, y buscar falsos enemigos no nos va a servir para irnos de aquí. Así que cállense la maldita boca y concéntrense en ayudar al que se encuentre en peor estado que ustedes. Esperaremos aquí a que venga un maldito equipo de rescate.

El viejo de bigotes se quedó con la boca abierta. Y todos hicieron silencio, igual que un grupo de niños a quien su maestro acababa de reprender.

Y abriéndose paso en ese silencio, que ya parecía adquirir incluso densidad, surgió la voz de Lillian. Ella no elevó el volumen, pero se expresó con absoluta seguridad. Una seguridad que, paradójicamente, les provocaría escalofríos a todos.

—Mi marido es militar, y me ha contado algunas cosas respecto a los procedimientos durante ataques terroristas y rescate de rehenes. Puedo decirles que no nos vendrán a buscar hasta que estén convencidos de que ni ellos ni nosotros correremos riesgo si se meten en el edificio. Y eso no es fácil de saber: podría haber otra bomba aquí dentro esperando su turno de explotar, o podría ocurrir algún derrumbe debido a los daños que ya sufrió la estructura del correo. Así que más nos valdría acostumbrarnos a convivir, las horas podrían hacerse muy largas. No las volvamos más largas aún peleándonos entre nosotros o acusándonos sin fundamento.

—Esta mujer tiene razón —dijo la anciana enfermera que estaba

ayudando al joven herido—. Escuchen lo que dice: somos gente adulta. Somos ciudadanos norteamericanos y debemos ayudarnos entre nosotros, dejando de lado nuestras diferencias.

—Y por sobre todo —agregó el sobrino de la mujer, quien había quitado el primer bloque para reunir a los dos grupos de encerrados—, somos seres humanos. Todos apreciamos nuestra vida, todos tenemos temores, furias, deseos, sueños... Debemos mantenernos juntos, en todo sentido.

Hubo signos de aprobación, algunos audibles y otros mudos. Hasta el viejo de bigotes puso cara de haber entendido el mensaje, o al menos de tolerarlo.

Kamal pensó que eso, la tolerancia, ya significaba bastante.

Capítulo 15

Phillip pudo observar, desde su posición a la vez privilegiada y limitada, cómo los equipos de Emergencias Médicas atendían a un grupo de heridos: algunos graves, otros con leves rasguños o con daños considerables, pero que no los ponían en peligro. Advirtió que los transportaban, y con aire distraído le preguntó a dónde a un agente que vigilaba el cordón, el mismo que antes lo había dejado pasar. Así Phillip se enteró de que las autoridades habían establecido en el Madison Square Garden un centro de comando y un campamento para los heridos.

—Estas son las personas que justo pasaban por la calle cuando estalló la primera bomba en la oficina postal, o que se encontraban adentro, pero muy cerca de la puerta de entrada —le aclaró el agente sin que Phillip se lo pidiera. Se notaba que el chico se hallaba hastiado y tenso, y no le venía nada mal hablar con alguien.

Los atentados terroristas, se dijo Phillip, en verdad conmocionaban a la ciudad entera. Por supuesto que los profesionales de la seguridad se comportaban con una frialdad mayor al resto, reprimían la exteriorización de sus emociones y mantenían la eficacia a la hora de desempeñar sus tareas. Para eso se habían entrenado. No obstante, resultaba claro a los ojos de cualquiera que se esforzase por observar, que ni los policías, los médicos ni los bomberos lidiaban con la situación igual que con un accidente masivo de tránsito o una explosión accidental. Los ataques causaban un efecto muy diferente, y no tanto en lo material como en lo espiritual. Salvando las distancias, seguía reflexionando Phillip, la contemplación azorada de los escombros de la Oficina Postal James A. Farley reabría las heridas del 2001,

y echaba sal en la carne desgarrada.

Irrumpía sobre Manhattan, una vez más, una puñalada de origen incierto. Cada ciudadano norteamericano era una gota de sangre manando del corazón neoyorquino.

Lillian sintió que había hablado con autoridad. ¿Cuándo fue la última vez que se apoderó de ella esa certeza de hallarse en completo control de una situación?

Mejor dicho: ¿Había alguna vez experimentado esa certeza?

Ya no estaba en compañía de un militar, como le sucedía todos los días en su casa: ahora, se dijo, estaba a cargo de su propio destino.

Y al grupo de hombres y mujeres que la acompañaban, se tratara de buenas o de malas personas, ella debía considerarlos como a sus mejores amigos. En otras palabras: eran lo único que tenía, la única fuente de ayuda y los únicos seres humanos en los que podría confiar.

Afuera era ya otro mundo. Otra galaxia.

El universo se dividía entre lo que podría denominarse el grupo de los «encerrados», entre los que se contaban ella y el hijo o hija que llevaba en el vientre, y todo lo demás.

Phillip y el resto de la gente y de las cosas —es decir, todo lo que no fuesen esas pocas personas sucias y heridas languideciendo y peleando entre los escombros— no tenían ninguna importancia en esos momentos. Por doloroso o injusto que pudiese sonarle a la propia Lillian plantearlo así, era como si ni siquiera existiesen.

Capítulo 16

Lillian, todavía sentada y tomándose el vientre, llamó a Brody con un gesto cuando tuvo la oportunidad de cruzar miradas con él.

Brody se acercó.

—Es indispensable que consigamos agua —le dijo casi al oído—. Mi marido, creo, nos recomendaría eso si estuviese aquí con nosotros.

Brody asintió con la cabeza y se alejó de Lillian. Volvió a ocupar una parte central en ese exiguo aunque contundente paisaje de devastación urbana. Le habló a Kamal. Lillian no escuchó lo que le dijo, pero pronto supo que Brody había seguido su consejo:

—Presten atención —dijo Kamal—: Creo que les dije ya que envié a un hombre llamado Henry a buscar agua, pero no ha vuelto. Intentaré ir por mí mismo, no solo a buscar el agua, sino a averiguar qué ha sido de él. Los que están atendiendo a los heridos, sigan en eso.

Lillian y los otros —algunos más de cerca, otros desde más lejos— vieron a Kamal atravesar el agujero que él mismo, con ayuda del desaparecido Henry, había ayudado a descubrir tras los escombros. Por algún motivo que ella no alcanzaba siquiera a sospechar, la imagen de Kamal desapareciendo de la escena la inundó de melancolía. O más bien, se trataba de un «dolor»: uno cuya particularidad era capaz de distinguir incluso en un contexto de por sí doloroso, como en el que se hallaba.

Quizá, se dijo, la imagen de un ser humano atravesando un agujero la haya llevado a pensar en su futuro hijo saliendo de entre sus piernas.

«Si es que, en efecto, llegaba a salir».

No, se negó a pensar en esa posibilidad. Debía concentrarse en ayudar en lo que más pudiera, en recordar los aspectos de las estrategias de rescate — que no eran muchas— que Phillip le había compartido entremezcladas en la infinidad de charlas que sostuvieron como pareja. Antes de que todo se fuera por la cañería, claro. O mejor dicho, por el hueco de una botella de alcohol.

Quizá, reflexionaba ahora, el agujero por el que acababa de salir Kamal también le recordaba a eso: al círculo oscuro del inodoro en el que se vaciaban los vómitos de Phillip después de tirar la cadena.

—Deberíamos intentar irnos de aquí —dijo el viejo de bigotes. Desde hacía un buen rato Brody le venía echando miradas, y advertía sus resoplidos y su invencible mal humor: se le notaba a leguas que había estado esperando el momento justo para descargar su rabia.

—¿Irnos? —dijo Brody con calma—. ¿Así de fácil?

—Sí, así de fácil. —El viejo lo desafiaba con la mirada. Brody se preguntó si, en otro contexto, él se hubiese atrevido a tener esa misma actitud—. ¿O acaso prefieres esperar a que el maldito techo se nos caiga sobre las cabezas, o a que lancen una cuarta bomba directamente aquí? Debemos abandonar este lugar.

Carla, que llevaba un rato sin hablar, intervino:

—¿Y no se nos podría caer el techo sobre la cabeza mientras intentamos huir? ¿O no podríamos estar dentro de una trampa, un lugar infestado de bombas esperando a que las activemos?

—Ves muchas películas, niña —dijo el bigotudo.

—No es necesario que le faltes el respeto a la dama —intervino Brody

con lentitud y aplomo. Se acercó al viejo, que estaba sentado. Lo miró desde arriba, con un par de ojos encendidos en una latente amenaza, y agregó—: Creo que nos conviene a todos mantener la calma. ¿No crees que es mejor así?

Por enésima vez, el viejo consiguió lo que parecía imposible: exhibir en su rostro una mueca de desprecio aún más desagradable de la que normalmente ya tenía.

Brody se alejó del viejo y se ubicó en el centro de la escena. Dijo en voz bien alta:

—Escuchen, por favor. Debemos mantenernos juntos, no tiene sentido ponernos anárquicos ahora.

—Tiene razón —dijo Lillian poniéndose de pie con dificultad.

Tommy, echado muy cerca de ella, la miró sorprendido. Lo mismo hizo Carla.

—No hay entre nosotros personas que realmente se conozcan entre sí — siguió diciendo Lillian, que arrastraba la barriga y se la tocaba como si de un momento a otro se le pudiese desprender—. Son las circunstancias las que nos han puesto aquí: algunos de nosotros, de habernos conocido en un contexto normal, quizá nos hubiésemos llevado bien o hasta hubiésemos terminado siendo amigos. Otros hubiésemos tenido un vínculo nulo, indiferente, y otros quizás nos hubiésemos despreciado. Pero nada de eso importa ya. ¿Ustedes piensan que un ejército necesita que todos sus integrantes se tengan aprecio entre sí? ¿Ustedes creen que los soldados salen a tomar cerveza los días libres y que sus esposas se conocen y las familias van a pasar juntos largos días de campo? No, señoras y señores: más allá de algún caso particular, eso no es lo que sucede. Los ejércitos se mantienen

cohesionados porque tienen un objetivo en común. Mi marido tiene muchos aspectos criticables, no lo nombro porque se trate de un ser inmaculado, ni mucho menos. Sin embargo, ha pasado por la experiencia de jugarse la vida, de poner su vida no solo en sus propias manos, sino también en las de otros. ¿Saben lo que me dijo?

Nadie hablaba. Todos esperaban que Lillian terminara su inesperado discurso. Después de aquella pausa teatral, ella prosiguió:

—Me dijo que cuando uno va a Irak, o a cualquier guerra, piensa en palabras grandilocuentes. Se plantea su misión en términos de patria, democracia, bien común... lo que a ustedes se les ocurra. Sin embargo, también me dijo que en el preciso instante en que se abre el fuego desde el otro lado, y se debe disparar, uno se da cuenta de que aquellos términos no son más que conceptos, abstracciones. A la hora de la verdad, cuando lo que está en riesgo es la propia vida y la carne teme su desaparición, hay un único motivo que impulsa a seguir en combate. Hay una sola cosa que repele aquellas ganas desesperadas de huir y ponerse a resguardo. Y esa cosa no es ni la patria ni la democracia, sino la certeza de saber que tus compañeros «también permanecen allí», peleando contigo. Pero no lo hacen por amistad ni porque las esposas de todos se conocen, ni por los largos días de campo. No, señores. ¿Saben por qué lo hacen?

Otro silencio, bañado por las partículas de polvo que aún flotaban en el aire.

Al fin Brody dijo:

—¿Por qué?

—Lo hacen —dijo Lillian—, simple y llanamente, porque es su deber. «Lo hacen porque es lo que tienen que hacer».

Luego de una última pausa, Lillian concluyó:

—Y eso es lo que nosotros debemos hacer, señoras y señores. Mantenernos juntos, como dijo Brody, y enfrentar esto. No importa si somos blancos o negros, homosexuales o heterosexuales, musulmanes o cristianos, latinos o anglosajones, hombres asiáticos o mujeres embarazadas. El mundo de afuera, esa cultura que a la vez nos reúne y nos separa, no tiene ninguna validez aquí. Este es nuestro campo de batalla, nuestro único mundo ahora. Y afuera, de momento, no hay nada para nosotros. No importa qué decidamos: si es lo que quiere la mayoría, lo acataremos en conjunto.

Lillian hizo silencio, ya sin intenciones de volver a hablar. Se complació durante unos extensos segundos observando la cara de cada uno de los encerrados, aquel inesperado público de hombres y mujeres sucios, y en algunos casos también heridos. Con el rabillo del ojo percibió la mirada atónita de Tommy y de Carla, y mucho más la satisfizo el semblante de Brody, el macho alfa reconociendo qué tan admirable era el discurso que acababa de escuchar.

Y ella ni siquiera lo había pensado: se puso de pie con una voluntad que se sobreponía a su angustia y a sus nervios, y al peso de su enorme barriga. Había lanzado aquellas palabras como una posesa, como si a través de ella hablara algo que la trascendía, algo que los trascendía a todos.

Carla aplaudió, luciendo su entrañable sonrisa latina. La suciedad, el sudor y su semblante cansado no alcanzaban a corromper la belleza de su rostro. Tommy y Brody la secundaron en el aplauso, y otros más se unieron. No fue el caso del viejo de bigotes, desde ya. Y había otros que, por desgracia, no estaban en condiciones de aplaudir.

Y mientras volvía para sentarse otra vez en el suelo, Lillian recordó una frase que Phillip le había dicho alguna vez:

«En el mundo real, el poder nunca se gana ni se recibe: el verdadero poder solo puede ser “conquistado”».

Capítulo 17

«El verdadero poder solo puede ser conquistado».

Sí, aquella frase había salido de la boca de Phillip, su marido, durante una tarde en que miraban en el noticiario el discurso presidencial que anunciaba la guerra. Había sido un comentario político, y Lillian ya no recordaba qué había dicho su marido antes o después. Pero sí tenía muy presente esa frase específica y la inquietante sensación que le provocó: la de ser algo mucho más profundo, que excediera a la política y hasta a la mismísima guerra.

Ese tipo de cosas, en esos tiempos, era capaz de decir su marido.

Su compañero: ese Phillip del pasado...

De nuevo sentada, acariciándose la acuciante barriga y después de recibir una amable caricia de felicitación por parte de Tommy, Lillian pensó en él. En su esposo.

Aunque no pensó en «ese» Phillip, sino en «aquel» que había quedado en el pasado, enjaulado en sus recuerdos y que, en un día ya lejano, la «conquistó».

Un Phillip que aún estaba lejos de ser llamado para combatir en Irak o de pasarse las mañanas y las tardes y las noches pegado a una botella. Al que ella había conocido, años atrás, a través de un amigo en común. Fue en una fiesta de cumpleaños que ese joven de aspecto bastante serio llamó la atención de una Lillian mucho más ingenua que la de ahora: había algo en ese veinteañero, del que ella aún no sabía ni el nombre ni la exacta edad, que le resultaba intrigante. Un modo de pararse, de moverse, de gesticular... Una

particular manera de conducirse o, más bien, de «estar» en el mundo.

Tiempo después, Lillian se preguntaría si acaso esa seguridad que mostraba Phillip no la sedujo porque representaba la actitud que deseaba para ella misma. Quizá, se había planteado aquella vez —y se lo volvía a plantear ahora—, ella terminó enamorada de él porque tenía los atributos de los que carecía ella: firmeza, voz de mando, decisión y velocidad en las acciones. Todo un macho alfa deslumbrando a una chica insegura de sí misma y de sus posibilidades.

Y también con el tiempo, Lillian juzgaría irónico que al final fuera ella quien se viera obligada a sostener la economía de los dos y de su futuro hijo. Y ella la que debiera llevar a su esposo a la cama cuando se desmayaba en el suelo, a veces sobre su propio vómito.

Lillian nunca se contempló a sí misma como la líder de nada. Y, sin embargo, cuando su marido volvió de Irak, ya no era ese hombre firme —y también cariñoso, a su parca manera— que llevaba las riendas de cualquier situación. Él nunca se había destacado por dar largos discursos, más bien se trataba de un hombre callado. Y, así y todo, Lillian sabía diferenciar entre los silencios anteriores a la guerra y los que vinieron después. En los nuevos silencios de Phillip había algo más, algo mucho más oscuro que una mera manifestación de su modo de ser. Ella lo encontraba a menudo sentado en una silla, mirando el suelo, temblando, con los ojos inexpresivos de un tiburón... Una mirada perdida, contaminada de inhumanidad. Y al principio —y por espantoso que sonara ahora considerarlo así— ella experimentó casi un consuelo cuando él comenzó a tomar más vino de lo habitual durante la cena, o a beber algunas cervezas de más durante la tarde. El alcohol, en un principio, se asemejaba a un combustible: impulsado por él, Phillip volvía a reírse, a comunicarse, incluso hacía algún chiste de vez en cuando o

comentaba las noticias con su acidez habitual, cebándose contra los demócratas o acusando a los republicanos de cobardía —o apenas de blandura, cuando aparentemente tenía un día tolerante—. En pocas palabras: con la bebida, él volvía a funcionar. Mal o bien, Phillip «hacía cosas».

Pero, por supuesto, aquella etapa relativamente auspiciosa duró muy poco.

Empezó a derrumbarse cuando esas pocas cervezas de más, casi anecdóticas, se convirtieron en varios *packs* de seis latas cuyo conjunto excedía el espacio disponible en el refrigerador.

Y de un modo alucinatorio, cayendo como imágenes que se acumulan sin ton ni son en el vertiginoso y atemporal remolino de una pesadilla —de una forma semejante, quizá, a la percepción que Phillip adquiriría durante sus atroces borracheras—, pasaron los meses. Y sin saber cómo, o sin querer ni siquiera saberlo, ellos —Lillian y Phillip— llegaron hasta ese punto.

Habían llegado hasta la mañana de hoy, en que ella se dio cuenta de que su marido ya no servía para nada, y que no se le podía encargar ni el más sencillo de los trámites. El único trámite, la única acción humana que se hallaba actualmente a su alcance, era el de empinar la botella hasta desmayarse en el suelo o en el inodoro, o en donde fuera. Y así, quizá, era como él se liberaba del mundo: ese mundo horrible, al que no podía modificar.

¿Se habría dado cuenta de eso Phillip durante el tiempo que le tocó combatir? ¿Su comprensión habría «penetrado» en la naturaleza humana a tal punto de perder las esperanzas por completo?

Y Lillian se preguntó algo aun peor: ¿Querría en verdad Phillip, después de aquella experiencia y de todo lo que sus ojos cansados habrían visto, traer

un hijo a «este» mundo?

Lillian contempló el panorama: la mujer de avanzada edad ayudando, con sus escasas fuerzas, a los heridos. Brody hablando con Carla, seguramente preguntándole si estaba bien —se notaba que sentía cierta atracción, comprensible, por esa chica latina, pero ese era otro tema—. Hasta el viejo de bigotes, con lo desagradable que era, daba la impresión de haberse calmado un poco.

Quizá su marido hubiese podido consolarse un poco de su falta de fe en el ser humano si pudiese ver lo que ella veía en ese preciso momento.

Phillip había recorrido las cercanías del campamento de heridos organizado por la policía y el cuerpo de bomberos, bajo órdenes que seguro venían de las altas esferas gubernamentales. Él estuvo atento mientras sacaron del edificio a cada uno, y sabía que ninguno de los rescatados era su esposa; sin embargo, se esperaba con la posibilidad —o el milagro— de que Lillian apareciera allí, quizá oculta a su vista tras el cuerpo tendido de algún extraño o entre esa especie de laberinto en miniatura esbozado espontáneamente por la cercana ubicación de las camillas, las patrullas y el camión de bomberos.

Por desgracia, Lillian no apareció.

Phillip regresó a su ubicación anterior, lo más cerca posible a las fuerzas de seguridad. Examinando el panorama, se dio cuenta de que había comenzado algún tipo de discusión entre la Policía regular de Nueva York y el escuadrón antibombas.

Un nuevo equipo de la Policía había llegado, liderado por un hombre altísimo —andaría cerca de los dos metros—. A él le resultaba imposible

escuchar ni la menor palabra de lo que decían; sin embargo, los gestos resultaban bien elocuentes, a pesar del escaso histrionismo que los uniformados solían mostrar en público a la hora de dirimir ese tipo de cuestiones.

Con expresión distraída, Phillip se acercó un poco. Pasaba desapercibido entre el personal de seguridad y salud. Era quizá el único civil allí: ni siquiera los miembros de la prensa habían conseguido penetrar el cerco.

Y él logró escuchar lo que el hombre alto le decía al líder del escuadrón antibombas:

—América es para los americanos, y yo no toleraré que se ponga en peligro a ningún habitante de este país.

Así que de eso se trababa, se dijo Phillip: una discusión estratégica. Lo que solía suceder en estos casos era que chocaban dos intereses que a menudo solían hacerlo: el de la seguridad y el de la eficacia. Probablemente el líder del escuadrón tuviese un plan eficaz, pero que implicaba la adopción de algún riesgo, y el hombre alto de la Policía prefiriese un plan más lento y conservador pero, a la vez, más seguro.

El hombre alto se alejó del grupo por un momento y encendió un cigarrillo.

Phillip se dio cuenta de que esta era su oportunidad: ahora o nunca.

Se acercó al hombre alto y, antes que nada, le pidió disculpas por la molestia. Era consciente de que estaba molestando a un hombre que intentaba relajarse, aunque solo fuera por un segundo. Claro que esa «relajación» era a todas luces bastante relativa: al tipo le temblaba el cigarrillo en las manos, y a Phillip se le ocurrió que se había decidido por fumar solo para reprimir las ganas de darle una paliza al líder del escuadrón.

El tipo alto lo miraba fijo mientras pitaba los primeros humos de su seguramente ansiada nicotina. Phillip pensó en los vicios y no pudo evitar que la imagen de un Jack Daniel's se le viniese a la cabeza. Pronto la descartó y oyó que el tipo alto le preguntaba qué quería.

—Señor —dijo él poniéndose firme—, soy un militar, un exmarine y un patriota, y también un excombatiente de la guerra de Irak. Soy asimismo experto en el manejo de situaciones que requieren la manipulación, la activación o la anulación de explosivos. Quisiera ofrecerme ante usted para ayudar en esta situación tan crítica.

Phillip se guardaba para el final su última carta, o por usar un símil más acorde, reservaba su arma secreta dentro de un imaginario búnker.

El tipo alto lo miró de arriba abajo, aunque en ningún modo lo hizo de manera despectiva. Por el contrario, su semblante lo mostró a gusto con aquella especie de entrega en cuerpo y alma con la que ese joven desconocido se arrojaba al riesgo en pos de ayudar a su país. Phillip sonrió por dentro, pensando que quizá esta vez tuviera más suerte que cuando intentó convencer al jefe del escuadrón antibombas.

—Me conmueve, muchacho, que aún quede gente como tú en este país —dijo al fin el hombre alto—. Soy el comisario Perks, y también fui marine. Y, de hecho, también colaboré en la guerra de Irak, aunque en funciones de asesoramiento.

Al escuchar esas últimas palabras, Phillip prestó más atención al rostro de ese a quien ahora identificaba con el nombre de Perks, y advirtió las profundas arrugas que el tiempo le había cincelado en la frente y en las inmediaciones de la boca.

—Aun con todo lo que me agradan sus intenciones y su buena moral —

siguió diciendo Perks—, debo decirle que esta situación está en manos de los mejores hombres. —Perks miró a sus espaldas, donde un poco más allá se encontraba el líder del escuadrón antibombas dando ampulosas indicaciones a sus subordinados—. Bah, a cargo de «algunos» de los mejores hombres.

Perks pitó una vez más su cigarrillo y se permitió una leve sonrisa. Phillip entendió que aquel hombre buscaba complicidad en otro excombatiente, como era él, y que si bien no podía decirle directamente que el líder del escuadrón era un canalla y un imbécil, al menos se había dado el lujo de insinuárselo.

—Tiene usted toda la razón, señor —siguió diciendo Phillip. No había ningún motivo formal para que él le aplicara a Perks el tratamiento de «Señor», pero según el semblante de Perks, aquel elogio implícito funcionaba de mil maravillas—. No siempre la coyuntura pone a los mejores al mando, y aunque es nuestro indeclinable deber respetar las jerarquías militares y las decisiones de los altos mandos, no por eso debemos dejar de reconocer el valor intrínseco de cada uno de los americanos en su esencia individual.

—Hablas muy bien, muchacho —Perks pitó otra vez el cigarrillo y Phillip advirtió que ya le faltaba muy poco para terminarlo: era como ver consumirse el reloj de arena, o en este caso, de ceniza, que regía el tiempo que él tenía para persuadir a Perks.

—Gracias, señor —dijo Phillip.

—¿Estás seguro de que no te ensayaste el discurso? ¿No serás acaso un periodista infiltrado? No tienes aspecto de periodista, y yo creo que sabría reconocer rápidamente a una alimaña de esas, pero nunca se sabe...

Phillip mostró su mejor sonrisa antes de responder:

—En absoluto, señor. Por fortuna, Dios me hizo militar y no ave

carroñera.

Ahora fue Perks quien se rio. Y Phillip, mientras veía consumirse el cigarrillo apremiante, le dio detalles sobre su participación en Irak: ejército, división... todas las precisiones y datos que aportaran verosimilitud a una historia que, por otra parte, era completamente verdadera.

Y al advertir que, a pesar de la honda empatía que todo aquello le despertaba, Perks no le iba a permitir el privilegio de seguir de cerca las acciones, Phillip aprovechó el momento y lanzó su arma secreta:

—Además, señor, mi esposa está allí dentro. Y también mi hijo: ella se llama Lillian y está embarazada.

Phillip sabía, por sus clases de psicología, que siempre convenía utilizar el nombre de pila de una persona, más allá de referirse a ella por un parentesco: esa estrategia discursiva provocaba que el interlocutor sintiese una familiaridad con la persona nombrada, incluso aunque no la hubiese visto jamás en su vida.

Perks, que seguro habría asistido también a clases o cursos de psicología, abrió los ojos: por un segundo se borraron de su rostro los recios tics militares, y miró a Phillip. Había conmoción en esa mirada, la de un hombre que quizá, en el fondo, ya estaba cansado y pensaba que la esencial justicia era más importante que las jerarquías o las leyes de los hombres.

—Veré qué puedo hacer, Phillip —le dijo Perk y le apoyó la palma de la mano sobre el hombro—. Eres un buen americano, un gran patriota, y este asunto tiene para ti además un ingrediente personal. Así que mereces, al menos, estar cerca de la operación. Trataré de convencer a ese canalla de Collins, al menos lo convencí de que tomara el recaudo de enviar un dron antes de entrar.

Phillip supuso que Collins era el nombre del jefe del escuadrón antibombas.

—¿Sabes que el bastardo quería entrar así sin más? —dijo Perks—. Ese tipo tuvo suerte, en un par de ocasiones, con sus estrategias. Por eso, y por sus contactos, está donde está. Pero a todos se nos acaba la suerte algún día...

Perks miró al suelo con expresión evocativa, como si se tratara de una pantalla de cine en donde proyectaran alguna gastada escena de su pasado. Phillip pensó en que todos tenían una historia —una gran historia de vida compuesta por infinidad de historias mucho más pequeñas— y que él nunca sabría en qué anécdota, quizá amarga, acababa de detenerse la consciencia de Perks en ese momento.

Y acaso lo único que tuvieran en común las historias de la mayoría de los habitantes de la ciudad era precisamente eso: la ciudad. Cada cual con sus amores, sus odios, sus rencores, sus alegrías, su trabajo, su familia y sus amigos, su honor y su miseria; todas esas emociones encarnadas en infinidad de relatos que se ambientaban, a menudo, en la isla de Manhattan, en la populosa ciudad de Nueva York. Esa misma ciudad que ahora sangraba escombros y negras volutas de humo, como si el correo fuese una vena que acabaran de cortarle.

Phillip se sintió obligado a opinar sobre lo que Perks acababa de decir acerca de su colega Collins, aunque sin tomarse tampoco el atrevimiento de criticar a quien no conocía. Decidió utilizar los términos más abstractos que le vinieron a la cabeza:

—Nunca debemos olvidar que la cautela puede, en determinados contextos, ser una virtud tan noble como el coraje. Y también salvar más vidas, que es en lo que consiste nuestra tarea.

Phillip era incapaz de recordar —y tampoco le importaba demasiado— si aquella frase la había sacado de algún libro de los que le hicieron leer durante su entrenamiento o si la inspiración repentina se la había regalado el momento.

—Una vez más, usted tiene razón —dijo Perks y miró su reloj—. Disculpe, debo volver. Intentaré ganarle un lugar en el equipo. Aunque debo decirle que, si tengo éxito, recuerde bien una cosa: usted está como observador y solo podrá hablar si su opinión llegara a ser requerida.

Phillip asintió con la cabeza. Era como un alumno de secundaria que acababa de aprobar un examen crucial: le importaba muy poco la nota o cualquier otro detalle, y se enfocaba en el éxito.

Aunque aún faltaba flanquear la barrera de ese tal Collins, que daba la impresión de ser un bastardo en toda regla.

Phillip volvió a formarse en la mente la imagen de un vaso de Jack Daniel's con dos brillantes rocas de hielo flotando en su interior. Y, una vez más, intentó borrar esa imagen: pero resultaba difícil apagar el ardor que le provocaba en el organismo el insatisfecho deseo, el espantoso reclamo con que lo acuchillaba su adicción a la bebida.

Capítulo 18

Dentro del ruinoso edificio se había producido uno de esos misteriosos silencios espontáneos: hay ocasiones en que la gente se calla al mismo tiempo, como si hubiesen firmado un acuerdo tácito, y una lúgubre mezcla de tranquilidad y expectativa se adueña del ambiente.

Lillian vio con satisfacción que Tommy ya estaba sentado y lucía bastante estable respecto a su salud. También, un par de metros más allá, Carla hacía los mayores esfuerzos por ponerse de pie. No porque fuera necesario: Lillian pensó que ese era un modo en que ella se decía así misma que «podía» salvarse, que poseía la fuerza suficiente para superar la situación.

Y aquí, seguía pensando Lillian, no se trataba de una fuerza física. Poco servirían músculos como los de Brody, salvo cuando hiciese falta mover algún escombros. No, lo que ellos —todos ellos— necesitaban era una «fuerza moral». Y esa cualidad no se conseguía en un gimnasio. Parafraseando aquella frase de Phillip sobre el poder, la fuerza moral se conquistaba. Y en este caso no se conquistaba sometiendo a otros —humillando a rivales o subordinados, o invadiendo países con alguna peregrina excusa—, sino exigiéndose a uno mismo, extrayendo de lo más profundo de sí esas reservas espirituales, por llamarlas así, que uno acaso ni siquiera pensó poseer.

Y Lillian se hallaba en ese exacto proceso:

«No caigas» —se repetía en su mente a la manera de un mantra—. «Aquí no está Phillip, ni hay ninguna otra persona que te ayudará hasta las últimas consecuencias o te dirá todo el tiempo lo que debes hacer. Aquí eres tú, Lillian, la que debes hacerte cargo de tu suerte y la de tu hijo: recuerda que

no es solo tu vida, su vida también la llevas en tu vientre».

Y tras escuchar esas solemnes palabras reverberando en el interior de su cabeza como lo harían en una catedral, respiró hondo

Phillip había intentado mirar hacia otra dirección mientras Perks, su reciente amigo y colega excombatiente, hablaba con el jefe del escuadrón antibombas. No obstante, hubiese sido demasiado pedirle que se resistiera a echar una furtiva mirada de tanto en tanto, y con el rabillo del ojo, a la situación.

Aquella discreta vigilancia le servía a Phillip, de paso, para olvidarse de sus anhelos de echarse un trago. Al menos transitoriamente.

A juzgar por el lenguaje no verbal de aquellos dos hombres, esta nueva conversación se desarrollaba en términos mucho más amables que la última. La experiencia de Phillip le decía que los dos estaban conciliando posiciones: más allá de sus maneras diferentes de concebir el trabajo, sabían que lo más importante era ejecutar correctamente el trabajo mismo, y que una vez consensuado un plan debían seguirlo a rajatabla. Por nada del mundo las rencillas internas, que en ese caso parecían además deberse a meras disidencias de forma y coyunturales, debían de afectar la eficacia del equipo.

La última vez que oteó hacia donde se concentraban los equipos de seguridad, Phillip observó que Perks se acercaba caminando hacia él.

—Acabo de conseguirle un boleto, Phillip —le dijo—. Vendrá con nosotros, pero recuerde lo que le he dicho: nada de intervenir. Si se inmiscuye más de la cuenta me estará pagando de mala manera el favor que le hice, y me meterá en problemas con mis superiores, además de dejarme en ridículo con el bribón de Collins.

—Obedeceré las pautas que usted ha establecido —dijo él sin poder reprimir una sonrisa de satisfacción—. Palabra de honor.

Apenas terminó de hablar, Phillip alzó la palma de la mano en un gesto de respeto marcial. El otro hizo lo mismo.

—Así me gusta —agregó—. Ahora quédese aquí, pero no se vaya muy lejos. Lo llamaré cuando estemos listos para entrar.

—Disculpe, no quisiera abusar de su confianza, solo quisiera preguntarle si ya se han decidido sobre el curso de acción.

—Mandaremos a sobrevolar el edificio un dron equipado con una cámara de última tecnología. Confiamos en que nos proporcionará la suficiente información como para que después podamos ingresar seguros de los riesgos. Bah, o al menos no tan inseguros como estamos ahora.

—Veo que la prudencia ha triunfado. Lo felicito, Perks.

El otro asintió en un gesto de gratitud.

—Debo volver con los demás —dijo y se alejó.

Y Phillip sintió en el pecho algo indefinido, aunque agradable: un golpe de calor, una bocanada de aire que lo inundaba. Y entendió que se trataba de la satisfacción, esa casi olvidada sensación de encontrarse satisfecho con su modo de actuar.

Y entendió que mucho tiempo había pasado desde la última vez que estuvo en condiciones de decirse a sí mismo: «He obrado bien».

Capítulo 19

Renqueando, con una costra rojiza de sangre reseca cubriéndole la pierna desde la rodilla hasta el inicio del pie, Carla se acercó a Lillian. Ella permanecía sentada, y levantó el cuello para mirarla a los ojos.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó Carla. Una sonrisa franca adornaba su inglés, que era impecable. Aun así, y debajo de su pronunciación, quizá más correcta que la de varios americanos, latía la sonoridad de su origen latino.

—Bastante bien —le dijo Lillian devolviéndole la sonrisa. No recordaba la última vez que había sonreído. Y no solo pensaba en ese, con una mañana difícil y esa impensada tarde que le deparó el atentado, sino en un período de tiempo mucho mayor. ¿Desde que Phillip había vuelto de Irak acaso?

—¿Puedo sentarme? —preguntó Carla.

Lillian asintió con la cabeza y apoyó la palma de su mano sobre el pedazo de suelo lleno de polvo que estaba a un lado de ella —en el otro lado, también sentado, se ubicaba Tommy—.

—Creo que hay lugar aquí —dijo Lillian.

Carla se sentó, no sin cierta dificultad al doblar su pierna herida. Lanzó un contenido suspiro, seguramente tragándose los aullidos de dolor.

—¿Y tú cómo estás de esa pierna, Carla?

—Me decidí a caminar un poco para ver si podía hacerlo, y para que irrigara la sangre.

—Deberías pedir que te atiendan —dijo Tommy, que hacía rato no abría

la boca.

—Hay gente que lo necesita más que yo.

Como si se hubiesen puesto de acuerdo, Carla, Lillian y Tommy miraron al unísono hacia el lugar en donde se concentraban la mayoría de los heridos graves. Eran cinco, quizá seis. Sin contar a un par que no habían sobrevivido. A esos dos cuerpos los dejaron aparte, y Lillian creyó que esa actitud —que a otro observador le habría sugerido una cruel indiferencia y lo habría llevado a lanzar un conjunto de imprecaciones sobre la especie humana— no respondía a otra cosa que al instinto de supervivencia. Difícil motivarse contemplando a los muertos: no quedaba más opción que pensar en los que quedaban vivos, y en la vida misma.

—Es en estas situaciones —dijo Carla sin despegar su vista de los heridos y de la señora mayor que ahora atendía a uno de ellos— en las que uno toma verdadera consciencia de su fragilidad. Es un poco lo que sucede en los velatorios, salvo que allí tú puedes estar un rato y después irte, regresar a tu casa, disfrutar de una cena caliente y mirar la televisión mientras te olvidas de tu mortalidad y piensas en otra cosa o en nada. Aquí, en cambio, nosotros...

—Nosotros no tenemos esa facilidad —Lillian completó la frase—. Es cierto, estamos obligados a permanecer aquí a la espera de ayuda, viendo en algún caso como los demás se mueren, o a lanzarnos a una aventurada escapatoria, lo que a mí me parece más bien un delirio.

—Quisiera encontrar al bastardo que hizo esto... —Carla se mordía los labios—. Le partiría en la cabeza uno de esos escombros grandes de allí.

—Yo preferiría salvarme de esta —dijo Tommy en voz apenas audible.

Lillian giró la cabeza para mirarlo:

—¿Tú te sientes mejor?

—Algo —respondió él—. Aunque no me resulta muy cómodo apoyar la espalda contra esta pared.

—¿Qué clase de loco habrá organizado esto? —Ajena al intercambio entre Lillian y Tommy, y con los ojos perdidos en ninguna parte, Carla daba la impresión de hablar para sí misma.

—Quién sabe —dijo Lillian—. A mí también me gustaría que quienes hayan sido los responsables la pasaran muy mal. Pero estoy de acuerdo con Tommy en que ahora lo importante es salir vivos de esta.

—Sí, yo también estoy de acuerdo con eso. Más que nada porque, si no salgo viva de aquí, no podría partirlas la cabeza a los que me arruinaron el día.

Carla y Lillian se rieron.

—Antes hablábamos de velorios —dijo Lillian—. Esta es una risa de velorio.

—Reírse es mejor que llorar, aunque no corresponda.

Lillian asintió. Tommy había cerrado los ojos, como si buscara un lugar seguro dentro de su mente.

El escuadrón antibombas, ante la mirada de la policía, acababa de lanzar a su dron. Phillip, igual que ellos, seguía con la vista el vuelo del aparato. Deseó que les proporcionara la información suficiente para decidirlos a entrar: la ansiedad le corroía las entrañas. La preocupación por el estado —y el destino— de su esposa y de su hijo o hija se sumaba a la quemazón provocada por la abstinencia de bebida.

Brody se sumó al pequeño grupo que habían formado Carla, Lillian y Tommy.

—¿Alguno necesita asistencia médica? —dijo. Lillian advirtió, una vez más, que miraba a Carla con una atención particular.

Los tres dijeron que no, que estaban relativamente bien.

—Tuvimos suerte de contar con una enfermera y un médico en el grupo —volvió a decir Brody.

—¿Quién es el médico? —preguntó Tommy.

Brody señaló a un hombre canoso que, con la mano, le tomaba el pulso a una mujer joven.

—Es lo contrario al viejo ese de bigotes —comentó Brody en voz baja y con la sonrisa maliciosa que suele usarse al criticar a los demás—: habla poco, pero hace mucho por los demás.

—Relájate un poco, Brody —dijo Carla con una sonrisa que a Brody debió de halagarlo bastante—. Siéntate. No hay nada que ahora mismo podamos hacer.

Brody, devolviéndole la sonrisa, se sentó al lado de ella.

—¿Para qué habías venido aquí? —le preguntó Carla.

Brody la miró con expresión de no entender la pregunta. Ella se la aclaró:

—Me refiero a tus razones para venir hoy al correo. Si no te molesta compartirlas, claro. Lo que pasa es que, si vamos a estar un buen rato aquí, mejor hablar de algo.

—Ah —Brody mostró cierta vergüenza en su semblante, quizá por no haber entendido a la primera—. Disculpa, es que siento que pasaron un

millón de años desde que vine aquí, tranquilo y de buen humor, para enviar una carta a mi hermano.

Lillian intervino:

—Es una costumbre perdida desde la aparición del correo electrónico, la de enviar cartas de papel. Me gusta tu estilo.

Brody le sonrió, igual que antes a Carla. Aunque esta sonrisa no se veía galante, sino entre sarcástica e incómoda:

—En realidad, mi hermano está en la cárcel, y te imaginarás que no anda allí con su *laptop* encima.

Ahora era Lillian la que experimentaba una enorme incomodidad: durante ese momento deseó que la cubriese una ola repentina de escombros.

—Soy una tonta que habla de más, perdona, no quise...

—No te preocupes, no tenías por qué saberlo.

—Y tú, Tommy —dijo Carla tratando de dejar atrás el momento embarazoso—. ¿Tienes ganas de decirnos por qué viniste aquí?

Tommy vaciló antes de responder:

—Vine a enviar una carta.

Los otros se miraron, y trataron de contener la risa durante unos segundos. Sin embargo, la discreción no les duró mucho y terminaron por estallar en una coral carcajada que provocó que el bigotudo y otros se voltearan a mirarlo.

—Eso lo sospechamos desde un principio —dijo Carla—. Nos interesa saber qué tipo de carta necesitabas enviar, y a quién.

—Si se te da la gana compartir eso con nosotros, claro —agregó Lillian,

que no deseaba incomodar al chico.

—Sí, soy un tonto, ¿no? —dijo Tommy, riéndose sin mucha convicción—. Es que suena muy estúpido...

—No te pienses que yo tengo una gran historia para contar —dijo Carla, animándolo con sus gestos—. Yo iba a mandar una carta a mi madre, que vive en Colombia. A su avanzada edad, no tiene ni la menor idea de lo que es Internet, y es capaz de confundir un teléfono móvil con una ratonera.

Brody y Lillian volvieron a reírse, aunque con menor énfasis. Tommy mantuvo su semblante serio, que intentaba sin éxito parecer cómodo. Entre tartamudeos, dijo:

—Yo... yo... yo vine para mandar una carta a una revista, en la que tengo esperanzas de trabajar algún día.

—Interesante —dijo Brody—. ¿De qué revista se trata?

Todos miraron a Tommy con expectante curiosidad, como si estuviese a punto de revelar algún misterio sobre la especie humana. Aunque lo que se notaba era el esfuerzo que hacía para obligar a sus palabras a salirle de la boca.

Al final, después de otra serie de vacilaciones y tartamudeos, consiguió articular el nombre:

—Vogue —dijo—. Quisiera trabajar allí.

—Está muy bien —se apuró a decir Carla—. ¿Estudias algo relacionado con la moda?

Tommy asintió con la cabeza, mirando hacia el suelo como un penitente.

—Estudio en la Escuela de Diseño de Nueva York. Y sí, soy homosexual, para cumplir con el estereotipo...

—Tranquilo, viejo —dijo Brody—. No estés a la defensiva, nadie va a decirte nada por eso.

Carla y Lillian le dijeron lo mismo que Brody con diferentes palabras.

—Sí, lo siento si parezco tímido —dijo Tommy—. Es que nací en el Medio Oeste, en un pueblito perdido, y mis padres siempre fueron gente muy conservadora. Ni ellos ni la mayoría de las personas que viven allí se tomaron muy bien que yo tuviese estos gustos sexuales. Y mucho menos que los confesara en público. Por fortuna, vine aquí a Nueva York y mi vida cambió por completo. Con los defectos que pueda tener, esta ciudad me aceptó. Es mi verdadero hogar.

A pesar de esas últimas optimistas palabras, Tommy lucía afectado. Brody dijo:

—Yo te entiendo, Tommy. Incluso hoy en día, con todo lo que hemos avanzado en ese sentido, la gente tampoco se lo toma muy bien cuando les confieso que soy negro.

Lillian y Carla, que hasta ese momento escucharon a Tommy con expresión muy seria, rompieron a reír por tercera vez en unos pocos minutos. El propio Tommy, al verlas, se contagió de la risa.

—Ríete un poco de ti mismo —le dijo Lillian tocándole el hombro afectuosamente—. Sé que habrás tenido una adolescencia difícil. Pero son estas situaciones, me refiero a este encierro que estamos viviendo, las que nos hacen comprender lo absurdo que a veces resulta todo: nosotros, los demás, nuestras tragedias, nuestros miedos...

—¿Y tú, Lillian? —preguntó Carla—. No nos contaste tus motivos para venir al correo hoy en la mañana.

Lillian les contó la historia de su matrimonio y de cómo todo se había ido

por la borda cuando Phillip volvió de Irak convertido en una indolente máquina de beber alcohol.

—Qué mierda que son todas las guerras —dijo Carla.

Brody se puso de pie:

—Sí, las guerras son una mierda —reafirmó—. Lástima que también son inevitables: el mundo es competencia y poder. Así es el ser humano.

—Podemos cambiar —dijo Carla.

—La historia demuestra que no podemos, al menos no del todo. Pero sí podemos mejorar, eso te lo concedo.

—Y podemos unirnos —dijo Lillian—. Hoy comprobamos que no todo es egoísmo en el ser humano, que también somos capaces de compasión y de ayudarnos entre nosotros.

Brody se mantuvo en silencio, aunque su mirada pareció asentir con ciertas reservas a lo que Lillian acababa de asegurar.

—Hablando de ayudarse, iré a ver si alguien de allá al fondo necesita algo —dijo Brody—. Me cuesta mucho mantenerme quieto.

Y, sin embargo, cuando Brody estaba en el proceso de acercarse al otro gran grupo de sobrevivientes con los que compartían espacio, lo distrajo una serie de ruidos que venían desde el otro lado de la pared.

Eran unos sonidos rasposos que a Lillian le recordaron a la tela rozando contra el concreto. O quizá, se dijo, fueran ratas... La sola idea de que fueran ratas la aterró y la llenó de asco.

Tommy y Carla también miraban hacia allí. Brody, de pie, había adoptado una pose imponente, Lillian supuso que para intimidar a un potencial enemigo. Aunque se notaba que también intentaba impresionar a

Carla, y acaso a cualquiera de ellos. Le gustaba pavonearse.

Una figura emergió del agujero.

Al final no eran ratas, sino un hombre. Un hombre de avanzada edad y con aspecto cansado.

—¿Quién eres? —le preguntó Brody sin mostrarse demasiado confiado.

—Soy Henry Gibson —le contestó el hombre aquel, levantando un enorme bidón lleno de líquido—. Logré conseguir agua para todos ustedes.

Capítulo 20

Phillip seguía consumiéndose por la ansiedad: a veces caminaba en círculos y otras veces se mordía las uñas. Trataba de descargarse del modo que fuese mientras se mantenía cerca de las fuerzas de seguridad. El dron que acababa de lanzar el escuadrón antibombas era monitoreado desde una palanca pequeña unida a un armazón móvil que mediría menos de medio metro. Un monitor, adherido al armazón, permitía que los agentes vieran las imágenes que el dron registraba en su vuelo exploratorio. Aquello le recordó a Phillip a las cabinas de las viejas salas de videojuegos, aunque esta resultaba ser una versión más sofisticada.

Por no mencionar que esta situación, se dijo, no resultaba comparable a ningún juego. Aquí no había la chance de introducir otra moneda: si ocurría un *game over*, sería el más irrevocable y absoluto. Punto final.

Ese pensamiento lo ponía más ansioso aún. Para colmo, todavía no se disipaban de su mente las brumosas imágenes del Jack Daniel's o de latas de cerveza. Con un trago, se dijo, todo esto le estaría resultando un poco más fácil. Lástima que, de haber tenido Phillip una botella disponible, no se hubiese conformado con darle un único trago: hubiesen sido dos, y tres, y cuatro, y así hasta caer redondo sobre la acera.

Aun consciente de su incapacidad para controlarse, y de que la bebida era más un veneno que un bálsamo, la boca se le hacía agua al pensar en el tibio beso de un *whisky*.

Henry Gibson fue convidándole agua a los sobrevivientes, que lo

recibieron como a un Moisés dispuesto a guiarlos a la tierra prometida. La señora mayor, que todavía oficiaba de enfermera, le pidió que echase un poco de agua en las heridas de algunos.

Después Henry se acercó al grupo de Lillian, Carla y Tommy. Brody seguía su periplo con la mirada.

—Ese joven musulmán... —dijo Henry con cara de pocos amigos—, ¿dónde se metió?

—Fue a buscarlo a usted —le respondió Lillian.

Brody se acercó a Henry y le pidió el bidón. Bebió un buen trago de agua y usó otro poco para refrescar y limpiar la herida que Carla tenía en la pierna. Ella le agradeció, aunque su semblante al sentir el chorro en la carne delató que el contacto le había resultado ardiente —en sentido literal, no en el sentido metafórico en que le hubiera gustado a Brody—.

—¿A buscarme a mí? —parafraseó Henry sin dejar de mirar a Lillian.

—Sí —dijo Carla—. Nos dijo que usted había ido a buscar agua, y le resultaba inquietante que tardara tanto en volver. Temió que pudiese haberle sucedido algo malo... Así que fue en su búsqueda. Supongo que se sentía culpable, ya que él lo envió.

Henry hizo gestos de desprecio con la boca y la mano:

—Patrañas. Me juego el pellejo a que ese árabe tiene algo que ver con todo esto.

—No diga tonterías —dijo Lillian, ofuscada—. ¿Cuáles son las evidencias que tiene de eso? ¿Alguna más sólida que el origen étnico de Kamal?

—Mientras nosotros esperamos las benditas evidencias —dijo Henry—,

estos malditos moros nos destrozan el país. ¿Usted cree que a ellos les importan las evidencias o reparan en la «aceptación de todas las culturas»? A estos terroristas solo les importan su enfermiza cultura y su burda religión de dementes. Obama y sus cachorritos liberales los tratan con demasiada amabilidad, creen que a esta gente se le va a convencer por medios racionales. O peor aún: lanzándoles flores, y ofreciéndoles paz y amor.

Carla intervino:

—Tampoco nos fue demasiado bien con el estilo del anterior Gobierno. No estaría mal intentar otra cosa.

—Ingenua —dijo Henry—. Eres joven, y ni siquiera eres de aquí.

El rostro de Carla se transfiguró: Lillian advirtió que ella reprimía la catarata de insultos que seguro se le habían venido a la cabeza.

Tommy no emitía opinión alguna, ni se le veía con intenciones de hacerlo. Seguía sentado, igual que Carla y Lillian, y con la espalda y la nuca apoyadas en la pared. Languidecía. Lillian temía por su salud: daba la impresión de ser un chico frágil, y además se encontraba herido.

—¿Quieres agua, Tommy? —dijo Lillian.

Tommy entreabrió los ojos y asintió con la cabeza.

Por fortuna, la urgencia por beber interrumpió —Lillian deseó que fuese de manera definitiva— aquella incipiente discusión sobre política internacional. Tommy, Lillian y Carla dieron un buen trago al bidón, y esa agua les supo como recién extraída del más puro de los manantiales.

Lillian pensó que Phillip, de haberse encontrado en su lugar, hubiera preferido una buena lata de cerveza, o incluso un *whisky*. La sola idea le generó repugnancia.

Aún luchando contra sus ensoñaciones nostálgicas de alcohol, Phillip se acercó lo más que pudo a la pantalla. Las nuca de los miembros de la Policía y el escuadrón antibombas le tapaban la visibilidad; por suerte, el altísimo Perks miraba desde un costado, si no le hubiese sido imposible distinguir algo con esa montaña humana interponiéndose entre él y las imágenes.

Consiguió ubicarse de manera que podía, más o menos, seguir el viaje que el dron registraba en la pantalla.

Se atrevió a preguntarle a Perks cuál sería el itinerario de ese pájaro de metal.

—Ingresó desde el área de estacionamiento en el nivel inferior, y recién comenzó a transmitir las primeras imágenes desde dentro de la zona dañada —dijo Perks.

—Ojalá mi mujer esté allí.

Eso no lo había dicho Phillip con la intención de conmovier a Perks, de seguir «trabajádoselo». Por el contrario, las palabras le habían salido de la boca sin que él tuviese ningún control sobre ellas.

Se dio cuenta de lo desesperado que se hallaba. Y pensó en que hasta esa mañana había tenido a su mujer a su lado. Y no supo valorar en absoluto ese privilegio y esa dicha.

Empezó a decirse, dentro de su mente: no valoramos nada hasta que no lo perd...

No quiso completar la frase. No quiso pensar en el futuro cercano.

Prefirió seguir mirando la pantalla, intentar afrontar la situación como si se tratara de una operación militar más, aunque obviamente no era el caso.

No pensó más en la cerveza ni en el *whisky*: pensó en Lillian, encerrada allí, y quién sabe si respirando o no.

Un técnico manejaba la palanca del dron, y otro ajustaba de tanto en tanto la señal de la pantalla. Todos los presentes se asemejaban a espectadores de cine viendo una película de suspenso.

Basándose en su experiencia, Phillip se atrevió a sugerir una posible ubicación de las bombas a Perks. Consideraba que debían hallarse en el subsuelo, o acaso en el techo de un ascensor. Algún sitio, por supuesto, difícil de detectar.

—Eso es obvio, señor —le dijo Collins, el petulante jefe del escuadrón antibombas, una vez que se dio la vuelta para mirarlo—. La intervención del señor Perks, y nuestra comprensión de la situación delicada por la que usted está pasando, ha hecho posible que esté ahora acompañándonos aquí. Pero le voy a pedir, por favor, que no se entrometa y deje que nosotros manejemos el asunto. Somos profesionales.

Collins señaló con el índice el logo del escuadrón antibombas que llevaba en su traje, justo donde estaba el corazón.

Phillip hubiese deseado asestarle un golpe de tal potencia que obligaría al tipo a recurrir a otro dron para localizar sus propios dientes. Sin embargo, un militar no solo debía ser valiente y aguerrido, sino también frío y estratégico. Y, por sobre todas las cosas, conocer su posición actual: saber cuáles eran las relaciones de poder vigentes, y qué podría o no hacer él en ese contexto.

Y Phillip sabía que, como estaba dispuesto el tablero, lo que más le convenía era tragarse la furia y mantener la boca cerrada. Valía la pena si lo dejaban acompañarlos en busca de Lillian. Si conseguía encontrar a su mujer,

terminaría incluso agradeciéndole a Collins y hasta dándole un abrazo, por más canalla que lo considerase ahora mismo.

La cámara avanzaba por los pasillos del edificio, al estilo de los videojuegos en primera persona. Hasta que, de pronto, Phillip y los demás oyeron unos ruidos crujientes, contemplaron atónitos cómo la imagen temblaba y se interrumpía: la pantalla acababa de quedar en un absoluto negro.

Y Phillip sintió que un enorme puño le crecía dentro y le retorció las entrañas. Y esta vez no se trataba de las ansias de cerveza o de *whisky*, ni se relacionaba con cosa alguna externa a sí mismo. Esta vez era el más puro brebaje del miedo agitándose en su corazón.

Con la mano temblorosa, volvió a sacar el móvil de su bolsillo y una vez más marcó el número de su mujer.

Capítulo 21

Cuando Lillian percibió la vibración en su pequeña cartera, que llevaba pegada al cuerpo como si fuese una parte más de su anatomía —y de la que ya se había olvidado—, no pudo asociarla directamente al móvil. Ese aparato, igual que tantas otras cosas, ya no lo relacionaba con este mundo nuevo del grupo de «encerrados», sino con el otro: el de su irresponsable marido, el de las calles de Manhattan, el que abarcaba una entera dimensión que ella había dejado atrás esa mañana, con la primera explosión.

Sin embargo, aquello sí provenía de su móvil: Lillian lo comprobó cuando a la vibración se le agregó el sonido. En concreto, el timbre que ella usaba: la canción *Private Idaho*, un gran éxito del grupo The B-52's durante los primeros ochenta. Una canción alegre y que, en efecto, trajo alegría a todos, al indicar que al menos uno de los móviles ahora sí funcionaba. Aunque a un espectador ajeno a esa angustiada circunstancia le hubiese dado gracia el contraste entre la canción y el contexto en el que había irrumpido: algo de ironía siniestra había en esa inesperada cortina musical.

Por supuesto que, ajena a cualquier reflexión al respecto, Lillian metió la mano desesperadamente en la cartera y, tras un par de intentos fallidos y frenéticos, dio con el móvil. Pulsó el botón de atender.

—Hola, Phillip, ¿eres tú? —dijo con el corazón galopándole en el pecho y la barriga de embarazada oprimiéndola más que nunca. Había visto en la pantalla que quien llamaba era su marido.

Alcanzó a reconocer la voz de él y a oír a medias unas palabras aisladas, en frases cortadas por una insoportable interferencia. Infirió que él le

preguntaba si se encontraba bien, a lo que ella respondió que sí, y que decía algo acerca del rescate. Aunque de eso último no consiguió entender nada, a excepción, precisamente, de la palabra «rescate».

No solo Tommy, Brody y Carla —además de Henry, que estuvo a punto de alejarse, pero se quedó inmóvil al oír el tono de la llamada—, sino también el gran grupo de sobrevivientes a unos metros de ellos se quedaron mirando atónitos, como si ellos también hubiesen olvidado la existencia de los aparatos tecnológicos del «exterior».

Por desgracia, la esperanza duró poco: el móvil perdió de nuevo la señal.

—Hola, hola... —decía Lillian— ¡Phillip! —aulló al final.

Inútil. Del otro lado, solo silencio.

Un silencio fúnebre.

Lillian dejó el móvil en el suelo y expulsó un resignado suspiro. Miró a su alrededor y vio que las expresiones de quienes la miraban —es decir, de casi todos— imitaban su semblante seguramente lúgubre.

—Escuché la voz de mi marido —dijo ella respirando con dificultad y recordando así que era una mujer embarazada—. Fue solo durante unos segundos y las frases se oían entrecortadas, pero pude tener algo de señal. Ustedes deberían probar: quizá alguno tenga fortuna y podamos comunicarnos con él afuera. También prueben a mandar mensajes.

Con el ánimo renovado, al menos en parte, el grupo entero obedeció a Lillian. Carla le pidió a Tommy que le alcanzara su móvil: ella lo había dejado en el suelo, en el lugar donde estuvo sentada antes de acercarse a Lillian y a él. Tommy se puso de pie, dispuesto a hacerle el favor a pesar de que él tampoco se hallaba en el mejor estado. Hasta que Brody le hizo un gesto, interponiéndole la palma de la mano, y le indicó que se encargaría él.

Carla le regaló una sonrisa y le dio las gracias. Así y todo, en sus ojos se advertían la angustia y el cansancio.

El viejo amargado de bigotes dijo haber sido capaz de intercambiar un par de palabras con su hija, aunque la conexión volvió a cortarse rápidamente igual que a Lillian le sucedió. El semblante del hombre, al decir esas palabras, se modificó: había menos mal humor y más humanidad en él.

Otros decían seguir sin el menor rastro de señal.

Un joven dijo que pudo informarle a su madre que estaba bien. Lo dijo con los ojos vidriosos.

Brody le alcanzó el móvil a Carla. Ella lo tomó y le preguntó si él no iba a llamar a nadie.

Brody, sin decir palabra, negó con la cabeza. Carla lo miró extrañada.

A Lillian también le llamó la atención, pero no tenía tiempo de concentrarse en esa rara actitud de Brody. Ya que acababa de recibir el llamado de su marido, intentó comunicarse ella con él. Marcó su número.

Por primera vez desde la funesta mañana de ese funesto día, Phillip experimentó una oleada de felicidad, un bálsamo para su infierno.

Había escuchado su voz, aunque no fuera más que entre los siseos relampagueantes que se devoraban a la señal. No le quedaba ninguna duda de que había sido ella la que atendió el móvil.

Lillian, su esposa, «estaba con vida».

Collins y Perks, casi al unísono, le preguntaron quién lo había llamado. Phillip se los contó.

—Bien —dijo Collins—. Eso significa que, por mediocres que sean las señales, las comunicaciones no resultan del todo imposibles.

«Brillante deducción, genio, jamás se me hubiese ocurrido», ironizó Phillip para sí.

El móvil de Phillip volvió a sonar. Y Collins, Perks y los demás volvieron a mirarlo expectantes.

Él atendió, después de confirmar en la pantalla que se trataba de Lillian.

Pero apenas Phillip dijo «hola», a su trémula voz la ahogó un estruendo poderosísimo, un estallido brutal.

Phillip se sobresaltó a tal punto que por poco no dejó caer el móvil. Quiso hablarle de nuevo a su esposa, que lo esperaba del otro lado de la línea. Sin embargo, lo que sucedía delante de sus ojos le quitaba la voz. Y la respiración misma.

Otra bocanada de denso humo negro brotando de las entrañas de Nueva York. Otra herida abriéndose en Manhattan: o más precisamente, en la Oficina Postal James A. Farley.

En pocas y frías palabras: otra explosión.

Phillip consiguió balbucear algo al parlante del móvil, pero resultó inútil. La señal, otra vez, se había esfumado.

La señal estaba muda.

La señal estaba «muerta».

El edificio tembló como un panal de abejas sacudido mediante un palazo. Y los miembros de aquella colmena impensada de la oficina de correos —

entre ellos Brody, que se cayó de pleno al piso, Lillian, Tommy y Carla— se sacudieron junto con las paredes del edificio.

Por fortuna, la explosión ocurrió en otro sector, relativamente alejado de donde ellos estaban. Claro que eso no los había librado de padecer la potencia de la fuerza expansiva.

—¡Calma! —exclamó Brody desde el suelo, entre los gritos aterrados de los sobrevivientes. Aunque su voz sonara firme y segura, aquello se asemejaba más a un ruego que a una orden.

Con el correr de los segundos, que a muchos se les antojaron siglos, se fueron disipando los temblores. Algunos últimos pedazos de material caían sobre el piso agrisado por la suciedad que lo cubría todo, y las paredes tosían sus bocanadas finales de polvo blancuzco.

Levantándose del suelo, Brody volvió a hablar en voz bien alta:

—¿Alguien resultó herido?

—La señora —dijo una mujer joven con una voz que amenazaba a quebrarse en un llanto—, creo que se lastimó.

La mujer de avanzada edad, que había estado desempeñándose como enfermera, yacía en el suelo. A Brody se le congeló el pecho hasta que, por fortuna, vio que tenía los ojos abiertos y sus globos oculares se movían.

Se acercó a la mujer.

—Señora, déjeme ayudarla. ¿Cómo se siente?

A la mujer le costó hablar, pero lo hizo:

—Estoy bien, muchacho, solo ayúdame a levantarme.

Brody le pasó una mano por la nuca como si no se tratara de una anciana,

sino de un recién nacido, y con la otra la tomó por la espalda. Con extrema lentitud, a la manera de quien manipula una estatua carísima, acompañó el movimiento de su espalda hasta que ella pudo sentarse.

Brody la examinó: descubrió que la mujer tenía un punto rojo en el sector derecho de la frente, cerca de la sien. Aunque parecía tratarse de un mero corte, nada grave. Decidió que era mejor no decirle nada.

—Yo la ayudaré —dijo a sus espaldas una voz familiar.

Brody volteó y comprobó con sorpresa que quien había hablado era Henry Gibson.

—Tú descansa un poco, muchacho —siguió diciéndole Henry—. Has estado muy activo hoy, no te vi detenerte desde que llegué aquí.

Tras vacilar unos segundos, durante los que volvió a mirar a la señora — que aparentaba encontrarse fuera de peligro—, Brody asintió con la cabeza. Se retiró y dejó a Henry cuidándola.

Caminando con lentitud, y sin saber hacia dónde, Brody miraba a su alrededor. Lo arrasó una oleada de incredulidad, por no decir de «irrealidad». ¿De verdad le estaba sucediendo eso? ¿Cómo había empezado el día dirigiéndose a la oficina postal, con la intención de enviarle una carta a su hermano preso, y ahora lo estaba continuando ahí, atrapado junto a un montón de desconocidos, asistiendo a los destrozos y las heridas provocados por sucesivas explosiones?

Durante los instantes en que temió que la anciana hubiera muerto —es decir, antes de comprobar que sus ojos se movían—, Brody había experimentado un terror que ni siquiera creía posible.

Se sintió inseguro de la realidad toda. Y, para peor, se sintió inseguro de sí mismo.

¿Y si en el fondo, bajo el macizo recubrimiento de músculos, él no era más que un cobarde?

Nunca en la vida se lo había preguntado. No hasta ahora.

Brody sintió que su espíritu se derrumbaba antes que los cimientos del edificio. Se sentó en un rincón, lo más alejado posible de todos.

Si le hubiesen preguntado hace cinco minutos a Phillip si había ya tocado el punto máximo de la desesperación, él hubiese dicho que sí, que no había modo de superar la angustia que lo desgarraba.

Y hubiera estado equivocado.

Porque ahora marcaba el número de su mujer con la mano temblando diez veces más que antes. Y, mientras, el humo negro y las llamas demenciales que se sacudían como látigos no dejaban de brotar del suelo, a la manera de una maldición bíblica. Los bomberos ya habían regresado a sus puestos estratégicos y arrojaban agua desde sus gruesas mangueras.

—Esto va a retrasar todo el maldito asunto —gruñó Collins y su voz apenas se escuchó entre el bullicio— ¿Cuántos explosivos habrán colocado esos bastardos? ¿Cómo demonios lograron que nadie detectara ninguno? Tengo entendido que la oficina postal cuenta con una seguridad eficiente, no me puedo creer que esto esté pasando.

Phillip dedicaba un oído a enterarse de lo que Collins decía, y el otro a algo mucho más importante: esperar por la respuesta de su mujer.

Estuvo por perder toda esperanza, hasta que la respuesta llegó.

—Sigo estando bien, Phil —dijo Lillian reprimiendo un sollozo—.

Ella sostenía el teléfono con mano trémula, a su lado, Tommy recuperaba la respiración.

—Tuvimos suerte, si se puede usar esa expresión —siguió diciendo Lillian—. La explosión impactó en otro recinto, no en el que nosotros ocupamos. Debemos de ser unas veinte personas aquí, no sé qué sucederá en otros sectores. Estamos rodeados por escombros y tememos salir.

Había interferencias en la señal, aunque se oía con una claridad mucho mayor que la última vez. Peores noticias le traía a Lillian su propio cuerpo: empezaba a experimentar dificultades serias en la respiración, sentía la frente recorrida por hilos de sudor cada vez más frecuentes y espesos, y era presa de un calor febril. Sin embargo, no quería transmitirle a Phillip ninguna inseguridad respecto a su estado de salud.

Al fin y al cabo, a pesar de su alcoholismo y de todo lo abandonada que ella se consideró durante los últimos años —en pocas palabras: desde que él regresó de combatir en Irak—, su marido ahora «estaba ahí». Phil había vuelto a acompañarla, en el momento más crítico. Y se le «oía» sobrio, aunque quizá lo mediocre de la señal estuviese engañándola... Pero no, ella no quería pensar eso: no era momento de ser pesimista. Prefería pensar que su marido no había bebido alcohol hoy, o al menos, no lo suficiente como para que la voz se le deformara y mutase en un balbuceo grotesco.

Por desgracia, en el teléfono, la voz de Phillip volvió a desaparecer: se ahogó entre la interferencia, igual que una tormenta borra el sudor de una piel y arrasa con las lágrimas que brotan de un rostro.

Capítulo 22

A pesar de que la comunicación, una vez más, había durado poco, Phillip lanzó un suspiro de alivio. Volvía a sentir que poseía un alma.

Perks se le acercó:

—¿Logró obtener alguna información importante?

Phillip negó con la cabeza.

—Solo que el grupo en el que se encuentra mi mujer está compuesto de aproximadamente veinte personas.

—¿Sabe en qué lugar exacto del edificio están ellos?

—Tampoco lo sé. No alcanzó a darme ni siquiera esa tan elemental información. Me dijo que los rodeaban los escombros y temían moverse. Después la comunicación se cortó. Ni siquiera sé nada sobre el estado de las otras personas.

—Una pena. Nos hubiera venido bien tener una localización exacta y conocer la gravedad de los heridos.

—Me dijo que la última explosión impactó lejos de ellos.

Perks sonrió, aunque no mucho:

—Es una buena noticia. Lástima que ignoramos qué daños les habrán producido las explosiones anteriores.

Detrás de los dos hombres, los miembros del escuadrón antibombas y Collins discutían respecto a la hipotética naturaleza de los explosivos utilizados. Los miembros del escuadrón eran en su mayoría hombres jóvenes,

con aspecto de haber salido de la Academia hacía muy poco —a sus treinta años, Phillip también era joven, sin embargo, su carrera en general, y la de Irak en particular, le proporcionaba una experiencia significativa, por no decir que a nivel personal se sentía como un octogenario—. Los jóvenes mencionaban bombas de última tecnología, técnicas de activación remota mediante computadoras, y algunas conjeturas se le antojaban a Phillip como sacadas de una novela de ciencia ficción bélica.

Ninguno de esos chicos recientemente graduados, se dijo él, habría estado en una verdadera guerra. Sus opiniones eran razonables desde la literatura académica y el sentido común militar que los profesores se encargaban de difundir en los claustros. No obstante, el terrorismo era otra cosa. Esos tipos, fueran quienes fueran en el caso de ese ataque, no respondían a estándares de ninguna naturaleza. Y aunque se habían escrito libros sobre ellos, en un intento de sistematizar sus herramientas de ofensiva y *modus operandi*, y por más útiles que pudiesen resultar esos libros en algunos aspectos determinados, lo cierto era que pretender entenderlos utilizando ese material equivalía a recurrir a las teorías de Freud para entenderse con un león en plena jungla. El terrorismo no era igual en todas partes: no solo variaba en cada país, sino incluso entre regiones muy cercanas una de la otra. Y también dependía de los recursos disponibles, del nivel de organización, de los objetivos concretos que se intentaran lograr más allá del terror mismo. Ellos ignoraban quiénes habían organizado ese atentado: sin esa sangrienta «firma de autor», de poco valían los antecedentes y poco se podía dar por hecho.

El terrorismo era, según Phillip, una fuerza de la naturaleza. En Irak él había lidiado con grupos independientes que a duras penas —o solo por una mera costumbre semántica— se les podían designar con el sustantivo «organizaciones». Esos hombres actuaban como podían y con lo que tenían, y la planificación se reducía a una mínima domesticación del más primario

instinto de supervivencia —a menudo reconvertido en instinto de ataque—. Imposible sistematizar un instinto: no se escribían tesis doctorales sobre esas cosas.

Y, así y todo, a él se le acababa de ocurrir una idea.

Se acercó a Collins sin preocuparse por ningún protocolo, casi pasando por encima de los agentes que lo rodeaban como a un cazador avanzando entre la maleza.

Collins le dedicó una mirada que delataba cierto estupor. Estaba a punto de abrir la boca, probablemente para quejarse por la distancia prudencial que a Phillip se le ordenó mantener y que acababa de abandonar ahora, pero él no le dio tiempo a hablar.

—Sé qué es lo que están usando —dijo Phillip.

En realidad no se encontraba tan seguro. Pero si en lugar de «sé qué» hubiese dicho «creo saber qué», o peor aún, un endeble «sospecho qué», su declaración quizá no hubiese causado el impacto suficiente como para conseguir que todos, incluso a su pesar, le concediesen unos vitales segundos de atención.

Y exactamente eso sucedía ahora: hasta Collins lucía expectante.

Phillip, volviendo a parecerse por arte de magia a ese militar activo que supo ser, comenzó con su discurso:

—Ustedes buscan explosivos de última tecnología. Y yo considero, con todo respeto a su capacidad y su inteligencia, que ignoran con el tipo de gente que tratamos. Estos...

—Oiga... —empezó a decir Collins visiblemente ofuscado.

—Déjelo hablar —intervino Perks.

Collins lo miró y apretó las mandíbulas. Después miró de nuevo a Phillip y asintió con la cabeza:

—Más vale que valga la pena lo que tiene para decirnos —dijo con ojos de perro enfadado.

Carla contempló la fornida espalda de Brody mientras él se asomaba por el enorme agujero en la pared.

Después Brody se volvió hacia ella y los demás, y dijo:

—La zona de la galería está cubierta de escombros.

—Va a colapsar —gruñó, a unos metros de distancia, el viejo malhumorado de bigotes—. Vamos a quedar enterrados bajo las piedras como alpinistas bajo un alud. Yo me voy de aquí, no quiero esa mierda.

—Haz lo que quieras —dijo Brody—. Es asunto tuyo.

Carla lo miró: algo había cambiado en él. Se le veía... ¿hastiado?, ¿cansado?

¿Temeroso quizá?

El viejo de bigotes no dijo nada. Y tampoco se le notaba con el coraje necesario como para cumplir su promesa y en verdad irse de allí.

Estar allí era como habitar en una frágil maqueta. O peor: en un castillo de naipes, susceptible de derrumbarse ante la brisa más leve que se colara por la ventana.

Mientras ella pensaba en él, Brody se acercó a Carla. Fue como si respondiese a un llamado telepático.

—Esa pierna no se ve bien —le dijo—, pero tampoco tan mal como

llegué a temer en un primer momento.

—Sobreviviré —dijo Carla, mirándolo justo a los ojos mientras permanecía sentada en el suelo— ¿Tú cómo te sientes, Brody?

Brody, quizá por puro acto reflejo, sacó pecho y se contempló a sí mismo.

—Estoy bien. Verás que no sufrí grandes heridas, más allá de algunos rasguños.

Carla se permitió una media sonrisa, de esas a las que suelen recurrir las mujeres a la hora de coquetear y que incluyen un desafío, una prueba de valor que se sugiere al interlocutor masculino.

—No hablo de heridas físicas, Brody. Existen en un ser humano más aspectos que el cuerpo físico.

El semblante de Brody, que antes expresaba seguridad —o intentaba expresarla, y tal vez lo «intentaba demasiado»—, se convirtió en un gesto de estupor, como si Carla acabara de revelarle los principios de la teoría cuántica o cualquier otro discurso incomprensible.

Para fortuna de Brody, Lillian se sumó al diálogo y cambió por completo su rumbo:

—Revisen lo móviles. ¿Tienen algo de señal? El mío, al parecer, ya me regaló su canto de cisne y acaba de callar para siempre.

Carla y Brody revisaron los suyos. Dijeron que tampoco contaban con el menor rastro de señal.

—¿Cuándo vendrán a sacarnos? —preguntó Tommy. A Lillian casi la sobresaltó oír su voz después de que él se había tomado otra larga pausa de silencio, aunque también la reconfortaba que el chico tuviese aún energías y ánimo para expresarse.

—Ojalá pudiera saberlo, Tommy —le respondió Lillian con dulce voz maternal—. Pero puedo decirte que en algún momento van a venir, no nos dejarán morir aquí adentro.

—Usted confía demasiado en nuestro Gobierno.

La voz, repentina y áspera, pertenecía a Henry Gibson. Seguramente se habría acercado a ellos a paso lento y silencioso, lo que provocó que ahora, cuando el grupo entero se orientó para mirarlo, les diera la sensación de que el viejo acababa de materializarse allí a la intempestiva manera de los espectros.

—¿Cree que a estos malditos liberales les importa el ciudadano americano común? —siguió diciendo Henry. Y aunque su voz no se proyectaba mucho más allá de su cuerpo, sus ojos se encendieron de furia, como si miraran hacia un infierno que los demás desconocían—. ¿Alguno de ustedes es, a esta altura del partido, tan ingenuo como para creer que nuestro Gobierno tiene interés en nosotros o en cualquier cosa que no fuera su propia agenda comunista? Esos canallas han usurpado la nación y quieren llevarnos a una dictadura que promueva la degradación moral. Solo les interesan las «escorias» que vienen desde otras regiones a invadirnos: a ellos los tratan igual que a dioses, y les dan todos los privilegios. Son la nueva sangre azul en nuestra supuesta democracia, si es que todavía podemos llamarle así. Nosotros, los verdaderos americanos, nos podemos pudrir aquí. Y eso no les importará.

—Mire, señor —dijo Carla en un tono más burlón que indignado—, en mi condición de norteamericana inauténtica, permítame decirle que aun si fuese cierto todo lo que usted dice del Gobierno, las fuerzas de seguridad deberán intervenir les guste o no. ¿Cree que ellos nos dejarán pudrirnos aquí y que la opinión pública no dirá nada al respecto? ¿Tiene usted la más

mínima idea del costo político que le acarrearía a la actual administración que esto se convirtiese en una tragedia mucho mayor de la que ya es? Y en ese sentido, el tiempo les juega en contra.

—Tú eres la que no tiene la menor idea —contraatacó Henry—. Ninguno de ustedes sabe nada. —Mientras hablaba, el viejo los miraba por turnos a Brody, Carla, Lillian y Tommy—. ¿Para quién creen que trabajan los principales canales de televisión y la mayoría de las estaciones de radio? Para ellos. Las cadenas de noticias son de ellos. Dos tercios del Senado, y eso si soy optimista, pertenecen a ellos incluso, aunque muchos pretendan ejercer el rol de opositores.

—Es usted demasiado petulante, Henry —intervino Lillian con un tono de autoridad que sorprendió a quienes la rodeaban—. A mí no tiene que explicarme, como si fuese una niña, lo que significan los medios y la manera en que se conduce el Gobierno. Y mucho menos cómo se maneja el mundo. Mi marido combatió en Irak. Regresó de allí hecho una sombra de lo que era. Y una sombra bastante oscura, se lo puedo asegurar. Y como recompensa no obtuvo otra cosa que la promesa de una miserable pensión, que irónicamente me llevó a estar presente aquí justo hoy en la mañana, en otro alarde de fortuna. Ah, no solo fue la pensión. Es cierto, mi marido fue premiado, además, con el desprecio de esos liberales a los que usted critica, y en ese sentido podemos estar de acuerdo. Pero eso no significa que debemos odiar a esos que usted llama invasores, o que despreciemos a todo lo que no sea americano. Además no existe una cultura americana «pura», así como no existen razas puras tampoco. Todos esos son delirios que han traído consecuencias terribles y han enlutado a la mitad del siglo XX, y usted debería saberlo.

Lillian tomó aire al terminar y reprimió un jadeo: ese discurso

interrumpido, y propiciado por un acceso de furia, la llevó a gastar más energías de lo aconsejable en su estado. Se sentía mareada, aunque su espíritu estaba satisfecho de haberle contestado a ese hombre como se merecía.

Durante unos segundos Henry Gibson se mantuvo callado.

—Su marido combatió en Irak —musitó más para sí mismo que para los otros, y como si no alcanzara a creérselo. Después prosiguió con una voz audible y serena—: Si es así, señora, me disculpo ante usted, y solo ante usted, por mis anteriores palabras. Su marido, al igual que los hombres que lo acompañaron, es un héroe, y debería ser reconocido como tal y no pasar por el humillante y absurdo trámite de acudir aquí a mendigar una maldita pensión. Y es por eso por lo que yo lucho. Quiero decir: por eso discuto con la gente, trato de hacerla entrar en razón.

—Será mejor que nos serenemos —dijo Brody—. Ya no importan las diferencias políticas que tengamos o de dónde provenga cada uno de nosotros. Eso lo podremos seguir discutiendo afuera si quieren.

—Pero para eso primero necesitamos «salir» —completó Carla.

Brody la miró con expresión grave y asintió con la cabeza.

Oyeron un ruido similar al de los escombros al desprenderse. Por un instante cada uno de ellos temió lo peor. Pero al mirar hacia la pared, o más precisamente al enorme agujero en ella, comprendieron que se trataba de un par de pies arrastrándose sobre el polvo y las piedras.

Eran los pasos de Kamal, que por fin había regresado.

Capítulo 23

—¿Explosivo plástico de activación remota? —ladró Collins apenas Phillip terminó de hablar. Y aunque intentara casi por acto reflejo mostrarse desdeñoso ante aquella hipótesis, su mirada mostraba un sentimiento diferente, la estupefacción de quien ignora si se encuentra ante un genio o simplemente ante un loco.

—Exacto —dijo Phillip sin ceder ni un metro de su iniciativa—. Algo semejante al C-4 que desarrollaron los británicos, mejorando al Nobel 808 que usaron en la Segunda Guerra.

—No necesito sus condenadas lecciones de historia armamentística —volvió a decir Collins con voz airada—. Ya sé lo que es el maldito C-4 y lo que antes fue el 808.

—No quise insinuar que no lo supiera, señor.

Collins pareció calmarse ante esa repentina exhibición de respeto por parte de Phillip.

«Bien, Phil», se decía él alentándose a sí mismo. «Dale la oportunidad a este imbécil de que acepte tu teoría sin sentirse humillado. Hazle creer que se le ocurrió a él si hace falta. Es de esos hombres inseguros que a toda hora necesitan demostrar una autoridad que en el fondo no poseen más que en términos formales».

—Estoy seguro, señores —siguió diciendo Phillip—, que estos terroristas recurrieron a una versión algo más rudimentaria de ese tipo de explosivos, que como usted y sus hombres bien saben son bastante fáciles de disimular en

un lugar que no se revisa exhaustivamente. Cualquier borde, cualquier intersticio del amplio edificio del Correo Postal es capaz de esconder un poco de ese mortal plástico.

Phillip miró con el rabillo del ojo a Perks; el hombre, parado al lado de él y devolviéndole la mirada desde su imponente altura, asentía sonriendo. No había dudas de que detestaba a Collins más que el propio Phillip.

—Todo eso está muy bien —dijo Collins—, pero no deja de ser una mera corazonada o una idea sin mayor sustento.

—Es algo más que eso, señor —dijo Phillip—. En primer lugar, mi experiencia con grupos terroristas me indica que el uso de estos explosivos es común, así que podemos considerar que el conocimiento empírico juega a favor de mi tesis. —Ni el propio Phillip hubiese sabido explicar por qué razón se le había ocurrido, justo en ese momento, desempolvar esos términos científicos que acaso no utilizaba desde ciertos exámenes en la academia militar—. Pero no es solo eso, ya que me pregunto cómo habrían podido esconder un explosivo, pongamos por caso, en la galería...

—Lo enterraron en alguna parte —se atrevió a interrumpir uno de los hombres del escuadrón.

—Eso es —dijo Collins lanzando a su subordinado una mirada de agradecimiento—. Un procedimiento clásico: alguien se infiltró en el correo y enterró una bomba allí.

—La oficina postal es bien vigilada a toda hora. Y ese trabajo debió ser demasiado refinado si nadie notó nada fuera de lo normal, como por ejemplo un azulejo roto. Y por ende, debió tardar mucho tiempo. ¿Y nadie notó nada?

El miembro del escuadrón que había intervenido agachó la cabeza: no sabía qué decir.

Y Collins tampoco: se le notaban las ganas de hablar, e incluso amagaba movimientos con la boca. Pero le faltaban las palabras adecuadas para intervenir.

—Además —siguió diciendo Phillip, quien se sentía como un boxeador que, ante un oponente que ya está cayendo, aplica un golpe adicional solo para terminar de asegurarse la victoria—, los cimientos no parecen haber sufrido daños graves, o la estructura ya se habría venido abajo con todas esas explosiones, o al menos alguna parte ya habría caído derrumbada.

—Su razonamiento es correcto —se resignó a decir Collins—. Aunque no sé qué tan útil puede resultarnos en la práctica, más allá de que siempre es bueno saber a qué nos enfrentaremos cuando llegue el momento de entrar.

—Nos ayuda en eso, señor, como bien usted dice. —Phillip siguió intercalando sutiles adulaciones en el trato, por más asco que sintiera en el proceso: hasta ahora habían resultado como un método para bajar la guardia de Collins—. Pero también nos ayuda a inferir otra cosa.

—¿Qué? —preguntó Collins con una mezcla de curiosidad y fastidio, enrareciendo su tono de voz.

—Si bien este tipo de explosivos permiten la detonación remota, no suelen tolerar una gran distancia, ni ser lo suficientemente confiables como para dejarlos inactivos durante demasiado tiempo en el lugar que se quiere volar por los aires. Por ejemplo, son sensibles al calor: podrían ser activados por accidente antes de tiempo, y echarían por la borda los planes de quien los utilice para el terrorismo. Usted sabe perfectamente que esta gente piensa muy bien no solo el lugar, sino también el preciso momento en que ejecutarán sus ataques.

Collins miró a Phillip, abriendo los ojos como dos lunas quebradizas:

—Entonces —le dijo—, usted está insinuando que....

Phillip asintió con la cabeza:

—El gatillo ejecutor está aquí. Quien activo los explosivos debe de haberlo hecho desde bastante cerca. Y dado que explotaron varios más desde el primero, sigue en el edificio.

Hubo silencio. Phillip, por si quedaba alguna duda —y mientras pensaba en Lillian y en su futuro hijo, y se estremecía ante sus propias palabras—, repitió con palabras más contundentes lo que acababa de decir:

—Hay al menos un terrorista allí, en la oficina de correos. Y en este mismo instante está encerrado junto a sus víctimas, que no deben de tener ni la menor idea de quién es esa persona realmente.

—Ya era hora —dijo Brody acercándose a Kamal.

Aquel había sido un reproche amable, y se notaba en Brody su alegría por ver regresar a ese hombre que hacía menos de una hora acababa de conocer.

Kamal llevaba en los brazos, acunándolos como a un bebé, varias barras de cereal y latas de gaseosa.

—Entre otras cosas, estuve saqueando la máquina expendedora de la galería. Teniendo en cuenta la situación, no creo que nadie se atreva a reprenderme.

Lillian observaba la escena —los dos dándose ahora la mano, en un gesto que le recordó la viril camaradería entre dos deportistas— y pensaba en la rara y espontánea intimidad que algunos de ellos habían desarrollado entre sí. Se preguntó si los cientos de pasajeros del Titanic se habrían sentido así de mancomunados durante los momentos finales de la tragedia.

No, se dijo, debía borrar de su cabeza esos pensamientos. En primer lugar, la oficina no era un barco; y en segundo lugar, ellos no se «hundirían».

—¿Por qué te tardaste tanto? —le preguntó Brody a Kamal palmeándole el hombro.

—Por poco me salvé de quedar atrapado entre escombros con la última explosión —le respondió Kamal mientras repartía las barras de cereal y las latas entre quienes más parecían necesitar bebida y alimento. Lillian se lo imaginó como uno de los Reyes Magos, o algún personaje mítico por el estilo.

—Creí que se me venía el mundo encima —siguió diciendo el joven árabe—, casi literalmente. No sé si el mundo, pero las paredes y el techo amenazaron con enterrarme.

—Fue una explosión muy fuerte —dijo Carla, que con esfuerzo se puso de pie y se acercó a los dos hombres—, nosotros la sentimos como si hubiese ocurrido aquí. ¿A ti te pasó muy cerca?

—Bastante, aunque no fue un impacto directo. Si ese hubiese sido el caso... —Kamal hizo una pausa reticente que, obedeciendo a las intenciones de él o no, terminó provocando un énfasis y suspenso teatral—. Si ese hubiese sido el caso, yo no me hallaría ahora aquí contándoles a ustedes lo que me sucedió.

Un largo escalofrío recorrió el lugar y atravesó la piel de todos los presentes: una repentina consciencia de lo que estaba en juego. Un helado instante en que todos y cada uno de los encerrados recordó aquello que el ser humano intenta olvidar desde que se despierta en la mañana hasta que vuelve a irse a dormir por las noches: su irremediable fragilidad, su condición efímera. En una palabra: su «mortalidad».

Pero los encerrados, en ese mediodía que pronto se transformaría en tarde, ya no podían evadirse de esa certeza —la muerte es acaso la única certeza que tenemos—. Allí, en el micromundo que había surgido dentro de la derruida Oficina Postal James A. Farley, todos se acordaron de que algún día se iban a morir. Y lo único que deseaban era que ese hecho irreversible no sucediese durante «ese» preciso día.

Mientras los del escuadrón antibombas seguían deliberando los próximos pasos a seguir, junto con Perks y sus policías, Phillip intentaba comunicarse una tercera vez con su esposa. Sabía que pretender repetir el relativo éxito de las veces anteriores resultaba demasiado optimista en esas circunstancias, y que sonaba inverosímil que él tuviese tanta suerte. Sin embargo, no podía quedarse sin intentar nada. No sabiendo que Lillian probablemente estaba allí, conviviendo con un terrorista, ignorante de que quizá le estuviese confiando su suerte al verdugo. Phillip sabía que la circunstancia de compartir una situación de extremo peligro aceleraba y aumentaba la confianza entre los miembros de un espontáneo grupo humano, y en especial cuando la tensión se dilataba con el tiempo. Las personas, desgarradas de miedo y exponiendo su vulnerabilidad, podían tratar a un hombre mayor como a un padre, o a uno menor como a un hijo. Se trataban, de alguna manera, de figuras sustitutivas, que venían a reemplazar a los seres queridos que no estaban allí para ayudarlos a soportar el trance.

Phillip pensó en una cerveza: la imagen irrumpió en el dolido vacío de su mente y se abrió paso por entre el proyectado rostro de Lillian y las hipotéticas imágenes del interior del correo. Él se imaginaba ahora el exquisito brebaje helado: el ruido de la lata al abrirse, el susurro de la espuma al brotar del agujero, el sudor del aluminio cilíndrico... La imagen era casi

erótica: desde sus deseos sexuales adolescentes que no experimentaba una quemazón así, tan desesperante. Y por un segundo —un miserable segundo, en todos los sentidos de la expresión— se le cruzó la idea de ir a comprar un buen *pack* de cervezas, y después a emborracharse a casa, y al diablo su esposa y los encerrados, y el terrorista y Perks, y Collins y el condenado correo...

Se puso freno a sí mismo.

Se dijo que no, que era suficiente. Él debía estar ahí. Era su obligación.

Su deber como militar. Su deber como marido.

Su deber como futuro padre.

El móvil le respondía con la voz robótica del buzón de voz. Phillip le envió a Lillian un mensaje.

Se sintió como un náufrago que arroja una botella al mar. Esa fue la imagen —bastante tópica, por cierto— que le vino a la mente.

Y ante un descuido, su imaginación se figuraba al mar como a un mar de cerveza; y en lugar de arrojar la botella, le adosaba una etiqueta de Jack Daniel's.

Capítulo 24

Los heridos de mayor gravedad, y un reducido grupo de personas mayores —entre quienes se contaba a la señora que había oficiado de enfermera para varios de los heridos—, comieron y bebieron y se manifestaron agradecidos por los refrigerios que había llevado Kamal.

Lillian se dijo que, en la vida cotidiana, una no consideraría a una barra de cereal, y menos a un caramelo o a un chocolate, como el verdadero equivalente a un almuerzo o una cena. Y, sin embargo, para los que habían perdido sangre y recibido golpes, aquel debía de ser el manjar más delicioso de sus vidas.

Así lo atestiguaban sus rostros.

—Suerte que estás aquí —le dijo Carla a Kamal. Estaba parada entre él y Brody, y se sostenía casi en una sola pierna—. Varios aquí necesitaban bebida y alimento, y quizá te terminen debiendo la vida.

—Guardé algo para nosotros —dijo Kamal con expresión de niño travieso. Sacó del bolsillo un par de cajas de algo cuya identidad Lillian tardó unos segundos en distinguir: cuando Brody se acercó a ella y a Tommy para ofrecerles, se dio cuenta de que era maní con chocolate.

Kamal también convidó al reducido grupo —el grupo dentro del grupo— dos latas de gaseosa sabor naranja.

Lillian codeó levemente a Tommy.

—Estás en otro mundo —le dijo acercándole la lata para que sacie su sed.

En efecto: aunque no había nada alarmante en el aspecto físico, y sus

heridas no habían empeorado, el chico exhibía un notable desconcierto. Daba la impresión de alguien cuya mente no puede resistir la realidad y emprende la fuga hacia paisajes de ensueño.

Quizá fuera mejor así, se dijo Lillian. Cada quien sobrevivía a su modo.

Tommy le agradeció por el ansiado refrigerio y bebió.

Cada uno de ellos ardía de sed y masticaba polvo. Resultaba difícil dar tragos moderados, pero eran conscientes de que debían compartir con los demás, y entre todos racionar adecuadamente lo poco que tenían.

Esta, pensó Lillian, es la versión urbana de una isla desierta.

El mensaje figuraba como «no enviado» y Phillip perdía la paciencia. Eso, asumiendo que le quedaba una poca.

El camión del escuadrón se puso en marcha. Estaban ultimando detalles.

Iban a entrar.

Phillip se acercó a Collins.

—Señor —le dijo mostrando una vez más el mayor de los respetos—, sé que no se condice con el protocolo y que ustedes son los expertos capaces de manejar esta delicada situación, pero, como ya le he dicho, mi mujer está allí. Y yo, como su esposo, quisiera...

—Ni lo sueñe, señor Gregory —dijo Collins mientras comprobaba su arma sin siquiera levantar la vista hacia su interlocutor—. Entiendo que usted debe sentirse desesperado, pero apelo a su experiencia militar para que usted me entienda a mí y se ponga en mi posición. El mero hecho de que usted se encuentre aquí, dentro del espacio reservado para las fuerzas de seguridad, y hasta que yo le haya permitido opinar durante las deliberaciones preliminares

al ingreso, es ya suficiente ruptura de los protocolos. No puedo concederle más, lo siento.

Sí, por supuesto que Phillip lo entendía. Y con todo lo mal que le caía Collins, debía de aceptar que el sujeto tenía razón esta vez. De hecho, de haber estado Phillip en el lugar del jefe del escuadrón, probablemente ni siquiera lo hubiera dejado ingresar al perímetro.

Pero era su esposa la que estaba allí.

Phillip se dio cuenta de que, a causa de la impotencia y la furia, estaba apretando el móvil con la mano derecha. Se había olvidado de que lo tenía en la mano.

Miró la pantalla otra vez.

Al menos en eso tuvo suerte: el mensaje acababa de enviarse.

—Deberíamos ir al segundo piso —le decía Kamal a Brody—. Allí parece haber una mayor seguridad. Al menos vi, cuando pase cerca, que estaba intacto: ni rastros de humo o escombros.

—¿Y si quedan más bombas por denotar allí? —observó Carla, apoyando ahora el pie herido, con una expresión de dolor visible que le daba a su aspecto cierta cuota de heroísmo—. Quizá las denotaciones vayan en orden, piso por piso: ¿y si vamos allí creyendo que está intacto porque los atacantes no colocaron ninguna bomba, y lo que en realidad sucede es que los explosivos están esperando para estallar? Puede que se trate incluso de una trampa para atraernos a ese sector.

Kamal se llevó dos dedos a la barbilla y pareció meditarlo por unos segundos:

—Todo es posible, ojalá fuese yo capaz de asegurarles algo. No obstante, creo que tu explicación es algo rebuscada... eh...

—Carla, me llamo Carla.

—Disculpa, Carla, sí. Entonces, te decía que hay posibilidad de que sea como tú dices, no puedo refutártelo al cien por ciento. Sin embargo, estos ataques terroristas, porque seguramente de eso se trata lo que nos está pasando, suelen aprovechar el factor sorpresa para herir a la mayor cantidad de gente y causar el mayor daño en el menor tiempo posible. Le atribuyes demasiada sofisticación intelectual a esa gente: dudo de que hayan previsto nuestro encierro aquí y una actitud por parte de nosotros que nos llevara al segundo piso.

—Qué gran conocedor es este joven de los métodos terroristas.

Aquella era la gastada y sarcástica voz de Henry Gibson, que se acercaba a Kamal y a los otros con una mueca en el rostro que fusionaba la risa y el asco.

Henry siguió con su charla, que a esas alturas resultaba algo predecible:

—El señor extranjero desaparece durante un buen rato, consigue alimentos y tiene la fortuna de pasar por los lugares donde no hubo explosiones.

—¿Qué quiere decir con eso? —contestó Kamal.

—Déjalo —intervino Brody.

—Usted es muy ingenuo. —Henry se dirigía al mismo Brody ahora—. Este tipo la va de héroe, se retira supuestamente a buscar comida para nosotros.... ¡Oh, qué admirable heroísmo! Pero a mí no se me ocurre cómo alguien que volvió sin un rasguño pudo haber demorado tanto rato en

encontrar una condenada máquina expendedora.

—Usted también estuvo ausente durante varias explosiones —dijo Lillian.

Henry se echó a reír.

—Claro... ¡Yo soy el peor enemigo de América!

Nadie dijo nada: asistían mudos a la risa sarcástica de aquel hombre.

—Este país se va a morir de corrección política, por el miedo a decir las cosas como son. Nosotros vamos a morir por el mismo motivo, y esta vez no lo digo en sentido figurado.

—Entiendo que esté sensible, señor —dijo Kamal—. Pero mi origen no me vuelve automáticamente un terrorista. Además, ¿qué sentido tendría permanecer aquí con ustedes si yo fuera parte de esto?

—Eso es lo que me intriga —dijo Henry—. Pero lo averiguaré. —Ahora señalaba a Kamal de modo amenazante—. A mí no me embaucas: yo soy un hombre viejo, tengo experiencia, y conozco a los de tu clase.

Brody iba a hablar, pero Carla lo detuvo con un ademán:

—Déjalo, Brody, es inútil. Déjalo que se desahogue, es un hombre mayor, no le hará daño a nadie. Y tú, Kamal, no te lo tomes en serio.

—Sí, no pasa nada —le contestó Kamal, asintiendo con la cabeza mientras Henry Gibson se alejaba mascullando maldiciones—. Entiendo que algunas personas con las que comparto ciertos rasgos culturales forman parte de grupos extremistas, y han ganado para mi pueblo una pésima fama en el mundo. Trato de pensar que es la ignorancia, no la maldad, la que conduce a la gente a generalizar esa conducta y atribuirla a cada uno de los que provenimos de países islámicos. Y comprendo en especial el caso de los

estadounidenses, que han padecido varios atentados en su territorio. Más que nada, el del 2001.

Lillian, incapaz de ponerse de pie y con la barriga que de nuevo empezaba a arderle y a pesarle más que nunca, escuchaba con atención las palabras de Kamal. Juzgó que seguro el chico lo había repetido muchas veces: esas palabras las deslizó con fluidez, una detrás de otra, sin zozobras ni vacilaciones. Aquello se asemejaba más a un discurso ensayado que a una respuesta espontánea.

Supuso que eso se debería a la cantidad de veces que él debió «justificar» a quienes compartían su religión y su cultura, o mostrarse piadoso con quienes lo atacaban.

Aunque si uno quisiera pensar mal...

A Lillian el dolor la punzaba con mayor intensidad a cada segundo, y los hilos de sudor que le recorrían la frente cada vez se tornaban más densos, aceitosos, quemantes. Sospechaba que si intentaba ponerse de pie se marearía y se terminaría por caer redonda al suelo.

Pero cuando oyó la vibración del teléfono móvil se olvidó de lo difícil que le resultaba moverse y se inclinó, al mismo tiempo que tomó el aparato mediante un manotazo veloz.

Por el sonido, ya se había dado cuenta de que se trataba de un mensaje y no de una llamada.

Era de Phillip.

Y decía:

«Creemos que al menos una de las personas que han activado los

explosivos se encuentra en el edificio con ustedes. Vigila bien a todos. Intenta averiguar sobre sus vidas, y trata de conducirlos al error. Entraremos pronto. Me gustaría estar allí para cuidarte, como no lo he hecho últimamente. Pero de momento debes cuidarte tú. Lo siento: siento mucho estos últimos años».

El mensaje la estremeció por varios motivos: por ejemplo, la última frase provocó que una gélida electricidad le recorriera la completa superficie de la piel y, por un segundo, se le congelara el sudor. Sonaba tanto a una despedida...

Y por supuesto que la había impactado el hecho de que uno de los terroristas se encontrara allí, formando parte de los encerrados.

Por otra parte, ¿qué significaba aquello de «creemos» o «entraremos pronto»? ¿Desde cuándo su marido formaba parte de las fuerzas de seguridad? ¿Se le habría escapado ese uso inclusivo del verbo quizá por su identificación con el Gobierno norteamericano? En comparación, era un detalle trivial, pero le llamó poderosamente la atención a Lillian.

—¿Tú cómo te encuentras? Debe ser duro pasar por este trance en tu estado.

Lillian, por acto reflejo, se apoyó el móvil en la barriga ocultando la pantalla. Levantó la cabeza para observar a Kamal, que a su vez la miraba con la solícita sonrisa de siempre.

Y Lillian no pudo evitar mirarlo con unos ojos distintos a los que había utilizado hasta un segundo antes de recibir el mensaje de Phillip.

Capítulo 25

Collins y el resto del escuadrón habían perdido la paciencia con Phillip, y acabaron por hacerlo a un lado. Lo hubiesen expulsado del perímetro de no ser por Perks, que con firme educación le sugirió a Collins que lo tratara con más respeto:

—Además —había dicho Perks a su colega operacional y enemigo íntimo—, imagínese la historia que podría estar regalándole a los medios si a este hombre se le ocurriese hablar. Ya puedo figurarme los titulares en esa temible tipografía negra: «Las fuerzas de seguridad norteamericana expulsan del perímetro a un excombatiente de Irak que solo intentaba saber si su esposa estaba bien». Bueno, como titular es demasiado largo, pero usted me entiende, Collins. Sea astuto.

Collins cedió y no lo exilió a las afueras del cordón perimetral. Sin embargo, Phillip se tuvo que quedar muy cerca de las cintas dispuestas en círculo y que custodiaban un nutrido grupo de jóvenes agentes de Policía. Entre ellos, el que en un primer momento se dejó persuadir por Phillip y le permitió ingresar.

Cerca de él había una periodista que, micrófono en mano, informaba de la situación. A Phillip le llegaban sus palabras tan claras como si las estuviese oyendo frente a la TV, refugiado en la comodidad de su apartamento.

—Hasta el momento —decía la periodista, una rubia que estaba de espaldas a Phillip y frente a una enorme cámara—, ninguna organización terrorista se ha adjudicado la autoría de este brutal ataque. Ha aumentado las cifras de muertos confirmados, y el Gobierno prometió un nuevo parte oficial

dentro de veinte minutos. Nos informan que el escuadrón antibombas, más un grupo de agentes especiales, está a punto de entrar. Lo que los retiene es el riesgo de derrumbe o la posible activación de más bombas. Las fuerzas de seguridad temen que una entrada no planificada con suficiente antelación y cuidado termine perjudicando a los encerrados, en lugar de brindarles la ayuda que tanto necesitan...

La periodista echó una mirada a sus espaldas. Es decir, hacia donde estaba Phillip. Era una chica bonita, aunque demasiado maquillada para su gusto —Phillip se sorprendió de tener ese tipo de pensamientos durante una situación tan catastrófica—. Para su sorpresa, la chica lo miró directamente. Y para mayor sorpresa aún, hizo al camarógrafo el ademán de que la siguiese y se acercó a Phillip.

Quería entrevistarlo.

Estiró el brazo y superó la línea divisoria que marcaba el cordón. Uno de los agentes que custodiaba hizo el amago de sacarla, pero se arrepintió a mitad de camino. Seguramente no quería meterse con la prensa, ni sacar de allí a una mujer frente a las cámaras.

—Señor —le dijo la periodista a Phillip poniéndole el micrófono casi adentro de la boca—, vemos que usted está dentro del perímetro a pesar de no utilizar uniforme de ninguna fuerza pública. ¿Podemos preguntarle qué función cumple aquí y si tiene algo que decir al pueblo norteamericano?

Si lo hubiese pensado, aunque fuera un segundo, él quizá se habría paralizado. Hablarle al «pueblo norteamericano»: ¿qué significaba en verdad esa expresión? Era algo tan grande, tan abstracto, que acaso por eso Phillip fue incapaz de evaluar el alcance que tendrían sus palabras.

Además, Lillian estaba allí adentro, y ya nada más le importaba:

—Soy un ciudadano norteamericano —dijo Phillip—. Soy parte de ese pueblo al que usted acaba de hacer alusión. Soy un hombre joven. Soy especialista en explosivos, he integrado el Ejército y sigo siendo militar, aunque me encuentre inactivo, porque un militar lo sigue siendo hasta el último respiro de su vida. Combatí en Irak, recibí el apoyo de muchos compatriotas y también el inexplicable desprecio de otros. Los que combatimos allí, o en cualquier otra guerra, no diseñamos las estrategias políticas de la Casa Blanca. Tampoco somos los culpables de que el mundo sea lo que es y no lo que quisiéramos que fuera. Yo sería el primero en desear que las guerras no sean necesarias. Y el primero en desear que ataques como este no ocurriesen nunca más. Mi propia esposa, Lillian, está allí dentro.

La periodista intercambió una mirada con el camarógrafo, quizá acordando en que el discurso de Phillip resultaba interesante para atraer audiencia —en opinión de él, eso era lo único que les interesaba a esos vampiros con micrófono: las mediciones de *rating* y las ganancias por cada segundo de publicidad—.

—¿Usted nos está diciendo, en vivo y en directo para todo el país, que su mujer forma parte del grupo de los encerrados en la oficina postal? —repitió inútilmente la periodista: era claro que Phillip había dicho exactamente eso, y solo un espectador sordo podría haber entendido una cosa diferente.

—Mi mujer está allí, sí, y con una enorme barriga de embarazada —dijo Phillip. Y ya que se le presentaba la oportunidad, él también se subiría al carro del sensacionalismo. Después de todo, era Lillian la que estaba en riesgo, y él no escatimaría ningún recurso para ayudarla, por más que le pareciese poco noble. Hasta un militar consideraba que ciertos asuntos — ciertas «personas», mejor dicho— estaban por encima incluso del honor.

Seguiría la estrategia que Perks le sugirió —vaya uno a saber si con

intención o no— al advertirle a Collins lo que podía pasar cuando quiso echarlo del perímetro. Es decir, se exhibiría ante los medios, y trataría de ganarse a la opinión pública y provocar en las autoridades un sentimiento de presión.

—¿Su mujer espera un hijo? —repitió de nuevo la entrevistadora. Miraba hacia la cámara, de seguro dibujando en su rostro un gesto de indignación. A Phillip le asqueaba todo aquel circo demagógico, pero que también podría favorecerlo.

—Aún no sé si será un hijo o una hija. Pero sí, seremos padres. Solo espero... —Phillip pretendió que la voz se le quebrara. Fue un segundo, un toque sutil de dramatismo: no confiaba en sus habilidades actorales, así que no se quería exceder—. Solo espero que esto termine bien, y poder reunirme con ella de nuevo.

—Estremecedora la situación que nos ha narrado —dijo la periodista—. Cambiando de tema: ¿cuál es su opinión profesional respecto a la naturaleza de este ataque?

—No voy a descubrir nada ni a inventar la rueda con estas declaraciones. Opino, al igual que todo el mundo, que se trata de un atentado terrorista. Sabremos quiénes fueron si algún grupo se atribuye la autoría, o si una posterior investigación nos lleva a ellos.

Phillip se dio cuenta de que acababa de expresarse como si él formara parte de las fuerzas de seguridad.

La periodista volvió a la carga:

—Usted mencionó que es especialista en explosivos, ¿tiene una opinión formada sobre los que se podrían haber utilizado para volar partes del Correo Postal?

—Tengo motivos que me llevan a pensar, y así se lo manifesté al líder del escuadrón antibombas hasta que él decidió alejarme de la acción, que los terroristas han utilizado explosivos plásticos de mediocre calidad y quizá también bombas comunes caseras.

La periodista le agradeció y se despidió de él. Phillip permanecía tras el cordón mientras ella, del otro lado, les daba pase a sus colegas en el estudio.

Phillip pensó en un *whisky*. Uno bien fuerte: un potente escocés que lo depositara en una realidad diferente a esa.

Kamal les propuso a todos, en voz alta y llamándoles antes la atención, su idea de ir a refugiarse al segundo piso. No solo Carla, Brody, Tommy y Lillian, el grupo completo lo observaba con atención, y en su mayoría con rostros afligidos.

Tras unos segundos de silencio comenzaron los murmullos. Y pronto los murmullos mutaron en una discusión.

Sin embargo, la mayoría parecía inclinarse a favor de la propuesta de Kamal.

Aunque, por supuesto, entre ese variopinto grupo estaba Henry Gibson:

—No vamos a seguir a este terrorista —gritó con la poca voz que le quedaba y señalando a Kamal con el dedo—. ¿A ninguno de ustedes les llamó la atención que se encontrara ausente durante las explosiones?

—Usted también estuvo ausente —dijo Kamal con aspecto de estar perdiendo la paciencia ante las acusaciones de aquel hombre—. Y yo no lo acuso de terrorista por eso.

—¡Pero yo soy americano! —gruñó Gibson.

—No me imagino a este payaso planeando un atentado terrorista —dijo Brody, que permanecía cerca de Kamal—. Y mucho menos ejecutándolo.

—Yo tampoco —asintió Carla—. Es un sujeto desagradable y xenófobo, igual que tantos en este país y en otros países, pero nada más que eso.

Lillian seguía sosteniendo el móvil delante de sus ojos, contemplaba preocupada el mensaje de Phillip:

«...al menos una de las personas que ha activado los explosivos se encuentra en el edificio con ustedes...».

¿Era ella una xenófoba si sospechaba de Kamal? ¿Había argumentos «objetivos» en contra de él? ¿Bastaba con su ausencia durante las explosiones para incriminarlo?

Lillian sentía que no podría despegar los ojos del mensaje hasta que no supiera qué actitud tomar. Kamal era ahora quien intentaba dirigirlos al segundo piso. ¿Acaso todos ellos se convertirían en ovejas siguiendo al lobo?

Ella sentía el peso en sus espaldas, el conocimiento que su marido acababa de transmitirle depositaba en ella también una responsabilidad. Ya no solo cargaba con un hijo adentro, además llevaba una vital información.

Y no se trataba de algo fácil de compartir: ¿en quién confiar? Cualquiera podría estar conectado con algún terrorista que permaneciera dentro del edificio, y podría comunicarse en secreto con él.

«Vigila bien a todos».

Aunque una cosa sí resultaba innegable: solo quien hubiera estado ausente durante las últimas explosiones habría tenido la posibilidad de activar por sí mismo los explosivos posteriores al primero.

Lillian observó a Kamal. Su aspecto de buen chico le daba ganas de confiar en él.

Y al parecer no era la única. Estaban en proceso de votación para decidir si permanecerían allí o subirían al segundo piso. Y Kamal ganaba con mucha comodidad.

Lillian no pudo evitar el cobarde deseo de no haber recibido ese mensaje, de no cargar con el peso de ese inquietante «saber».

Capítulo 26

Unos cinco miembros del FBI acababan de ingresar al perímetro. Por suerte para Phillip, ni siquiera repararon en él. Habrían supuesto, se dijo, que contaba con algún tipo de autorización para estar allí.

Se dirigieron directo hacia Collins y sus hombres. Apenas saludaron a Perks y a sus policías.

Y a él lo empezaba a hartar tanta deliberación. ¿Por qué demonios no hacían algo de una vez?

Lillian estaba allí dentro, embarazada. Quién sabe si se sentiría bien, con esa enorme barriga y con la tensión que debería estar soportando. La relativa tranquilidad que Phillip experimentó al hablar por teléfono con su esposa se estaba esfumando ya.

Permaneció allí, al margen, casi pegado al cordón. Observaba la conversación de esos malditos burócratas, aunque no alcanzaba a oír ni una palabra de lo que decían.

Al final, los encerrados decidieron trasladarse al segundo piso.

—Vamos a mudarnos de cárcel —había comentado el viejo gruñón de bigotes con siniestro humorismo—. Me parece bien, en la variedad está el gusto.

De uno en uno, con cautelosa lentitud, pasaron por el enorme agujero de la pared. A pesar de que cargaba con el peso de sus propias heridas, Tommy ayudó a Lillian. Ellos fueron una excepción a la regla de pasar de a uno,

propuesta por Brody y aceptada por todos. Lo mismo sucedió con otros heridos que no podían caminar por sí solos.

Lillian echó una mirada hacia atrás antes de terminar de atravesar el agujero, como si se despidiera de un lugar en el que había vivido por años — y es que allí dentro los segundos transcurrían como dictados por un reloj de arenas movedizas—. Contempló la espalda de Kamal, el joven miraba los cadáveres. Personas que habían llegado al correo en la mañana, igual que todos ellos, pero que ya no podrían acompañarlos en su viaje al segundo piso. Personas que probablemente tendrían cónyuge, hijos, amigos.

Personas que habían emprendido «otro» viaje: una excursión definitiva, de la que les resultaría imposible regresar.

—¿Te sientes bien? —le preguntó Tommy a Lillian. Ella acababa de toser.

—Sí, Tommy, estoy bien —mintió. Lo cierto era que el mareo y las náuseas habían vuelto con mayor intensidad que nunca. Recordó que Phillip le comentó una vez que el dolor podía aislarse. Con el entrenamiento suficiente —no se refería a un entrenamiento físico, sino a uno mental— uno era capaz de encerrarlo en un recóndito lugar de su cabeza, una especie de bóveda. Por supuesto que esa técnica no servía ante dolores extremos, aunque a menudo funcionaba ante malestares menores.

Desde ya que Lillian no contaba con ningún entrenamiento. Pero se dijo que, si el cerebro humano tenía esa capacidad, debía intentar acceder a ella de algún modo.

Pensó en un paisaje verde, lleno de árboles con hojas relucientes y coronado por la belleza de una gran cascada. Se concentró en la imagen del agua fresca brotando de la roca. Soñó despierta con el agua mojándole el

rostro, purificándola, dándole nueva vida.

Dejó que su cuerpo, ayudado por Tommy, se moviera por ella. Se dejó llevar por el automatismo de las piernas, ignorando el dolor de las rodillas, que si fueran capaces de hablar se quejarían por cargar el lastre de su barriga.

Le agregó al paisaje imaginado las figuras de ella y de Phillip, y de su hijo o hija. Soñaba con los tres juntos, felices, sonrientes. Lejos de ese infierno y con Phillip lejos de su infierno personal de alcohólico.

Más atrás, Brody ayudaba a Carla a moverse con su pierna herida. Le había pasado el brazo por la espalda y la tomaba de la cintura.

—No te estarás aprovechando de la situación, ¿no? —le dijo ella, en un tono picaresco, apenas él le ofreció su ayuda. Brody, sin amilanarse, le contestó que le hubiese gustado tomarla de la cintura y tenerla bien cerca, pero que aquello sucediera en otro contexto.

—Es curioso —había contestado Carla ya sin sonreír—, ahora lo único que todos deseamos es salir vivos de esta.

«Salir vivos». A Brody le llamó la atención la crudeza y, al mismo tiempo, la naturalidad con la que ella dejó caer la idea de que cualquiera de ellos «podía morir hoy». Otra vez volvió a recorrerlo una oleada de inseguridad, por no decir de terror... Sin embargo, el deber que se había impuesto a sí mismo de «sostener» a Carla, en el sentido literal y también en el espiritual, lo llevó a alejar esos temores. No importaba que esa chica latina quizá no necesitara que ningún hombre la sostuviese, y que acaso fuese más valiente que él, Brody demostraría lo que valía.

Aun en esa situación infernal, dentro del derruido edificio y con los restos flotantes de polvo metiéndosele en la nariz, Brody disfrutaba el contacto con

esa piel colombiana, con esa atlética carne. Y percibía ese aroma exquisito y salvaje que emanaba de ella. Se prometió que si salían vivos, por usar la expresión de Carla, intentaría acostarse con ella a como diera lugar.

Como si se tratara de una operación militar que requiriese un ataque sorpresa, Phillip se iba acercando de a pocos, con el mayor silencio posible, al nutrido grupo formado por los del escuadrón antibombas, los policías y los recién llegados agentes del FBI.

Se escondió detrás del camión de bomberos —en ese momento no había bomberos allí, salvo un par en la cabina del camión y que desde su perspectiva no alcanzaban a verlo a él—. Ya era capaz de oír lo que decían: uno de los del FBI afirmó que el modo más seguro de salir era accediendo al garaje, y que deberían entrar o tal vez guiar de forma remota a los encerrados hacia en ese lugar. Collins se preguntó qué pasaría si el equipo de rescate o, aun peor, los propios encerrados padecían alguna explosión en el camino.

—Los medios serán quienes nos acribillen a nosotros —dijo el cerdo de Collins (así lo calificó Phillip en su mente).

Ese tipo, se dijo Phillip, nunca pensaba en otra cosa que en sí mismo y en su imagen. ¿Qué clase de servidor público era?

Él apretaba los puños. Hubiese deseado descargarse pegándole una trompada al camión de bomberos, aunque ni siquiera contaba con esa posibilidad. El ruido alertaría a todos de que se encontraba allí, y lo echarían de nuevo. Esta vez, quizá, lo expulsarían definitivamente del perímetro.

Phillip consideró que ese escenario podría desembocar en tres alternativas:

- 1) Él iba a donde fuera por un trago, se lo bebía y lograba calmarse un

poco.

2) Los burócratas tomaban de una buena vez la decisión de entrar y él dejaría de sentir por ellos el odio profundo que le quemaba en el pecho.

3) Phillip descargaba su frustración rompiéndole la cara a alguien —por lejos, el candidato con más posibilidades era Collins— y lo metían preso. Con suerte le permitirían seguir por televisión, y rodeado por paredes pedregosas y barrotes, las novedades sobre el atentado.

Deseó con toda su alma que se diera la segunda alternativa.

Por lo pronto, tomó su móvil y le envió otro mensaje a su esposa.

Capítulo 27

El grupo entero consiguió llegar al segundo piso.

Gracias a la infaltable ayuda de Tommy, Lillian consiguió sentarse en el suelo. Sin la asistencia de ese chico, pensó, hubiese caído redonda. No daba más.

Kamal se acercó a ella y le ofreció un trago de agua. De seguro habría notado su aflicción. La propia Lillian sentía el sudor gélido recorriéndole la cara. Se dijo que debía de lucir como los mil infiernos, aunque no era el momento oportuno para preocuparse por la coquetería.

—Resiste —le dijo Kamal, de pie frente a ella—. Saldremos de aquí.

Lillian pensó que debía confiar en él. Si se equivocaba, mala suerte. Al fin y al cabo, no se le ocurría una manera fiable de descubrir quién era el terrorista infiltrado en el grupo. ¿Y acaso juzgaría a ese chico solo por su procedencia? Si ella adoptara ese criterio: ¿qué la diferenciaría, por ejemplo, de los nazis? Las personas eran culpables o inocentes por sus actos, no según su origen o sus creencias.

Si Phillip estuviese aquí, pensó, las cosas serían diferentes: él sabía «leer» a las personas. Podía darse cuenta de si alguien mentía o pretendía ser lo que en realidad no era.

Pero Phillip no estaba allí y Lillian debía de arreglárselas sola.

No, sola no, con su hijo en el vientre.

Y vaya que el niño —o niña— cada tanto pegaba una patada, como si quisiera recordarle que estaba allí.

Y Lillian hubiese querido decirle: «No te preocupes, siempre te tengo presente. El peso de mi barriga, por no mencionar las náuseas y los mareos que me vienen cada tanto, me impide olvidarme que debo salir de esta. Debo ser fuerte, y no solo por mí, sino también por ti».

Lillian vio entrar a Brody y a Carla, que caminaban detrás de ella durante la peregrinación al segundo piso. Iban casi abrazados, una pareja pasando su luna de miel en un paisaje apocalíptico.

Todos ellos, se dijo Lillian, habitaban el vientre herido de Manhattan, la herida abierta de Nueva York.

¿Por qué nadie venía a ayudarlos?

Lillian sintió que el bolso vibraba. Era el móvil otra vez.

Lo tomó rápidamente y abrió el mensaje.

Phillip le informaba que el mejor camino para salir era por el garaje. Lo había escuchado de la boca de un agente del FBI.

Phillip seguía de cerca la discusión, desde su puesto improvisado detrás del camión de bomberos. El FBI y la Policía, cuyo portavoz era Perks, mostraban una buena disposición y la voluntad de asumir el necesario riesgo. Sin embargo, el canalla de Collins continuaba mostrándose reacio. Quería efectuar un rescate de los encerrados sin asumir riesgo alguno, anhelo que resultaba utópico en el contexto de un ataque terrorista que para colmo había implicado varias detonaciones de explosivos.

«Maldito cobarde», dijo Phillip para sí. Cada vez apretaba más los puños.

—Collins —dijo uno de los agentes del FBI, bastante ofuscado y expresándose como si acabara de leerle la mente a Phillip—, ¿es usted

consciente de que al entrar allí sí o sí estaremos exponiéndonos a nosotros mismos y probablemente a otras personas? Esto no es un paseo por el prado. Si quería un trabajo que no le exigiera tomar decisiones difíciles y asumir las consecuencias, se hubiese dedicado a otra cosa.

Collins lanzó su respuesta en forma de gruñido indignado:

—No le voy a permitir que me falte el respeto...

—No le falto el respeto, solo digo que...

—Así no llegaremos a ninguna parte —intentó mediar Perks—. No estamos aquí para matarnos entre nosotros.

—La que va a morir es la gente de allí dentro si este hombre no se sacude su cobardía —volvió a arremeter al agente del FBI, que con esa última frase ya acababa de transformarse definitivamente en el flamante ídolo de Phillip. Le estaba diciendo a la cara a Collins lo que él mismo le hubiese dicho de existir entre ellos dos una simetría de poder que se lo permitiese.

—Esta operación está a mi cargo —dijo Collins con aun más aspereza que antes—. Ustedes están aquí en calidad de asesores, nada más, así que se actuará de la manera en que yo lo disponga.

—Eso lo veremos —dijo de nuevo el agente—. Usted me está tentando a hacer un par de llamadas, Collins. Y ya veremos quién termina por estar a cargo aquí.

Perks trató, una vez más, de poner calma entre los dos hombres. El resto de los federales también trataba de apaciguar a su compañero. Por un instante, ambos contendientes se callaron. La tensión permanecía flotando en el aire y, como se suele decir, se podía cortar con un cuchillo.

Y tras ese brevísimo interludio, las acusaciones y los apenas velados

insultos comenzaron otra vez. Phillip, contemplando la grotesca escena desde afuera, se daba cuenta de que los argumentos y las réplicas eran idénticos a los de antes, la misma rueda que volvía inútilmente a girar, mientras el bienestar de los encerrados —y el de Lillian, que estaba entre ellos— pendía de un hilo.

Phillip se enfocó en el rostro de Collins: esa expresión petulante con la que intentaba compensar su íntima cobardía. Y no aguantó más, Phillip salió corriendo de detrás del camión, eyectado como un toro enfurecido. Quería devorarse a Collins, masticarlo, tragarse su infame carne y escupir sus huesos sobre el pavimento de Manhattan.

Capítulo 28

La pareja apocalíptica formada por Brody y Carla se acercó a Lillian. Tommy y Kamal ya se encontraban cerca de ella.

—Disculpa que te lo diga así, pero no te ves muy bien —señaló Carla, fiel a su estilo directo—. Igual, yo no soy la indicada para juzgar el aspecto de nadie —agregó sonriendo, parada en un solo pie, y mirándose la costra de sangre reseca que le cubría desde la rodilla hasta el tobillo.

Lillian esbozó una sonrisa, intentando responder a la de Carla. Sentada, miraba hacia el blanco cielo raso: por momentos se le difuminaba, junto al resto del universo, y se convertía en una pátina blanca incomprensible, semejante a un *collage* hecho con témpera al que alguien acabara de vaciarle un vaso de agua encima.

Y hablando de vasos de agua, Kamal le convidó otro trago de una botella.

—No luce bien —oyó Lillian que él le comentaba a Brody.

—Me recuperaré —dijo ella—. Son momentos, ustedes no lo saben porque nunca estuvieron embarazados.

Tommy lanzó una breve risa, que sonó como una risa nerviosa.

—Mi marido me mandó un mensaje recién —consiguió seguir diciendo Lillian—. Dice que, según un agente del FBI que se encuentra trabajando en nuestro caso, el garaje es una salida posible.

—¿Y por qué los bastardos no nos vienen a buscar? —dijo Brody pasándose la mano por la cara.

—Es cierto —aprobó Carla—. ¿Todavía no están seguros de que pueden entrar?

—Difícil que puedan estarlo del todo —volvió a decir Lillian. El mero hecho de hablar la hacía sentirse un poco mejor, como si interactuando con los otros olvidara por un momento sus dolores—. Desde afuera, por más tecnología con la que cuenten, no podrán saber a ciencia cierta dónde hay otras bombas.

—¿Entonces nos pudriremos aquí? —preguntó Brody.

—Quiero creer que en algún momento vendrán por nosotros —dijo Tommy.

—Los medios ya los deben estar presionando —agregó Kamal—. El problema es que esa es un arma de doble filo: por un lado, saben que tienen la obligación de entrar, pero también, por otra parte, saben que ante el más mínimo error los acusarán de haberse precipitado, y ni hablar de si algún inocente paga el precio. Los medios suelen ser muy hipócritas, aquí y en todas partes.

Hubo un espontáneo silencio. Flotaba en el aire viciado una sensación de «inminencia», de que algo debía de suceder. La pregunta era si se trataría de un hecho positivo o, por el contrario, los esperaba alguna sorpresa terrible.

—¡Maldito bastardo! —Los gritos que lanzaba Phillip mientras usaba a Collins como saco de boxeo se oían incluso en el caos bullicioso del centro de Manhattan—. ¡Eres un perro cobarde!

El infortunado Collins, perjudicado por el factor sorpresa, pero también por la fuerza de su atacante —acrecentada por la furia—, no había podido devolver ni uno solo de los golpes que recibió. A pesar de que los miembros

del escuadrón y de la Policía —los del FBI se quedaron inmóviles, como si no quisiesen ensuciarse las manos o acaso estuvieran disfrutando del *show*— consiguieron contener a Phillip y separarlo de su víctima en unos pocos segundos, el rostro de Collins era un vertedero de sangre. Phillip le había asentado un buen puñetazo en la nariz, y a juzgar por el aspecto de su ojo, no tardaría mucho en hincharse y tornarse de color morado.

En principio, Collins no dijo nada. Se incorporó, con el auxilio de un par de sus subordinados. Dio unos cuantos giros, tratando de pararse y hacer equilibrio en el suelo. Recordaba a un surfista intentando domar las primeras olas. Incluso extendía los brazos, tratando de planear en un imaginario cielo.

—Maldito loco —dijo Collins al fin. Aunque, para poder hablar, debió escupir antes unos borbotones de sangre densa. Mirando a los policías, agregó—: Cumplan con su trabajo, llévense a este hijo de puta y métenlo en la peor celda que encuentren.

A Phillip, ya más calmado, lo sostenían tres oficiales. Perks se acercó a él:

—Lo lamento, y entiendo tu rabia más que nadie —le dijo en voz baja—. Pero no puedo salvarte de esta, acabas de moler a golpes al jefe del escuadrón antibombas, en un lugar al que en teoría no debías de haber accedido.

—Discúlpame —le dijo Phillip—. Espero que esto no te traiga problemas.

—No pasa nada —contestó Perks. Después miró a uno de los agentes y le hizo un gesto con la cabeza. Phillip sintió el frío de las esposas cerrándose en sus muñecas, colocadas por un policía, una junto a la otra y detrás de su espalda.

De un modo igual de repentino que cuando lo invadió por primera vez, el temor ahora se retiraba del cuerpo de Brody. Él volvió a experimentar la seguridad en sí mismo que solía guiar todas sus acciones.

Quizá, se dijo Brody, estas situaciones límites tienen una línea de tensión que, una vez cruzada, anula los miedos anteriores. Y ahora no solo él, sino todos los demás —hasta Tommy lucía más entero que en una primera instancia—, ya no temían, en ese momento actuaban por puro instinto de supervivencia.

Igual que los gatos, que apenas los acorralan se les eriza el pelaje y sienten miedo, pero cuando la amenaza ya no parece poder evitarse, y enfrentarla resulta obligatorio, desaparece toda duda y el animal ataca con todo lo que tiene.

Y eso eran ellos: animales acorralados. Los habían llevado al límite, y ahora sacaban a relucir una fuerza que ni sabían que poseían.

Y así, Brody se dirigió a Lillian y a los otros y les dijo:

—Debemos ir hacia el garaje. No podemos dejar nuestra vida en manos de otros, por más que se trate del Gobierno y de las fuerzas de seguridad. Debemos actuar como si solo nos tuviéramos a nosotros mismos.

—Es que así es.

Quien acordó con la opinión de Phillip no fue Tommy ni Carla, ni tampoco Lillian o Kamal.

Era Henry Gibson, a quien, al parecer, ya se le había hecho costumbre aparecer a espaldas de la gente, a su modo espectral.

—Me alegra de que te hayas dado cuenta de una vez, chico —siguió diciendo el viejo Henry—. Nuestro Gobierno trabaja para gente de otras

partes, sujetos poderosos que nada tienen que ver con el interés de los verdaderos americanos.

—Me gustaría discutir sobre política —dijo Brody enfatizando la ironía con un tono burlón—, pero creo que este no es el momento oportuno. Debemos tomar una decisión, y rápido.

Brody caminó unos pasos hasta ubicarse más o menos en el centro de la escena. En voz alta y grave pidió que le prestaran atención. Todos lo miraron, seguro que su imponente físico ayudaba.

—Escuchen, sabemos por buena fuente que es posible salir por el garaje. Propongo que no esperemos más por un rescate, que no sabemos a qué hora llegará, y caminemos todos hacia allí.

—¿Quieres movernos a todos de nuevo? —dijo el viejo gruñón de bigotes. Brody agradeció que no se hubiese juntado con Henry Gibson: los dos juntos resultarían demasiado insufribles—. Ya bastante suerte tuvimos de no volar por los aires en el camino hasta aquí. No tentemos a la fortuna.

—Entiendo —dijo Brody—, pero más la tentaremos si nos quedamos aquí a contemplar cómo pasan las horas. Hay aquí mucha gente herida, descompuesta, en mal estado, pero hace unos minutos todos pudimos caminar hasta este lugar. Aprovechemos que todavía cada uno de nosotros se puede mover, aunque no sea más que con ayuda de otro, y tratemos de salir ahora.

—¿Y si nos topamos con un explosivo? —expresó la voz de una joven a la que Brody veía por primera vez.

—Es un riesgo que vale la pena tomar —contestó él, terminante.

—Quien quiera quedarse, que se quede —agregó Kamal—. Yo no lo recomendaría.

—Escuchen al enviado de Alá —dijo Henry Gibson—. Él nos conducirá a inmolarnos, y así obtendremos la vida eterna.

Se oyeron un par de risas, aunque la mayoría se mantuvo en silencio. Después el recito se transformó en un coro de voces airadas, una orgía de discusiones.

—Maldita sea —masculló Brody—. Malditos seamos todos.

Y después dijo en voz bien alta:

—Tomemos la decisión que sea, debemos permanecer juntos. Yo, por mi parte, acataré lo que diga la mayoría.

A Phillip se lo llevaban esposado. Perks y dos de sus hombres lo acompañaban, aunque él ya no oponía resistencia alguna. Se maldecía a sí mismo por haberse dejado traicionar por su carácter. A causa de su estupidez, perdería la chance de comunicarse con Lillian.

Una vez más había fallado. Le venían a la cabeza imágenes de la guerra en Irak, los ojos vacíos de los compañeros y los enemigos muertos —en el fragor de la batalla, todos eran iguales y todos sangraban igual—. Una parte de él, a la que Phillip trataba de resistirse, experimentaba un innoble alivio: lo reconfortaba la idea de conseguir un trago como fuera, emborracharse y olvidar el asunto. Que se encargaran las fuerzas de seguridad, él ya no tenía nada que ver con el Ejército, él ya había hecho por su país lo que debía hacer.

Sin embargo, se lo debía a su esposa y a su futuro hijo. Les debía el esfuerzo de comportarse como debía.

Pero, se dijo una vez más, esa oportunidad se había esfumado. No, esfumado no: «él la había echado a perder».

Sentía ganas de llorar, aunque por supuesto que se contuvo. No solo cargaba con el fracaso del día de hoy, sino con el dolor y la frustración acumulados desde aquella espantosa guerra.

Si al menos lo dejaran llevarse a la boca un delicioso vaso de *whisky*... No solucionaría nada, pero el dolor disminuiría su intensidad, y podría apagar los incendiarios pensamientos que le cacareaban en la prisión de su mente.

Y en medio de ese caos mental, Phillip oyó un bullicio mucho más intenso al habitual en el centro de Manhattan. Un griterío incluso mayor al que había sonado de fondo durante las diversas explosiones ocurridas desde la mañana. Y cuando miró hacia el costado, en dirección a las afueras del perímetro —a donde lo conducían ahora a él para meterlo después en un patrullero—, apareció una figura a la que jamás hubiese creído adjudicarle un aura de ángel redentor. Y, sin embargo, cuando la periodista rubia que lo entrevistó antes apareció frente a los ojos de Phillip, con una turba enardecida de fondo, él comprendió que todavía contaba con una oportunidad.

Tardaría poco en comprender que tenía de su lado a los buitres de la prensa, y ellos representaban su esperanza.

—Acabamos de filmar, desde aquí afuera, una pelea en la que estuvo involucrado este hombre —dijo la rubia casi atacando a los policías con el micrófono, como si se tratase de su espada particular—. ¿Qué es lo que ha sucedido?

—No podemos hacer comentarios —dijo uno de los jóvenes agentes.

—¿Saben ustedes que este hombre tiene a su esposa embarazada dentro de la oficina postal? ¿Saben que es un héroe para los americanos?

Phillip pensó que, si bien él había combatido en la guerra por su país, difícilmente algún americano lo recordaría, con la única excepción de su

familia y sus amigos.

Una voz resonó a sus espaldas. Era la inconfundible voz de Perks:

—Liberen a este hombre —dijo con rotunda autoridad.

Los agentes que retenían a Phillip se miraron durante un momento entre sí, desconcertados. Después uno de ellos se sacó del bolsillo las llaves de las esposas y dejó a Phillip en libertad.

La multitud detrás de la periodista vitoreaba su nombre, y Phillip no comprendía lo que estaba pasando. Por un momento pensó que la tensión, y la abstinencia de bebida, lo había llevado a vivir en un mundo alucinatorio en el que las cosas le salían bien.

Perks se acercó a Phillip, sosteniendo su móvil frente a su cara. Le pidió que mirase la pantalla, donde tenía abierto Facebook. A él le resultaba todo cada vez más absurdo, hasta que entendió.

La gente ya había creado una página para seguidores de Phillip Gregory. El video de la reciente entrevista, así como el de Phillip peleando con Collins —este último filmado a la distancia, de modo que no se distinguía quién comenzó la pelea y menos se adivinaban las razones—, habían sido reproducidos y compartidos cientos de miles de veces, por no hablar de la desmesurada cantidad de *likes* recolectados.

—Eres un maldito héroe —le dijo Perks—. Y tienes más vidas que un gato. En verdad, muchacho, la suerte está contigo.

Si con algo no había contado él durante los últimos tiempos era con la suerte. Y, sin embargo, ahora le llegaba toda junta.

—Collins no tuvo otra opción que liberarte —siguió diciendo Perks—, o los medios se le echarían encima como lobos hambrientos.

Phillip sonrió:

—No le debe haber gustado mucho.

—Para nada —se complació Perks—. Eres prácticamente intocable, al menos en público. Puedes volver a la zona de acción y disfrutar en persona de la expresión en el rostro de Collins.

Antes de alejarse de allí, Phillip lanzó una última mirada a la multitud enardecida. Aquella era la gente de Manhattan.

Aquella era «su» gente.

Capítulo 29

Esta vez, la mayoría de los encerrados se había negado a la propuesta de Brody de ir hasta el garaje.

«Los inconvenientes de la democracia», se dijo Lillian cuando vio que al momento de votar muy pocos levantaban la mano a favor de movilizarse. Casi nadie, de hecho, a excepción de Tommy, Carla, Kamal, Brody y la propia Lillian.

—Estamos ya demasiado cansados —se había excusado Henry Gibson con su habitual mal humor—, y hay gente que apenas puede caminar.

El otro viejo malhumorado, el de bigotes, al menos había sugerido un plan salomónico:

—Quizá no fuera mala idea separarnos en esta ocasión, que alguien, el que se encuentre en mejor estado y crea tener las agallas suficientes, camine hacia el garaje y nos informe de la situación. Incluso podría llevarse un móvil y tratar de comunicarse. La señal debería ser mejor allí.

—Quizá no es mala idea —concedió Brody ante el primer comentario útil de aquel hombre desde que el atentado comenzó—. Pero sigo pensando que lo mejor es mantenernos juntos.

—En eso estoy de acuerdo —dijo Henry Gibson, que había mirado con mala cara (incluso para tratarse de él, que tenía petrificado en el rostro un gesto de desprecio) al viejo de bigotes cuando lanzó su idea.

A Lillian le llamó la atención que, de repente, el malhumorado Henry se preocupara por la cohesión grupal.

Ella estaba sentada, igual que lo estuvo durante todo el tiempo que pasaron en la planta baja. Tommy se sentó al lado de ella y le preguntó por su salud.

—Estoy mejor —dijo Lillian. Y no le estaba mintiendo, realmente sentía que se había repuesto, al menos en parte. Quizá se tratara de un milagroso mecanismo de defensa, que sacaba energías vaya uno a saber de dónde cuando el peligro parecía más grande. Recordó que los deportistas suelen hablar de un «segundo aire», una nueva vitalidad que encuentran cuando han sobrevivido a ciertos minutos de zozobra física durante alguna prueba.

Esto, se dijo Lillian, tal vez sería algo semejante a un «segundo ánimo». Y es que a ella le daba la impresión, puramente intuitiva, de que era el espíritu lo que impulsaba al cuerpo.

Pensó en si su hijo o hija, de alguna manera misteriosa, podría comprender lo que sucedía y lo que los dos se estaban jugando. Quizá por eso ya no pateaba más, y a Lillian le ardía menos el vientre.

Se dijo que no, que esa reflexión no tenía ningún sentido y que había comenzado a delirar. El encierro y la tensión la arrastraban a la locura.

Y, sin embargo...

Miró a Tommy, al lado suyo. Lo miró como al hijo que ella todavía no había dado a luz. Se dijo que debía sobrevivir a ese ataque, escapar de las moribundas ruinas del correo, para ver crecer a su hijo hasta alcanzar la edad de Tommy. Y si resultaba ser una mujer, ojalá terminara siendo —aunque en su propio estilo americano— tan bella como Carla.

Pero sus ojos se clavaban en Tommy: lucía tan frágil, como si hubiese estado herido antes de haber sufrido sus heridas.

Lillian no lo soportó más, necesitaba sacarse de encima el peso de su

secreto, la información sobre el terrorista «infiltrado» que su marido le pasó por mensaje y que ella no había compartido con nadie más.

Sentía que con su silencio los estaba traicionando a todos. Y era otro pensamiento absurdo, teniendo en cuenta que no había nadie allí a quien conociese desde antes de hoy en la mañana.

Tommy veía hacia la nada, totalmente ajeno a la mirada de Lillian que caía sobre él. Los dos permanecían sentados, ajenos al rumor de la discusión de los otros —Brody insistiendo en ir al garaje y la mayor parte de los otros negándose, entre ellos un Henry Gibson que lo hacía con particular énfasis—. Lillian le puso al chico aquel la mano sobre el hombro, y Tommy giró para verla con un par de ojos entrecerrados.

—Tommy —dijo ella en voz muy baja. No había nadie lo suficientemente cerca para oír—. Tengo que decirte algo.

A ella le parecía por completo absurdo que Tommy fuese un terrorista, casi un argumento de ciencia ficción, así que le contó todo. Confiaba en él, acaso se conmovía por su fragilidad.

Sin embargo, a medida que escuchaba lo que Lillian tenía para decirle, Tommy abría los ojos de par en par.

—Deberíamos ir al garaje nosotros dos solos —terminó por decir él—. Nadie más debe saber de esto, y menos Kamal.

—¿Crees que se trata de él? ¿Solo porque es...?

—Sé que suena horrible —interrumpió Tommy—. Sé que yo debería saber mejor que nadie lo terrible que es experimentar las consecuencias del prejuicio ajeno, y créeme que lo sé. Pero, más allá de su nacionalidad o religión, es cierto que Kamal estuvo ausente durante las explosiones.

—No fue el único ausente.

—¿Quién más lo estuvo? ¿Un viejo inútil y quejoso como Henry Gibson? Sin duda, Kamal es el candidato más serio.

Lillian y Tommy lo miraron al mismo tiempo, como si antes hubiesen ensayado esa coreografía. Kamal no hablaba con nadie, se mantenía de pie, observando a Brody, a Carla y al viejo malhumorado de bigotes —al parecer, un inesperado aliado en esta disputa— discutiendo con Henry Gibson y un séquito que lo apoyaba.

—Está bien —dijo Lillian—. A fin de cuentas, no es necesario que nadie sepa nada. Diremos simplemente que vamos al garaje.

—Brody se opondrá a que vayamos solos.

—Ese será problema de Brody, nosotros iremos igual.

El escuadrón antibombas preparaba el lanzamiento de un segundo dron. Collins llevaba una venda en el rostro, ubicada en la parte derecha del labio. El ojo izquierdo ya había comenzado a hinchársele. Cuando Phillip llegó, lo miró con expresión de perro rabioso. Este intentó una disculpa.

—No quiero oírte ni respirar —dijo Collins señalándolo—. Tuviste suerte de agarrarme por sorpresa, y de que esos malditos periodistas lo tergiversen todo con tal de jugar a la demagogia. Pero no te librarás de esta sin más, una vez que este asunto termine, te aseguro que volverás a saber de mí.

Phillip asintió y se quedó en silencio. ¿Qué sentido hubiera tenido contestar?

El segundo dron acababa de despegar y Collins volvió a darle la espalda para contemplar el vuelo de ese espía robótico.

Él estaba harto de los drones y de la excesiva planificación, aunque comprendía mejor que nadie la cautela que merecían las operaciones de rescate. Resultaba fácil tomarte todo el tiempo del mundo cuando no eran tu mujer ni tu futuro hijo los que estaban atrapados allí.

Le envió otro mensaje a Lillian. La instaba a que fuera al garaje lo antes posible. Le decía también que de un modo a otro él estaría ayudándola y esperándola al otro lado del hormigón.

Capítulo 30

Justo cuando se estaba hartando del inmovilismo de la situación, y de sí misma —de su falta de decisión, de esa horrenda debilidad que la adhería al piso—, Lillian recibió el mensaje de su esposo.

—Vamos, Tommy —le dijo ella a su compañero de encierro.

Tommy ya se había puesto de pie. La sugerencia de ir al garaje parecía haberlo revitalizado. Quizá Tommy solo necesitaba que alguien le dijera: «esto es lo que vamos a hacer». El chico solo buscaba un plan que seguir, una imaginaria hoja de ruta que le diera sentido a la situación, aunque no por eso dejara de ser terrible.

Lo cierto era que Tommy también se veía como quien ha triunfado sobre sus propias debilidades y temores, o al menos estaba en vías de hacerlo.

Tomándola de la mano, la ayudó a levantarse.

Lillian experimentó cierto mareo, pero decidió ignorarlo.

«Ir al garaje», se repetía constantemente. Debía utilizar esa determinación como un martillo que aniquilara cualquier otro pensamiento. Ni temor ni angustia, ni dolor ni desaliento, y ni siquiera emociones positivas —entusiasmo, un acceso de coraje, etc.—. No, nada de eso, Lillian solo debía permitirle a su mente la idea de «ir al garaje».

A Phillip no le quedaba mucha batería en el móvil. Sin embargo, se tomó unos segundos para comprobar que las palabras de Perks no fueron exageradas: en verdad él se había convertido en una estrella de las redes

sociales. Quizá una de esas —sucede con la mayoría— que no permanecen más de una semana en el recuerdo, pero era una estrella al fin. Había recibido una cantidad inmanejable de solicitudes de amistad, y sus videos seguían compartiéndose y comentándose en proporciones insólitas.

Por supuesto que Phillip no se envanecía de su probablemente efímero estatus, ni visitaba ahora las redes sociales solo por diversión. Por el contrario, creía que cada «Me gusta», cada comentario positivo y cada persona que había elegido compartir las publicaciones sobre él aumentaban el grosor de su armadura mediática. La opinión pública solía ser manipulada, pero los poderosos no podían meterse con sus héroes así porque sí. Y ahora el único poder de un hombre común como Phillip era ese, el de su inesperado heroísmo.

Cuando apartó la vista del móvil, se encontró con la mirada y la sonrisa cómplice de Perks.

—¿Necesitan ir a alguna parte? ¿Te sientes mal, Lillian?

Quien acababa de preguntar aquello, dirigiéndose a ella y a Tommy, era nada más ni nada menos que Kamal.

Antes de que Lillian pudiese responder, Tommy dijo:

—Está descompuesta, la llevaré al baño.

Sonaba creíble, considerando el aspecto que ella debía de tener y el hecho de que apoyaba la mitad del cuerpo en el hombro de Tommy.

Cada vez más caminaba como el muñeco Michelin gigante con el que terminaba la película aquella de *Los cazafantamas*. Phillip había estado ingenioso en la comparación, Lillian tenía que aceptarlo.

Ojalá pudiera decírselo cara a cara, en un futuro muy próximo.

—¿Sabes si hay un baño cerca de aquí? —dijo Kamal.

Tommy balbuceó un poco.

—Creo haber visto uno cuando subimos —respondió Lillian—. Nos las arreglaremos.

—¿No quieren que los acompañe? —insistió Kamal—. Deberíamos quedarnos juntos, pero si te sientes mal... Tres serán mejor que dos.

—No te preocupes, Kamal —dijo Tommy, ahora con voz firme, aunque sin dejar de lado la amabilidad y la dulzura propias de su persona—. No te preocupes, nos la arreglaremos, todo saldrá bien.

Kamal levantó el pulgar, en un gesto de acuerdo, y se alejó de allí.

Lillian y Tommy siguieron caminando rumbo a la escalera.

—Veo que, definitivamente, no confías en él —le dijo ella al oído.

—A estas alturas no confío en nadie —respondió Tommy también en un susurro.

El segundo dron había conseguido entrar al edificio sin padecer ninguna falla. Phillip, sin chistar y tratando de pasar desapercibido —aunque ya fuera un poco tarde para eso—, observaba la pantalla junto a Collins, los demás miembros del escuadrón, algunos policías y su «cómplice» Perks.

Uno de los miembros del escuadrón, sentado en una silla desplegable, manipulaba el dron mediante la palanca del tablero. Era un chico muy joven, con la cara llena de acné.

—Señor —dijo dirigiéndose a Collins, que lo miraba tan de cerca que el

pobre chico debería sentir su respiración en la nunca—, aquí hay restos de lo que podría ser explosivo plástico.

Perks le lanzó una fugaz mirada a Phillip. Más que mirarlo, en realidad podía decirse que le sonreía con los ojos.

Él le devolvió la mirada y sonrió para adentro.

Lo que les devolvía la pantalla del dron era un panorama de la entrada de la oficina postal, el sector en donde la gente hacía fila para efectuar sus trámites. Allí había estallado el primer explosivo.

Collins no dijo nada, aunque sus maxilares hinchados delataban que el hombre estaba apretando las mandíbulas.

Capítulo 31

Por fortuna, el camino al garaje se encontraba bien señalado, con flechas en carteles amarillos colgados de las paredes. Con el siempre bienvenido auxilio de Tommy, Lillian apoyó el pie en el primer escalón. Una escalera que se desdoblaba en ese los separaba de su destino.

Sin embargo, apenas dio el primer paso, Lillian se enteró de que no le resultaría tan fácil: sentía que los huesos se le convertían en gelatina, que se le escurría el aire de los pulmones y —como si todo eso no fuera suficiente— que el mareo y las náuseas amenazaban con volver; eran fantasmas ominosos revoloteando sobre su futuro.

—Vamos —le decía Tommy consciente del mal estado de ella—. Tú puedes.

Lillian pensó en lo que llevaba en el vientre: «recordó» el porqué de ese peso. Lo que arrastraba no era un almohadón, ni un mero bulto, ni siquiera era un «lo», sino un «él» o «ella».

Al menos lo sería, en un futuro cercano, si su madre conseguía ser lo suficientemente fuerte y valiente.

Lillian se aferró a la baranda de la escalera y respiró hondo.

—Estoy bien, Tommy. Vamos.

Y siguió descendiendo los escalones. Aquella había resultado ser su manera de «elevarse» por sobre sí misma y por sobre su historia.

Phillip se acercó a Perks, que se encontraba a cierta distancia del grupo de agentes que contemplaban la transmisión del dron:

—Sugierele a Collins que ordene hacer escavar bajo la puerta del garaje. Podríamos crear un espacio suficiente para que los sobrevivientes consigan salir, arrastrándose cuerpo a tierra. Claro que si Collins sabe que es idea mía...

—Él tampoco es un miembro destacado de mi club de fans —contestó Perks sonriendo—. Sin embargo, tu idea es muy buena.

—Creo que Collins debe haber desplazado hacia mí el desprecio que experimentaba hacia ti antes. No creo que sus reservas de odio sean tan grandes como para abarcarnos a los dos.

—Está bien, trataré de sugerirle una excavación.

El dron había terminado de recorrer el primer piso.

—¿Intento guiarlo hasta el segundo? —preguntó el joven agente que movía la palanca para desplazar al aparato—. Correríamos el riesgo de chocar contra algo y perderlo.

—No —dijo Collins, que sostenía con las dos manos un mapa desplegado del edificio—. Trata de meterlo en el garaje.

—No será fácil.

—Hazlo.

En otro contexto, a Phillip le habría resultado graciosa la conducta de Perks en ese instante: trataba de acercarse a Collins de manera aparatosamente «casual». Seguro, se dijo, le comentaría la idea en voz baja, de modo que nadie más se enterase de que era de él; se la lanzaría a Collins como si no fuese la gran cosa, una mera sugerencia que a Perks se le ocurrió

de repente.

Eso era exactamente lo que Phillip habría hecho en su lugar, y por eso Perks le caía ahora incluso mejor que antes.

Y, no obstante, antes de que Perks alcanzara a ubicarse al lado de Collins, ocurrió una especie de milagro.

El líder del escuadrón antibombas se dio la vuelta, dándole la espalda a la pantalla del dron y enfrentándose a todos los que estaban allí, tanto a sus hombres como a los de la Policía. Y les dijo:

—Tengo mis propios planes respecto a lo que debemos hacer. Sin embargo, si alguno de ustedes tiene una proposición respecto al rumbo a seguir, es este el momento de manifestarla. No tendré inconveniente alguno en aprobar una idea mejor que las que yo estoy desarrollando. El tiempo apremia y lo importante no somos nosotros, sino las personas que sufren adentro de ese edificio.

Collins finalizó el tan breve como contundente discurso señalando con el dedo la hasta hacía poco impoluta Oficina Postal James A. Farley, en el centro de Manhattan. A Phillip, a Perks y probablemente a todos les sorprendieron esas palabras. Un enorme gesto de grandeza por parte de Collins, y que lo redimía de sus mezquindades anteriores. Las heridas de su rostro, incluso su ojo morado, resaltaban aún más el tono casi épico del cambio.

Quizá, se dijo Phillip, el asunto se podía considerar desde una visión más cínica y coherente con el comportamiento que el líder del escuadrón había mostrado hasta ahora. A Collins no se le ocurría un modo seguro de entrar — dado que ese tipo no quería arriesgar «nada»— y tuvo la gran astucia de lanzar ese discursito, en lugar de manifestar abiertamente su incompetencia.

Como fuera, la pregunta de Collins había caído del cielo. Perks no desaprovechó la oportunidad y propuso la idea de Phillip. Claro que la hizo pasar por suya.

—Podría funcionar —dijo Collins—. Le agradezco su valiosa colaboración, teniente Perks.

Lillian y Tommy iban por la mitad de la escalera, justo en el punto en que llegarían al descanso, en el que la «s» se curvaba.

Y aprovecharon, justamente, para descansar. Aunque, en realidad, la que necesitaba detenerse era Lillian. Apoyó las manos en la pared, trató de moderar el ritmo espasmódico de su respiración. Gotas de sudor le resbalaban de la frente. Poco a poco formaban en esa parte del piso una laguna en miniatura.

—¿No oyes eso? —advirtió Tommy.

Lillian le dijo que no oía nada —en realidad, un tambor imaginario le resonaba entre las sienes, pero prefirió no contarle eso—.

—Presta atención —dijo Tommy frenándose en seco y poniéndose el índice en mitad de los labios, pidiendo silencio. Lillian le hizo caso y aprovechó para descansar mientras intentaba oír ese sonido del que hablaba Tommy.

Por un momento creyó que el chico acaso se estaba volviendo loco, pero no, en verdad había un sonido flotando en el aire. Se asemejaba a un movimiento de hélices, como las de un helicóptero, aunque en menor escala. De todos modos, sonaba todavía algo lejano.

Pero cada vez se acercaba más.

—¿Qué demonios será eso? —se preguntó Tommy con expresión de inquietud.

Lillian lo meditó unos segundos y buceó en su afiebrado cerebro. Su memoria se movía entre el cúmulo de conocimientos básicos sobre táctica militar que había aprendido de su marido.

Hasta que se iluminó:

—Ya sé lo que es —le dijo a Tommy.

—Dime primero si es bueno o malo...

—Es bueno, o al menos no resultará malo para nosotros. Se trata de un dron. Deben haberlo mandado para revisar el lugar. Lo que me extraña es que no lo hubiésemos visto u oído antes.

El sonido de hélices se fue intensificando, hasta que los dos divisaron al pequeño aparato volador por el vano de la escalera, a menos de un metro de ellos.

Lillian, con las fuerzas renacidas por el impulso de la esperanza, se interpuso en el camino del aparato. Extendió los brazos y dijo con la voz más potente que logró sacar:

—Aquí estamos, el resto se quedó en el segundo piso.

Movía la boca de modo más aparatoso que lo normal, si la cámara del dron no registraba el audio, al menos podrían leer sus labios con facilidad. De todos modos, suponía que un dron de las fuerzas de seguridad debía contar con la mejor tecnología, y los efectivos conseguirían escucharla.

Cuando Phillip vio a Lillian en la pantalla, y después de un lapso de incredulidad, no estaba viendo a la mujer con quien en la mañana había

sostenido una breve conversación —apenas registrada por su cerebro de alcohólico—. Sintió que lo separaban de ella océanos de tiempo y de espacio, y no hubiese experimentado un impacto mayor si en la pantalla hubiese aparecido un tiranosaurio rex con perfecta salud.

—¡Lillian! —no pudo evitar exclamar. Y a Phillip tampoco le importó abandonar su posición marginal respecto al grupo de policías y agentes del escuadrón, y abrirse paso entre ellos como un cazador que corta la maleza al penetrar en la selva oscura. En instantes estuvo frente a las pantallas, a menos de medio metro de Collins, que lo miraba resignado —sus ojos decían «nunca podré librarme de este hombre»—.

Phillip jadeaba, y no por la carrera. Arrebatándoselo al joven que manejaba el aparato, se acercó a la boca el micrófono por el que podía proyectar su voz desde el parlante del dron hacia afuera:

—Lillian, mi amor, ¿cómo te sientes?

—Estoy bien —dijo ella con una extraña voz metálica, una distorsión causada por el micrófono incorporado en el dron. —Voy hacia el garaje, como me dijiste.

Su rostro estaba empapado en sudor y un chico la ayudaba a caminar.

A Phillip no le importaba nada de esto. Era su mujer, y estaba viva.

Y en esa barriga enorme que veía en pantalla estaba su hijo, latiendo, esperando tener la oportunidad de salir en unos pocos meses.

—¿Por qué no van todos hacia el garaje? —se atrevió a preguntar uno de los agentes del escuadrón antibombas.

Phillip se quedó callado y le dio a Collins la oportunidad de contestar primero: no quería socavar su autoridad todavía más.

Collins aprovechó el momento:

—Recuerde, agente, que es probable que al menos un terrorista esté allí con ellos, pretendiendo que es una víctima más. Hablando de eso... — Collins miró a Phillip con aspereza—. Usted pregúntele a su mujer si alguien más sabe que ella y ese muchacho se dirigen hacia el garaje.

Él le preguntó, mirando el rostro de su esposa en la pantalla como si ella pudiera verlo. Tan cerca y tan lejos... Aquello resultaba esperanzador, y a la vez desesperante.

—No les dijimos nada al resto —aclaró Lillian para tranquilidad de todos—. Además de mí, solo Tommy, quien ha estado ayudándome desde el primer minuto, sabe a dónde vamos realmente. A los demás les dijimos que nos dirigíamos al baño porque me encontraba descompuesta.

—Buena excusa —dijo Collins—. Simple y verosímil.

De repente la imagen tembló.

Les faltaban unos pocos escalones para terminar de descender y unos escombros se desprendieron del techo. No había sido la gran cosa, apenas unos pedazos menores, pero que llevaban escritos una amenaza de peores derrumbamientos.

—¿Estás bien, amor? —La voz metálica de Phillip aún se oía, aunque cada vez más leve y remota, a través de ese extraño bicho volador.

—Estoy bien —dijo Lillian.

Era la enésima vez que lo aseguraba, y la enésima en que mentía.

Sin embargo, debía llegar al garaje.

«Ocupa tu mente con eso», se dijo, y actúa tal como Phillip te contó una vez que hacía en «batalla»: «Deja a un lado tanto el pasado como el futuro y piensa en lo que estás haciendo ahora. Nada más existe».

Collins dio la orden de comenzar a excavar en el exterior del garaje. Un grupo integrado por tres de sus hombres y tres de los de Perks, equipados con palas y taladros que acababan de llegarles en un coche de la Policía, salió del perímetro y se dirigió rápidamente al lugar.

Desde su adolescencia que Phillip no se comía las uñas. Ahora acababa de retomar ese viejo hábito.

Y una vez más sintió una punzada que le ardía por dentro, un puñal de fuego atravesándole las vísceras: el llamado urgente del alcohol.

Trató de aislarlo en un rincón de su cerebro, colocarlo en una imaginaria caja de seguridad y así poner a esa irritante sensación en una especie de cuarentena psíquica. Igual que, durante la guerra de Irak, había intentado hacer con las intempestivas imágenes de los muertos, las balas zumbando en al aire denso y la sangre brotando de las cabezas.

Capítulo 32

Cuando Tommy y Lillian se acercaban a los escalones finales advirtieron que se interponía entre ellos y el resto del camino una montaña de escombros.

El que manejaba el dron también lo advirtió porque inmediatamente se quedó volando en círculos, sin avanzar.

—Siéntate aquí un momento —le dijo Tommy a Lillian, ayudándola a apoyarse sobre uno de esos últimos escalones—. Aprovecha para descansar, yo me encargaré de remover estos escombros.

Lillian hubiese deseado contar con Brody para esa tarea. Al principio, sin embargo, Tommy demostró más fuerza de la que cualquiera le habría atribuido —él también, se dijo Lillian, estaba siendo empujado por la situación hacia más allá de sus límites—. Los primeros pedazos de material Tommy los arrojó a un costado sin demasiadas complicaciones.

El proceso comenzó a dificultarse cuando llegó la hora de lidiar con los escombros de mayor tamaño, que se encontraban en la base. En ese momento la montaña le llegaba a Tommy a la altura del bajo vientre. Quizá él fuera capaz de trepar por allí, para Lillian, en cambio, resultaría imposible. Sin su barriga de embarazada la historia hubiese sido distinta, pero de poco le servía pensar en eso: las cosas, simplemente, eran lo que eran.

Tommy, ya visiblemente agotado, intentaba empujar un escombros gigantesco. Ni siquiera se planteó levantarlo, así que primero lo empujó de modo normal. Después apoyó los pies contra la base del último escalón y trató de apalancarse desde allí. Y si bien el chico estuvo más cerca de obtener algún resultado —el gigantesco bloque al menos se dio por enterado de sus

esfuerzos y se dignó a temblar durante unos segundos—, la fuerza ganada no fue suficiente.

Tommy se echó hacia atrás, jadeando. Miró a Lillian.

—No te preocupes —le dijo—. Lo intentaré de nuevo y lo lograré.

Esa seguridad... Tommy se veía y sonaba como otra persona, a pesar de mantener su contextura y sus rasgos sutiles, estos ya no proyectaban más la debilidad que Lillian había percibido antes.

Ella le devolvía la mirada al joven como si fuera una madre orgullosa por el crecimiento de su hijo.

—Yo te ayudaré, Tommy —le dijo contagiada por su coraje.

—No, Lillian. Es una locura, estás embarazada. Y perdona que te lo diga así, pero no te ves nada bien.

—¿Quién de nosotros luce bien? Déjame que te eche una mano, que no es hora de ser un caballero.

—Me está resultando difícil controlar el dron y enfocar la imagen, señor —dijo el agente que estaba a cargo precisamente de esa tarea—. Usted sabe que es como un helicóptero, no puedo solo suspenderlo en el aire. Y al no poder avanzar, no hago otra cosa que dar vueltas.

—Aterrizalo —dijo Collins apoyándole al chico una mano en el hombro, que valía por una señal de reconocimiento—. Al fin y al cabo, para ver la imagen girando y girando como un trompo, mejor no ver nada. Si consiguen desatascar el camino a la escalera, volveremos a despegar a ese bicharraco metálico.

Por pedido de Collins, Phillip se había alejado otra vez de la pantalla y

del grupo. Ya le quedaban pocas uñas que comerse, y a este ritmo pronto empezaría con la piel de los dedos. Ese chico no podría remover todos esos escombros. ¿Qué demonios iban a hacer?

Echó una mirada más allá del perímetro, a los hombres que trabajaban en la entrada al garaje. Taladraban y excavaban sin pausa mientras una horda de camarógrafos y periodistas, empuñando micrófonos, los vigilaban con atención.

Después Phillip giró la cabeza para obtener un panorama del perímetro mismo. Encontró una pala sobrante, apoyada sobre la parte trasera del camión de los bomberos.

Sin pensárselo más —aunque en principio a paso lento para no llamar la atención— se dirigió hacia allí.

Lillian tomó aire por enésima vez: aspiró, exhaló. Se tomó un segundo para intentar la misión imposible de relajarse, de cerrar y de abrir los ojos fingiendo que el tiempo se había detenido.

—Estoy lista —le dijo a Tommy—. Vamos a hacerlo.

Apoyaron las palmas de las manos contra el enorme escombros, que a esas alturas tomaba la forma de un monstruoso gigante de piedra.

Yo soy una mujer con fuerza y no quiero rendirme ahora, se dijo Lillian. Yo puedo vencer a este monstruo de piedra, es mi deber hacerlo.

—¿A la cuenta de tres? —preguntó Tommy—. Prométeme que pararás si notas que el esfuerzo es demasiado.

Lillian asintió. Tommy comenzó a contar:

—Uno... dos...

Lillian, al igual que Tommy, apoyaba los pies contra la base del último escalón, buscando ganar más impulso. Se le cruzó por la cabeza la idea de que, si se resbalaba, caería y golpearía la barriga contra el suelo. Alejó rápidamente ese pensamiento de su cabeza y las espantosas imágenes que traían consigo.

—¡Tres! —dijo Tommy.

Se pusieron a empujar. El ardor que Lillian sentía en el vientre se multiplicaba por mil, y el sudor ya no le brotaba a chorros, sino que su frente se había directamente convertido en una cascada. Miraba hacia el suelo mientras empujaba junto con Tommy, y veía las gotas cayendo allí, provocando un leve sonido.

Y sentía que el pedazo de escombros comenzaba a ceder:

—Un poco más... —imploró Tommy con un hilo de voz.

Lillian ya estaba más allá del dolor, el ardor se había convertido en «parte de ella», lo asimiló como si él también fuera su hijo.

Los hijos, al fin y al cabo, se parían con dolor.

Por fin Lillian y Tommy consiguieron derrotar al monstruo de piedra y expulsarlo de la montaña. O expresado en términos realistas, lograron derribar al mayor de los escombros, que cayó hacia el otro lado. Un ruido inequívoco no dejó dudas: fue a dar contra el piso y se rompió en pedazos mucho más pequeños.

Tommy, de un modo que Lillian no pudo explicarse, tuvo aún fuerzas para evitar que ella misma, a imitación del escombros que acababan de derrotar, se derrumbara sobre el suelo.

—Saldremos de esta —dijo Tommy.

—Lo sé —contestó ella sonriendo entre las respiraciones entrecortadas.

Quizá se parecieran más al Quijote y a Sancho Panza que a un príncipe y a una princesa de cuento, pero habían logrado su cometido.

Tommy se encargó de remover el resto de los escombros, que ni por asomo pesaban tanto como el anterior. No fue tampoco necesario sacarlos todos, solo los suficientes para que pudiesen pasar por allí.

Siguieron camino, ya distinguían la puerta del garaje.

Oyeron la hélice del dron que despegaba detrás de ellos.

Capítulo 33

Los policías y miembros del escuadrón observaban la escena como un grupo de fanáticos ante una pelea de boxeo. Debido a la posición «aterrizada» del dron, no habían sido capaces de seguir al detalle la batalla de Lillian y Tommy contra el gigante de piedra. Sin embargo, sí comprobaron —una vez que el dron volvió a remontar vuelo y a seguir a los protagonistas— quienes eran los ganadores de la contienda.

No se lo podían creer, un chico de aspecto muy frágil —y para colmo herido— junto con una mujer embarazada estaban siendo los héroes del día.

—¿Quién no ha oído aquello de personas que son capaces de levantar un coche con una mano si su hijo se encuentra debajo de él? —comentó Collins, impregnando a sus palabras un fallido aire de sabiduría—. Ahora me lo creo más que nunca, la gente es capaz de cualquier cosa en momentos de desesperación.

—Raro que Lillian y Tommy tarden tanto —le dijo Kamal a Brody—. Espero que se encuentren bien, me preocupan bastante.

—Supuestamente iban al baño, aunque no sé cómo podrían adivinar que hay un baño por aquí.

—¿Qué insinúas?

Brody se llevó la mano a la barbilla. Cerca de él, Carla observaba la conversación.

—Temo que hayan ido por su cuenta al garaje —dijo al fin Brody—.

Creo que es un error, deberíamos tener paciencia y esperar a que nos ayuden. Nosotros no somos profesionales, las fuerzas de seguridad sí lo son.

Kamal mostró una expresión de notorio disgusto.

—Creo que será mejor que vaya por ellos —dijo—. Hayan ido realmente al baño o al garaje, es peligroso que una mujer embarazada se encuentre allí. Quizá ella se descompuso y Tommy está tratando de ayudarla mientras nos llama a los gritos.

—Gritos que nosotros no podríamos escuchar desde aquí —dijo Carla.

—Tienes razón, Kamal. —Brody miró hacia el techo y lanzó un suspiro—. Será mejor que vayas a buscarlos. Cuando los encuentres, regresen aquí juntos.

Kamal, con una sonrisa en los labios, se dirigió hacia las escaleras.

Phillip se hizo un espacio entre los agentes que excavaban y taladraban, y hundió en la tierra la pala que acababa de conseguir.

Uno de los agentes intentó reprenderlo:

—¿Qué hace, señor? Entiendo su situación, pero usted no debería estar aquí...

—Cállate, niño —dijo Phillip sin dejar de dar paladas y arrojar tierra detrás de él. Estaba profundizando sobre un pozo ya hecho—. Si hay por aquí algún otro explosivo a punto de detonar, ninguno de nosotros estará nunca más aquí ni en ninguna otra parte. Agradece contar con otro par de manos que te ayuden.

El chico miró a Phillip con una ambigua expresión, que no dejaba de denotar cierto disgusto, pero a la vez parecía aceptar lo inapelable de sus

argumentos. Nada más lógico, pensó él: por más policía o miembro del escuadrón antibombas que fuera, a nadie le agradaba la idea de morir atrapado en una explosión.

—Pásame tu número de móvil —le dijo Brody a Carla. Ella se había sentado, con la espalda contra la pared, y él acababa de acercarse con su propio móvil en la mano.

Carla lo miró, sonriendo.

—¿Te parece el momento adecuado para hacer esto?

—¿Por qué no? Uno comienza a pensar que cada momento puede ser el último.

Carla convirtió su sonrisa en una risa audible, que acaso por su discordancia con el contexto llamó la atención de algunos de los encerrados que se hallaban cerca de ellos dos.

—Esa parece una frase de galleta de la fortuna.

—¿Me vas a dar tu número o no? Aunque admito que me costará pensar en una primera cita lo suficientemente intensa. Aunque te invitara a escalar una montaña o a practicar *puenting* no se me ocurre cómo podríamos segregar una mayor cantidad de adrenalina que hoy.

Carla estiró el brazo y le arrebató el móvil a Brody. Él la miró satisfecho mientras ella le agregaba su número.

—A mí sí que se me ocurre cómo superar el vértigo de hoy —dijo ella y le devolvió el teléfono.

Antes de llegar al garaje, en una sala sin demasiada decoración y que a simple vista solo servía de paso, Tommy y Lillian se encontraron con una desagradable sorpresa.

En la sala había dos columnas, y en una de ellas sobresalía un extraño dispositivo metálico.

Lillian dio un par de pasos al frente para examinarlo mejor.

Se trataba de un aparato circular, semejante a un reloj, aunque de mayor tamaño y con un enredo de cables a la vista. Estaba pegado con una especie de pasta. En una pequeña pantalla, también circular, podían verse unos números rojos. Un cronómetro que iba retrocediendo desde el minuto 4:36.

Definitivamente, no se trataba de un reloj.

—Una bomba —dijo Lillian.

—Eso parece.

La voz que resonó a sus espaldas no había sido la de Tommy. Cuando Lillian volteó se dio cuenta de que se trataba de Kamal.

—Entonces sí eras tú... —dijo Tommy aterrado.

Capítulo 34

Phillip sudaba como si excavase en pleno desierto. Y a decir verdad, aquella situación le hubiese resultado más verosímil que hallarse aplicado a esa tarea en pleno centro de Manhattan, con un batallón de periodistas registrando y comentando cada uno de sus movimientos como si de un mórbido *reality show* se tratara.

Por fortuna, le faltaba poco para crear un espacio bajo la puerta del garaje lo suficientemente grande como para que un cuerpo acostado lograra deslizarse por allí. Claro que aquella hazaña le hubiese resultado inalcanzable sin la colaboración del agente que antes lo había reprendido y ahora trabajaba en sincronía con él, y mucho menos sin quienes les abrían el camino con los taladros y las máquinas excavadoras.

«Resiste, Lillian —pensó Phillip—, pronto te sacaré de aquí».

—Tú nos traicionaste —seguía diciéndolo Tommy a Kamal. Y Kamal los miraba a él y a Lillian con semblante desorientado.

—No te hagas el desentendido —seguía diciendo Tommy al borde de las lágrimas.

—No creo que Kamal tenga que ver con esto, Tommy —dijo Lillian en un tono de absoluta tranquilidad.

Tommy la miró, aún más sorprendido que antes.

Se oyó un disparo y el dron cayó fulminado al piso. Y después se oyó una VOZ.

—La señora tiene razón, chico.

La voz era de Henry Gibson. Se encontraba detrás de Kamal, que pronto se dio vuelta para verlo. Ahora Henry los tenía a los tres de frente, y les apuntaba con su pistola.

—Parece que deberé encargarme de un sodomita y un extranjero de una manera directa. Será más... artesanal —siguió diciendo Henry, sonriendo con malicia—. No puedo decir que me disguste. Aunque no me agrada presenciar la muerte de una mujer embarazada de un excombatiente. Es una pena, Lillian.

—Usted está loco. Y empecé a sospechar seriamente de sus intenciones cuando se negó con tanta vehemencia a ir hacia el garaje. No quería que descubriéramos su horrendo juguete.

—Si usted decidió casarse con un militar es porque, además de dignidad, sin duda posee una cuota apreciable de inteligencia. Es cierto, debí modificar un poco mi posición de pura crítica y abogar por una de las alternativas que se barajaban, porque no quería que descubriesen la principal de nuestras bombas. Somos gente de pocos recursos, pero con pasión. Esta bomba de tiempo no será como las que utilizan los militares, pero es bastante confiable, y mucho más destructiva que los explosivos plásticos que usamos en las otras zonas del correo.

—Fue muy astuto al poner a varias personas en mi contra —dijo Kamal.

—Además —agregó Lillian—, el señor Gibson se escondió a la vista de todos. Su actitud tan abiertamente hostil lo descartaba como candidato. Uno pensaría, en un principio, que un terrorista escondido entre nosotros trataría de mostrarse lo más amable posible y mantener un bajo perfil.

—Exacto —dijo Henry—. La aplaudiría si no tuviese las manos ocupadas

con mi Sturm Ruger 9 mm. Un arma americana, por supuesto.

—¿Por qué hace esto? —le preguntó Tommy.

—Para salvar a las futuras generaciones he debido aliarme con algunas personas que, debo confesarlo, no me agradan del todo. —Henry dio un paso al frente—. Lástima que tú, chico, ya no tienes posibilidad de salvación.

Capítulo 35

Phillip trataba de llamar a Lillian una vez más, pero no había caso: la línea estaba muerta. ¿Se habría quedado sin batería?

Un agente llegó desde el perímetro y les informó a sus colegas que el dron se había quedado sin señal. Por el último movimiento que hizo, y el ruido que ellos oyeron, daba la sensación de que lo habían abatido, quizá con un arma de fuego.

Phillip sintió que enloquecía.

Collins se acercaba al lugar, mirándolo, respirando furia como un toro viejo, seguro iba a echar a Phillip de allí.

Él no tenía intención de esperar a que eso sucediese y entonces se lanzó cuerpo a tierra al pozo que hicieron bajo el garaje. Ya había pasado medio cuerpo del otro lado, aunque no sin esfuerzo debido a lo angosto del espacio, y se ahogaban lejos de él los gritos de advertencia de los agentes y del propio Collins.

Ya lo había decidido: esta vez no respetaría ninguna jerarquía ni esperaba órdenes de nadie. Se trataba de salvar a su mujer.

Alguien —un agente o quizá el propio Collins— intentó tomarlo de la pierna desde el otro lado, para así impedir que pasara. Phillip lanzó una patada hacia atrás y se libró de la molestia.

«Al dron lo han abatido, quizá con un arma de fuego». Esas palabras martilleaban en su cabeza. Se dio cuenta de que él estaba desarmado.

Ya era tarde para volver atrás, y tampoco deseaba hacerlo.

En el garaje no había nadie. De todos modos, Phillip avanzó con cierta cautela.

Al otro lado de la puerta del garaje, no la que daba afuera, sino la que conducía a alguna otra sala del correo, Phillip oyó un sonido agudo y espasmódico. ¿Un maullido? Se acercó más.

No, se trataba de un llanto. Un sollozo de mujer.

Entreabrió la puerta con el mayor silencio posible. Observó a un hombre viejo que estaba atando contra una columna a Lillian, a un joven y al chico que ya había visto por la cámara del dron.

Mientras Henry Gibson ajustaba las sogas que rodeaban sus muñecas y enlazaban sus hombros a la columna, Lillian recordó aquel dicho: «tanto nadar para morir en la orilla».

Cada uno a un lado de ella, y en idéntica situación, Kamal y Tommy debían de padecer pensamientos iguales o peores. A Kamal le sangraba la frente: Henry le había pegado un culatazo antes de atarlo, tal vez porque lo consideraba el único capaz de rebelarse, o acaso por puro odio.

La sonrisa de Henry mudó a una expresión de dolor y sorpresa, y el viejo se cayó hacia adelante.

Lillian comprendió lo que había sucedido cuando la caída de Henry descubrió la figura de Phillip, que acababa de reducirlo con un golpe en la nuca.

—Gracias a Dios —dijo ella con el aire que le quedaba—. Phillip...

—La bomba... —dijo Tommy.

Phillip miró hacia la otra columna, ya se había percatado de esa bomba y

del temporizador que, implacable, seguía su vertiginoso conteo. En esos momentos faltaban menos de dos minutos para que llegara a cero. Henry Gibson seguro planeaba regresar al segundo piso apenas terminara de atar a Lillian y a los otros. Los dejaría morir en la explosión.

Phillip no tenía tiempo de mirar a Henry con odio, ni siquiera de terminar de desatar a su esposa. Fue hacia la bomba.

Era un caos de cables, un trabajo *amateur*, pero no por eso menos mortífero.

A Phillip le temblaban las manos mientras se debatía, como en las viejas películas de espionaje, respecto a qué cable cortar. Por no mencionar que carecía de herramientas y debía hacerlo con sus propias manos, corriendo el riesgo de electrocutarse.

Una parte de sí mismo, la más débil y miserable, le imploraba por un trago de alcohol. Le recordaba qué tan tranquilo se encontraba anoche, por ejemplo, tomando *whisky* echado en su sillón, con la indiferente televisión transmitiendo algún partido de béisbol.

Se apartó de aquellos pensamientos y se centró en la bomba.

Entre el álbum horroroso que componían sus imágenes, sus petrificados recuerdos de la guerra, buscó las de ese tipo de bombas: él había visto algunas semejantes colocadas por pseudoejércitos iraquíes.

El cronómetro marcaba 45 segundos, y ese lapso los separaba de una muerte segura. Phillip echó una mirada rápida a Lillian y a la barriga que cobijaba a su hijo. Pensó que se lo jugaría todo en esa decisión.

Y dejó que sus manos actuaran por él, que recuperaran la memoria.

Treinta segundos.

«Recuerda, recuerda...»

Quince segundos.

Phillip recordó. Y tiró de un cable.

El cronómetro titiló sus letras rojas, y después regresó a cero y se apagó.

Y la bomba se detuvo.

Epílogo

Las cámaras de todo el país registraron el momento en el que Phillip Gregory, desesperado, ingresaba al correo de un modo poco ortodoxo. Y también su salida triunfal, junto con su mujer embarazada.

Las imágenes se repitieron por todo el mundo. Phillip no solo obtuvo su pensión por un monto triplicado, sino una medalla al mérito. Fue nombrado héroe de la ciudad de Nueva York.

La vida de Phillip volvía a tener sentido: pudo dejar atrás el infierno de la guerra —al menos lo suficiente como para vivir en el presente— y abandonó la bebida.

Kamal fue invitado a varios programas de televisión, en los que habló de su gente y su cultura y de cómo el terrorismo había creado prejuicios sobre ellos.

Tommy también apareció en la TV, y hasta se volvió una suerte de ídolo para muchos. Encarnó un ejemplo de superación para cientos de adolescentes que temían asumir y compartir su orientación sexual. Incluso consiguió hablar con sus padres. Surgió así la esperanza de recomponer, poco a poco, su relación con ellos.

Henry Gibson fue condenado a prisión por sus crímenes y se logró desbaratar a la banda a la que pertenecía. Se trataba de un grupo de norteamericanos descontentos con la actual gestión demócrata, a la que calificaban de liberal y antipatriótica. La mayoría, al igual que Henry, había perdido su empleo recientemente. Con ayuda de algunos extremistas de izquierda —los extremos siempre se unen—, y otros antisistema, idearon el

ataque.

Brody y Carla irán hoy a cenar al apartamento de Phillip y Lillian, en un encuentro de parejas. Carla dijo estar ansiosa por conocer a June, la recién nacida hija de sus anfitriones.

La isla de Manhattan, igual que la completa ciudad de Nueva York, sigue allí a pesar de las heridas recientes. El tráfico se torna insoportable a ciertas horas, y a veces la gente descarga su mal humor con los otros. Nada ha cambiado.

Salvo que el atentado a la Oficina Postal James A. Farley les recordó a todos que, a pesar de una apariencia a menudo ríspida, indiferente y hasta hostil, el alma de la ciudad es una cosa muy diferente. Nueva York es como esos amigos poco demostrativos en el trato diario y quizá no muy atentos a los detalles de cortesía, pero que siempre aparecen cuando uno los necesita de verdad.

Nueva York no se acaba nunca, y siempre vuelve a empezar.

Y Phillip y Lillian, cuando observan la inocente mirada de June, lo saben más que nunca.

Notas del autor

Espero que hayas disfrutado leyendo este libro tanto como yo disfruté escribiéndolo. Estaría muy agradecido si puedes publicar una breve opinión en Amazon. Tu apoyo realmente hará la diferencia.

Conéctate con Raúl Garbantes

Si tuvieras alguna sugerencia, comentario o pregunta y deseas ponerte en contacto conmigo por favor encuéntrame en:

[Facebook](#)

[Twitter](#)

[Instagram](#)

Mis mejores deseos,

Raúl Garbantes

[Autor](#)

Otras obras del autor

[Goya: Tres casos de suspenso e intriga](#)

[La Caída de una Diva \(Serie de los detectives Goya y Castillo nº 1\)](#)

[Fuego Cruzado \(Serie de los detectives Goya y Castillo nº 2\)](#)

[Noche Criminal](#)

[Suicidas del Aspa](#)

[Conspiración Marcial \(Nathan Jericho investigador privado nº 1\)](#)

[Cacería Implacable \(Nathan Jericho investigador privado nº 2\)](#)

[Legado Corrupto \(Nathan Jericho investigador privado nº 3\)](#)

[La Última Bala](#)

[El Silencio de Lucía](#)

[El Palacio de la Inocencia](#)

[Resplandor en el Bosque](#)

[Pesadilla en el Hospital General](#)

[Mirada Obsesiva](#)

[El Asesino del Lago: El caso de Blue Lake \(parte 1\)](#)

[El Misterio del Lago: El caso de Blue Lake \(parte 2\)](#)

[Los Secretos de Blue Lake: dos novelas de asesinos seriales, misterio y suspense](#)

[Investigador Privado Nathan Jericho: Tres libros de suspenso, intriga y](#)

conspiraciones

Colección Completa de Misterio y Suspense (8 novelas)

Colección Dorada de Misterio y Suspense (10 novelas)

Sombra Infernal

Detonación Inminente

El Ausente

Goya: Tres casos de suspenso e intriga



El inspector Guillermo Goya usa todas sus habilidades para resolver tres casos en la famosa ciudad de Sancaré. Esta novela de Raúl Garbantes es una precuela a su obra “La Caída de una Diva”. En “Goya” descubrirás el pasado de este enigmático personaje y vivirás con él intensos momentos de suspenso e intriga.

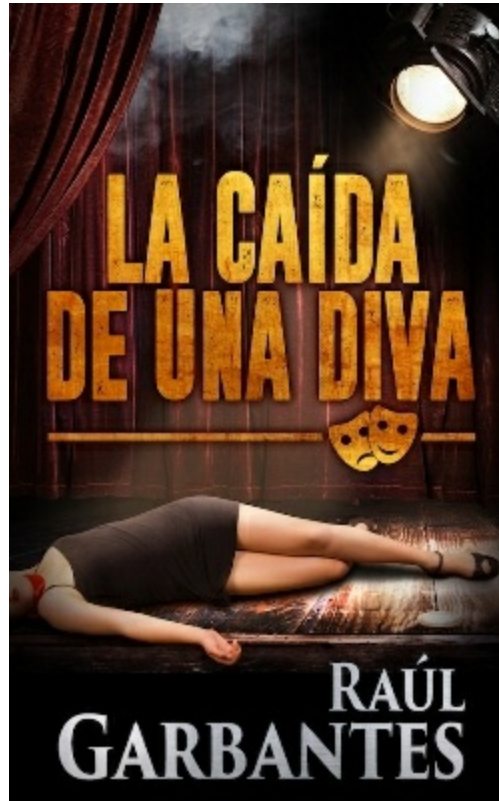
Disponible in Amazon:

[Internacional](#)

[España](#)

México

La Caída de una Diva (Serie de los detectives Goya y Castillo nº 1)



Cuando se descubre el cuerpo sin vida de la diva Paula Rosales, en su camerino del Teatro Imperial, Aneth Castillo es designada para la investigación de su muerte. Ella es una inspectora novata recién llegada a la capital, que ha cambiado de aires esperando darle sentido a su vida. Pero para resolver el caso, necesita la ayuda del inspector Guillermo Goya, un veterano atormentado por su pasado que ha sustituido su familia y la profesión por la adicción a las drogas y el alcohol. Paula Rosales parecía llevar la vida perfecta: una carrera exitosa y un hombre que la adoraba. Sin embargo, la investigación llevará a Goya y Castillo por un mundo de apariencias y engaños que cuestiona la posibilidad real de una conexión significativa con

otras personas.

Disponible en Amazon:

[Internacional](#)

[España](#)

[México](#)

Fuego Cruzado (Serie de los detectives Goya y Castillo nº 2)



Este es el segundo libro de la serie Goya y Castillo, donde nos asomamos a un mundo desconocido dentro de Sancaré.

Guillermo Goya se ha apartado durante un tiempo de su trabajo. En su ausencia, Aneth Castillo tendrá la ayuda de un nuevo compañero, Matías Vélez, que investigará con ella el caso de un secuestro, y hacia quien no puede evitar sentir una gran atracción. En mitad de su investigación, el barrio de La Favorita sufre un incendio con numerosas víctimas, el cual esconde más secretos de los que la policía imagina. Decidida a averiguar la verdad, Castillo arriesgará su vida adentrándose en el corazón de la tragedia.

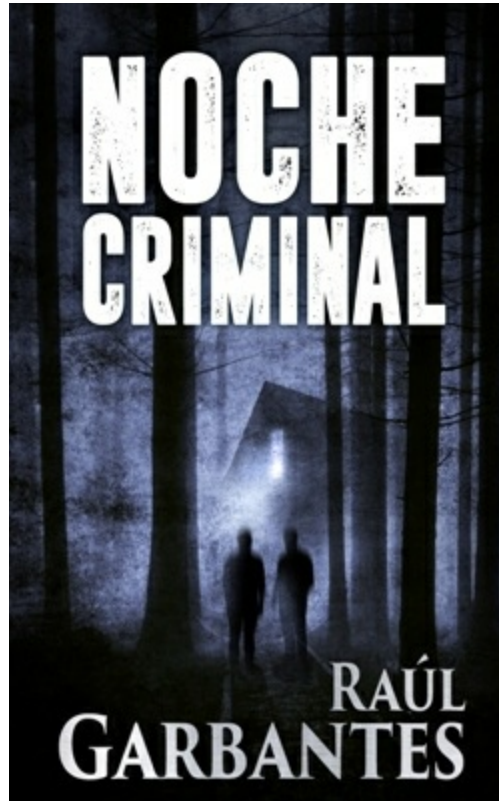
Disponible en Amazon:

[Internacional](#)

[España](#)

[México](#)

Noche Criminal



Lana, Raúl, Julissa, Daniel, Tiago y Tomás, son seis jóvenes que van a pasar el fin de semana en la casa de campo de la familia de Lana y Raúl con la finalidad de festejar la graduación universitaria de este último.

A lo largo de la historia se presentarán una serie de conflictos entre los personajes que originará un ambiente tenso desde el principio hasta el final, principalmente entre Tomás y Tiago. Por la noche del segundo día en la cabaña, los jóvenes celebrarán una fiesta en donde abundarán las bebidas alcohólicas, la cual acabará saliéndose de control desembocando en un extraño asesinato.

Disponible en Amazon:

[Internacional](#)

[España](#)

[México](#)

Suicidas del Aspa



Un hombre, sin motivo aparente, decide arrojar por un precipicio mientras conduce. Las evidencias indican que solo se trata de un suicidio, aunque la ciudad sueca de Gotemburgo queda conmocionada por el suceso. Sin embargo, este es el tercer suicidio ocurrido en menos de dos meses. Cada uno de estos suicidios responden a las mismas características: hombres de mediana edad y poderosos miembros de la élite de la ciudad que decidieron acabar con su vida a las 10:00 a. m. La superstición domina la percepción popular, mientras que los periodistas acusan la ineptitud de la policía. Entretanto, el intrépido y no siempre prudente sargento Josef Lund es el único dispuesto a asegurar que existe claramente un patrón que relaciona esos

suicidios y que tales sucesos son el resultado de un posible crimen por parte de una organización secreta. Lund deberá enfrentar el escepticismo de su jefe el inspector Viktor Ström, así como las suspicacias de sus compañeros para resolver el misterio de los suicidas de Gotemburgo antes de que ocurra un nuevo crimen. En un caso sin evidencias y con enemigos peligrosos que obran desde el anonimato, el instinto será su mejor arma para intentar encontrar las respuestas y salvar su pellejo.

Disponible en Amazon:

[Internacional](#)

[España](#)

[México](#)

Conspiración Marcial (Nathan Jericho investigador privado nº 1)



Illinois, 1968. Nathan Jericho es un investigador privado “chapado a la antigua” quien compensa su mal carácter gracias a sus destacadas dotes físicas y mentales siendo uno de los mejores en su oficio. Su vida toma un giro radical cuando recibe la llamada de un cliente que se hace llamar Idaho y lo contrata para resolver un misterioso caso en torno a un proyecto secreto que revela la existencia de una gran conspiración que se extiende desde la Segunda Guerra Mundial hasta su presente. Huérfano y atormentado por los recuerdos de su pasado, Jericho descubre que este caso representa una oportunidad para responder las preguntas que ha intentado resolver durante toda su vida: ¿De dónde viene? ¿Por qué fue abandonado en un orfanato?

¿Qué significa el tatuaje “Jericho” marcando su piel desde que era un niño y por el cual tomó su nombre? Pero conforme se adentra en la investigación Jericho comprometerá su seguridad a niveles altamente peligrosos ya que atenta contra los intereses de personas poderosas que harán cualquier cosa para que nadie descubra los secretos detrás del Proyecto Jericho. Nada es seguro. Nadie es lo que aparenta ser. ¿Podrá Jericho resolver el caso sin morir en el intento?

Disponible en Amazon:

[Internacional](#)

[España](#)

[México](#)

Cacería Implacable (Nathan Jericho investigador privado nº 2)



Tras sobrevivir a una explosión que le costó la vida a su empleador y contacto, Nathan Jericho se ve obligado a continuar por su cuenta la investigación en torno al Proyecto Jericho, una conspiración secreta durante la Segunda Guerra Mundial cuyo objetivo era crear armas humanas usando niños como sujetos de prueba. Jericho ha descubierto que fue uno de esos niños y aunque no recuerde nada necesita continuar con la investigación para responder las preguntas sobre su identidad que han atormentado por siempre su existencia. Su búsqueda se complica ya que además de los mercenarios contratados por los jefes del Proyecto también es prófugo de la ley, con una orden de captura por unos crímenes que no cometió ya que sus enemigos

orquestaron varios asesinatos de tal manera que Jericho fuera el único implicado. Jericho debe valerse de todas sus habilidades e ingenio de sus años como detective privado para resolver el caso más importante de su vida: uno capaz de conmocionar al mundo si llegara a descubrirse, pero que esconde la respuesta fundamental sobre su pasado. Aparentemente solo y sin aliados, Jericho debe combatir la crueldad de unos enemigos sin rostro capaces de cualquier cosa para interrumpir su trabajo.

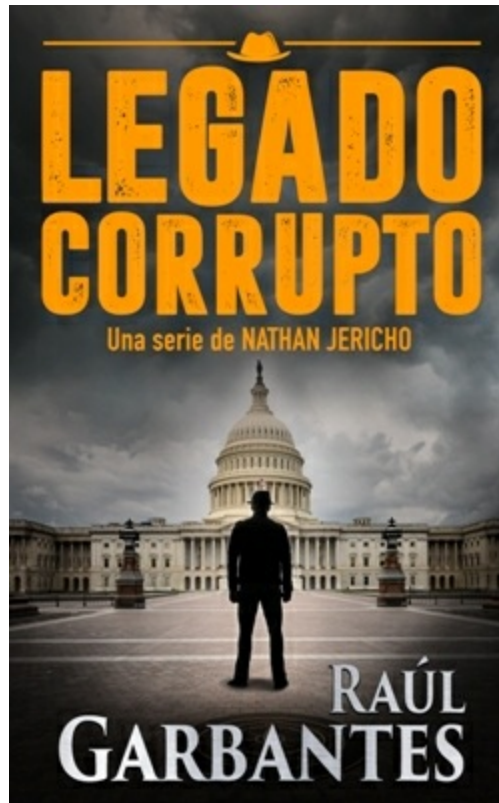
Disponible en Amazon:

[Internacional](#)

[España](#)

[México](#)

Legado Corrupto (Nathan Jericho investigador privado nº 3)



Richard Nixon ha sido el nuevo presidente de Estados Unidos y las conspiraciones están a la orden del día durante los llamados tiempos de paz. El exdetective Jericho, aliado ahora con Damascus y Anezka, colaborará con un grupo de personajes poderosos que se hacen llamar a sí mismo Los Conspiradores. Este grupo busca terminar con el mandato del presidente Nixon e impedir el resurgimiento del Proyecto Jericho bajo el nombre Enoch por medio de diversas actividades clandestinas que van desde espionaje hasta asesinatos, así como la fabricación del escándalo Watergate, todo ello como parte de la llamada Operación Diluvio. Mientras realizan estas misiones, Jericho intenta sanar las heridas de su pasado mientras establece vínculos

emocionales con Anezka, a partir de una relación tóxica, pero también consigue fortalecer la alianza con su antiguo rival. Damascus y Jericho comprenden que son hermanos por encima del polvo y la podredumbre dejada por un legado corrupto que nunca quisieron poseer. Solo uniendo fuerzas podrán vencer a sus enemigos y conseguir la justicia que tanto han buscado. ¿Podrán lograrlo sin cruzar el límite que separa lo correcto de lo monstruoso? Hay mucho en juego y cualquier paso en falso comprometerá la historia del mundo moderno.

Disponible en Amazon:

[Internacional](#)

[España](#)

[México](#)

La Última Bala



El detective Olivert Crane siempre ha sido de los mejores en su trabajo, en las peligrosas calles de la ciudad de Seattle siempre ha sabido valerse por sí mismo mientras sigue buscando respuestas sobre la muerte de su padre. Con la repentina aparición de diferentes casos enlazados por un peligroso criminal y con una larga lista de sospechosos él tendrá que averiguar en quién puede confiar de verdad.

Disponible en Amazon:

[Internacional](#)

[España](#)

[México](#)

El Silencio de Lucía



Después de pasados varios años, Lucía vuelve a la isla que la vio nacer y crecer. Su regreso transcurre entre recuerdos, reflexiones, un corazón roto y muchas preguntas. Lo único que se hace evidente, es la incertidumbre que envuelve cada cosa que piensa. Durante toda su vida, ha tenido que aprender a vivir con una sensibilidad extraordinaria que, de cierta manera, la ha unido de manera especial a sus prójimos, pero a la vez, la separa de todos. De casi todos. Ahora, un fracaso amoroso la obliga a replantearse su vida entera, debatiéndose entre la esperanza y el desengaño: tras una fuerte discusión, dejó el apartamento que compartía con el amor de su vida, Darío, frustrada por el aparente enfriamiento de su relación. Sin embargo, poco se imagina lo

que le depara el destino en este regreso a la isla, que la enfrentará con viejos demonios y probará su misma humanidad.

Disponible en Amazon:

[Internacional](#)

[España](#)

[México](#)

El Palacio de la Inocencia



La inocencia es una virtud frágil para quienes están obligados a crecer demasiado pronto. Pero hay juegos que no pueden abandonarse y deben ser jugados hasta el final. En medio de una noche llena de pesadillas, Diana, una maestra de educación infantil, se ve obligada a atender una llamada con un anuncio que cambiará su presente por completo: su hermana, Bárbara, y su pequeño sobrino, Leo, han sido brutalmente asesinados, mientras que Mina, su sobrina de cinco años, fue secuestrada sin dejar rastro. La tragedia y la incertidumbre serán una constante a partir de ese momento en la vida de Diana, quien intentará localizar a su sobrina con la ayuda de Justo, el jefe del departamento de homicidios. La policía encuentra pocas pistas sobre quién

podría ser el culpable y la misteriosa vida que llevaba su hermana aporta pocas respuestas para resolver el caso. Pero un día, Diana recibe mensajes cifrados con acertijos por parte de un hombre que se hace llamar el “guardián de los juegos”. ¿Quién será este mensajero anónimo y por qué está relacionado con su familia? En una carrera desesperada contra el tiempo, Diana debe descifrar los enigmas de este psicópata para poder rescatar a Mina. Acompáñala a resolverlos.

Disponible en Amazon:

[Internacional](#)

[España](#)

[México](#)

Resplandor en el Bosque



La pequeña Sarah va en el auto junto a su padre de regreso a casa. Pasan por el bosque en el que su madre desapareció hace cinco años y la niña se siente atemorizada. Después de cruzarse en el camino con un venado, se accidentan en el auto y, en el trájín, la pequeña cae por el abismo que da al bosque. Cuando abre los ojos se da cuenta de que se encuentra metida en una de sus peores pesadillas, está perdida en el mismo bosque en el que perdió a su madre.

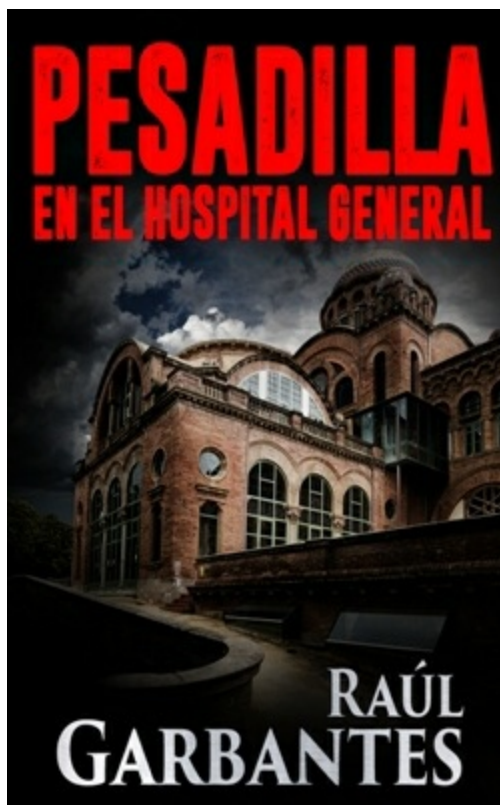
Disponible en Amazon:

[Internacional](#)

[España](#)

[México](#)

Pesadilla en el Hospital General



Tres personas se enfrentan al crimen organizado de la capital. La aparición de un paciente sin identificación en la sala de emergencias del Hospital General, desencadenará una serie de eventos misteriosos e intimidantes que obligarán a Julián Torres, Alejandra Villalobos y Willy Baralt, a desentrañar los hilos y urdimbres que unen la red de ilegalidad de la ciudad. El lector que recorra estas páginas se conmoverá con las historias de los personajes, la trama escalofriante en la que se ven envueltos y no despegará los ojos hasta el final, para saber si serán capaces o no de enfrentarse a los corruptos y criminales de la capital.

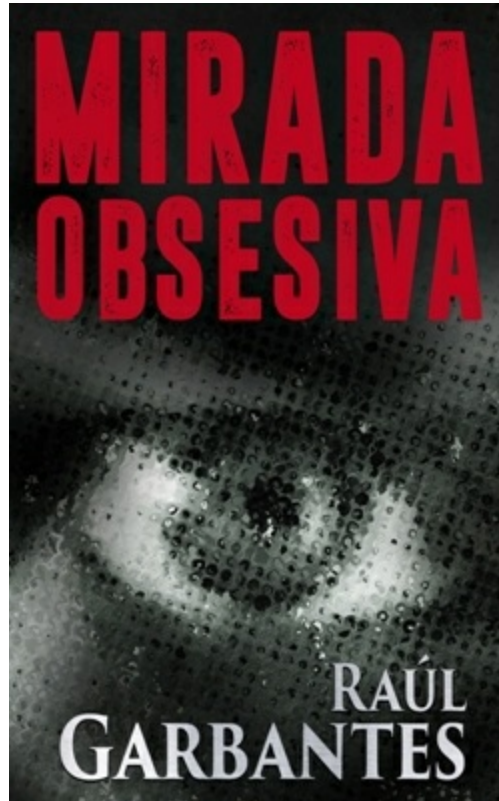
Disponible en Amazon:

[Internacional](#)

[España](#)

[México](#)

Mirada Obsesiva



En una ciudad llena de contrastes vive Valeria Gómez, una exitosa mujer joven, que lleva una existencia metódica y ordenada. Todos los días, ella intenta controlar cada detalle, cada aspecto, cada espacio de su vida, sin dejar nada al azar, convirtiendo su vida en un marco rígido de prolijidad absoluta para ocultar un doloroso pasado familiar. Su vida transcurre tranquila entre su trabajo, el cuidado de sus plantas y su apartamento minimalista, que es su oasis y su refugio, y el café diario con su amigo Gianfranco, con quien comparte su pasión por el arte y su deseo de aprender italiano. Además, ha comenzado a convivir con Mariano, un guapísimo hombre por quien siente una intensa atracción sexual. Valeria no puede estar más feliz. No obstante,

de un momento a otro su vida perfectamente controlada se vuelve un caos absoluto. Alguien la observa, la acosa, se mete en su casa y en su vida y no la deja en paz. Valeria comienza a ver cómo su vida se desmorona ante sus propios ojos sin que pueda hacer nada por evitarlo. Y es paradójico, porque el acosador parece estar obsesionado con los ojos y la mirada, y no para de dejarle a Valeria extraños dibujos de unos ojos. ¿Quién es el acosador? ¿A qué juega y por qué la persigue? ¿Cómo hará Valeria para descubrirlo antes de caer en un pozo de locura que le muestren los límites de una verdadera obsesión? No puedo develarte más. Adquiere ya un ejemplar de esta nueva novela de Raúl Garbantes y dejarte llevar por este thriller psicológico que te mantendrá enganchado hasta el final.

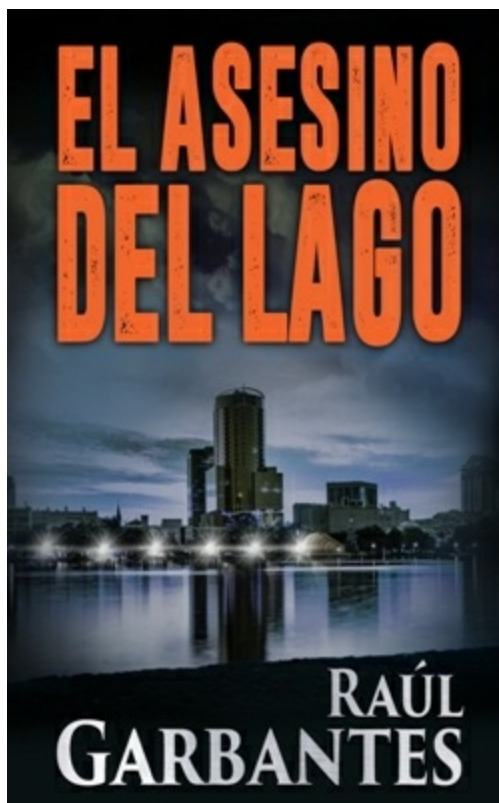
Disponible en Amazon:

[Internacional](#)

[España](#)

[México](#)

El Asesino del Lago: El caso de Blue Lake (parte 1)



Los Peterson viven una vida normal y tranquila en su hermoso departamento con vista al lago. Están casados hace unos años y son muy felices. De repente, algo terrible ocurre: el vecino que vive frente a ellos es asesinado y Gloria, su viuda, parece haber perdido la razón. Poco tiempo después del trágico hecho, María, la hermana de Gloria, y su familia se trasladan al departamento que compartía la pareja. El hombre de esta familia, los Clarks, es un policía que, con su llegada a la ciudad, comienza a trabajar en la división de homicidios y a seguir las pistas del asesinato de su cuñado. Los Clarks y los Peterson se hacen amigos, pero entonces comienzan a perseguirlos una serie de sucesos extraños que ponen en peligro sus vidas.

¿Estará el asesino detrás de estos sucesos?

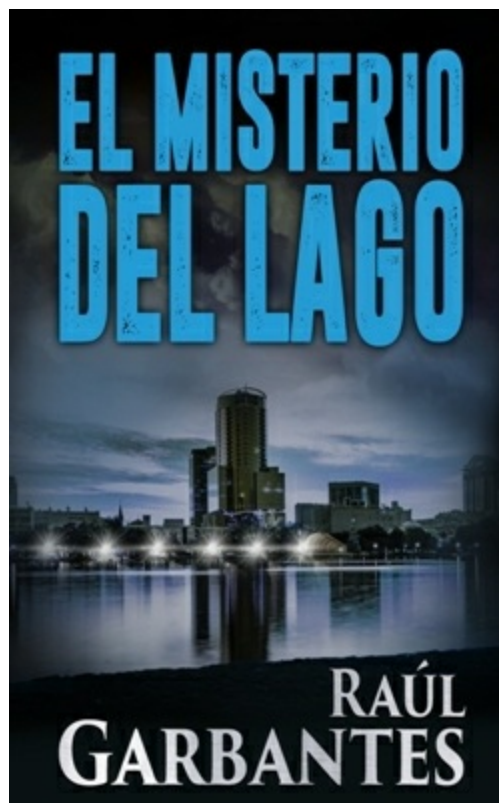
Disponible en Amazon:

[Internacional](#)

[España](#)

[México](#)

El Misterio del Lago: El caso de Blue Lake (parte 2)



Luego de enterarse del fatal destino de su mejor amigo Logan, el oficial Paul Rivera decide emprender una cacería detrás del Asesino del Lago. Llevado por una incansable sed de justicia y un fuerte sentido moral, Paul regresa encubierto a su ciudad de nacimiento, convencido de que pronto atraparé al culpable.

Ayudado por sus nuevos compañeros en el Departamento de Homicidios, Paul se sumerge en una serie de hechos difusos que lo dejarán perplejo conforme vaya adentrándose en las profundidades de los fantasmas que lo atormentan desde niño.

¿Podrá Paul superar sus miedos y las duras pruebas que el destino tiene

para él, o dejará que las aguas del Lago lo consuman hasta el final de sus días?

Raúl Garbantes nos da nuevamente la bienvenida a Blue Lake y nos sorprende con un thriller afilado y veloz en donde los acontecimientos nos dejarán sin habla. Ya no es un simple paseo en las orillas del Lago.

Disponible en Amazon:

[Internacional](#)

[España](#)

[México](#)

Los Secretos de Blue Lake: dos novelas de asesinos seriales, misterio y suspense



En esta colección encontrarás dos novelas que te harán estremecer: El Asesino del Lago y El Misterio del Lago.

Disponible en Amazon:

[Internacional](#)

[España](#)

[México](#)

Investigador Privado Nathan Jericho: Tres libros de suspenso, intriga y conspiraciones



Esta colección contiene las tres novelas de la serie Nathan Jericho: Conspiración Marcial, Cacería Implacable y Legado Corrupto.

Disponible en Amazon:

[Internacional](#)

[España](#)

[México](#)

Colección Completa de Misterio y Suspense (8 novelas)



La colección completa con todas las novelas de misterio y suspense de Raúl Garbantes.

Disponible en Amazon

[Internacional](#)

[España](#)

[México](#)

Colección Dorada de Misterio y Suspense (10 novelas)



Diez de las mejores novelas de Raúl Garbantes en una sola colección

Disponible en Amazon:

[Internacional](#)

[España](#)

[México](#)

Sombra Infernal



Thomas Tanner se ha tomado un momento para darse una ducha, Sandra, la única mujer que él ha amado, lo espera anhelante dentro de las suaves sábanas de la cama de su apartamento. De pronto, el instinto de sicario de Tanner se activa al escuchar un ruido extraño aproximándose al ventanal de su habitación, raudo corre hacia su amada pero llega tarde al encuentro: una ráfaga de la ametralladora de un helicóptero hace pedazos el cristal, y todo lo que encuentra a su paso. A Tanner no le queda otra cosa más que cubrirse de los disparos y ver cómo su amada yace muerta en medio de los escombros.

Ahora, él no solo ha perdido la oportunidad de cambiar el rumbo de su vida con Sandra, sino que deberá enfrentarse al enemigo más temible, un

asesino que nadie ha visto nunca pero es una leyenda dentro del infierno del ampa: La sombra. Y que por por extraños mandatos buscará aniquilarlo moral y físicamente.

Pero ¿cómo enfrentarse contra un hombre que no deja ni el más mínimo rastro? Convirtiéndose en una sombra también, parece ser la respuesta de Tunner. Y así comienza su descenso al infierno, en el que la tensión y la violencia crecen a cada momento y nada es lo que parece ser. Un duelo al borde del abismo, donde el menor error conduce a la caída más oscura..

Disponible en Amazon:

[Internacional](#)

[España](#)

[México](#)

Detonación Inminente



Una llamada a la Policía Metropolitana de Londres advierte sobre una pronta detonación de una bomba. La alerta es remitida al MI5, porque solo ellos serán capaces de resolver el misterio para hallar a los culpables y desactivar la bomba antes de que se cumpla la promesa de su explosión.

El agente secreto Ernest Harris y su compañera Lynn serán los encargados de llevar a cabo la investigación. La única pista conduce a la fuente de la llamada: el apartamento de una profesora de escuela que realiza labores humanitarias en la prisión de Woodhill. Uno de los presos se atreve a reclamar la autoría del plan: Leonard Matheson, un psicópata con pasado militar recluido en el pabellón de enfermos mentales. Parte de su plan

consiste en no saber dónde estará la bomba. ¿Quiénes son sus cómplices? ¿Lograrán desactivar la bomba antes de que explote? A Ernest y Lynn no les quedan muchas horas por delante para responder las incógnitas. Cada minuto cuenta en una historia de suspenso y acción en tiempo real en el transcurso de un día peligroso.

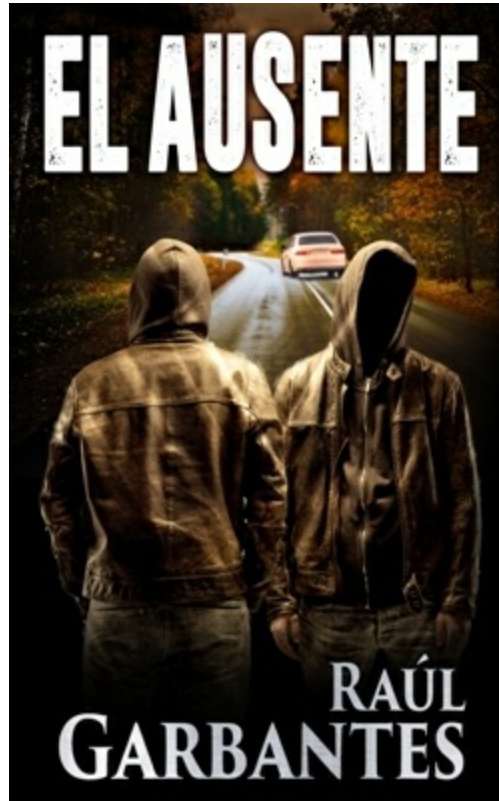
Disponible en Amazon:

[Internacional](#)

[España](#)

[México](#)

El Ausente



Es el peor día en la vida de Lydia Chen, terapeuta de personas con necesidades especiales. Harta de la falta de apoyo y consideración de sus colegas y superiores, deja su puesto en la universidad de Emory y cuando llega a su casa, su novio ha decidido abandonar la relación.

Para cambiar de aires y buscar recuperar el rumbo de su vida, Lydia se muda a las afueras de Savannah, una pequeña ciudad al sur de Estados Unidos. Allí es convocada por la policía para ayudar en el extraño caso de Stanley Douglass.

Stanley es un joven autista que había desaparecido hacía una década, pero que misteriosamente acababa de regresar con sus padres. Stanley no recuerda

nada, y apenas se comunica. El cometido de Lydia es averiguar qué ha sucedido con él en esos diez años de ausencia.

Sin embargo, y con el transcurrir de los días, ella se dará cuenta de que algo está mal con Stanley. ¿Puede una prolongada ausencia cambiar por completo a alguien? ¿Puede volverlo irreconocible?

Junto al detective David Wilson, Lydia seguirá desentrañando el misterio. ¿Por qué desapareció Stanley? ¿Qué pasó realmente durante los diez años de ausencia? ¿Tienen sus padres algo que ver en el asunto?

Disponible en Amazon:

[Internacional](#)

[España](#)

[México](#)